

JOSÉ LUIS HERRERA ARCINIEGA

control de
daños
y otras historias

Antología narrativa



Control de daños y otras historias
Antología narrativa

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS

Summa de días

JOSÉ LUIS HERRERA ARCINIEGA

Control de daños y otras historias

Antología narrativa

Prólogo

DAVID DE LA TORRE CRUZ

Foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: Efrén Rojas Dávila, Raymundo E. Martínez Carbajal,
Erasto Martínez Rojas, Carolina Alanís Moreno,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

Control de daños y otras historias. Antología narrativa

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2013

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

© José Luis Herrera Arciniega

ISBN: 978-607-495-289-6

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/92/13

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

PRÓLOGO

La presente colección de relatos reunida bajo el título de *Control de daños y otras historias. Antología narrativa*, de José Luis Herrera Arciniega, abarca un trayecto de escritura que se extiende por casi tres décadas (1984-2013) y 22 volúmenes editados individualmente, en su mayoría relatos, cuentos y narrativa breve.

Juzgada así, la antología que el lector tiene en sus manos representa un largo proceso artístico, pues esta edición ha pasado por diversos momentos, tanto editoriales como vivenciales, para llegar a su última y quizás definitiva forma. Es común, aunque no una regla, que los autores que llevan a cabo una edición de obra reunida o completa acometan la complicada tarea de pasar a juicio sumario su propia creación.

Ser crítico de la propia obra no es de ningún modo sencillo. Todavía más, una vez elegidas las piezas que formarán parte del conjunto, aún hace falta una revisión que constituye, de suyo, una pequeña odisea. Algunos cuentos se van, otros permanecen, unos más son reescritos y otros resignificados. Del mismo modo que, obedeciendo a la conocida sentencia “un hombre no se baña dos veces en el mismo río”, un cuento no es el mismo luego de haber superado el complicado arte de la autocrítica, puesto que el escritor, como hombre y artista, tampoco es ya el mismo.

Así, luego de la afanosa tarea de poner en orden tanto las ideas artísticas, los prejuicios, los gustos, los cambios en el ambiente literario y social y, especialmente, la revisión del autor con su pasado y presente, la última palabra queda en el lector

y su clausura del círculo comunicativo tras hacer suyas las historias aquí reunidas.

Pero, ¿quién y a título de qué nos comparte su obra? Se impone, pues, dar noticia de su autor. Si bien es prerrogativa de un buen lector no mezclar la biografía con la bibliografía, es obligado, por otra parte, reconocer a quien, detrás de múltiples narradores, obsesiones, temas, registros y personajes, ostenta una personalidad, una historia.

Aunque nacido en el estado de Hidalgo, en su bienquerido Tasquillo, en 1962, José Luis Herrera Arciniega ha vivido a caballo entre el Distrito Federal y la capital del Estado de México: Toluca (la máscara de esa ciudad fría y triste es Gelidonia, que aparece en su obra), recorrida y padecida, según creo, por largo tiempo y en cuya conurbación radica actualmente.

Su formación es variopinta, aunque reconoce que es el periodismo el campo de marras donde creció su saber y donde, amén de las bondades y maldiciones consabidas por el ámbito, comenzó también su acercamiento a las letras, ya no sólo para informar, sino para contar historias y seducir a un auditorio invisible.

Como periodista, su trayectoria es amplia y difícil de enmarcar en estas líneas. Baste con señalar que lo mismo ha dirigido oficinas estatales y universitarias de comunicación social que publicaciones periodísticas así como diversas secciones culturales en medios impresos.

Su labor en este campo ha sido reconocida con la Presea Estado de México 2001 “José María Cos” en el campo de artículo de fondo, comentario y programas de divulgación culturales. Sus últimas andanzas en el periodismo las ha dedicado al ejercicio crítico del devenir político, social y cultural estatal, nacional e internacional, lo que lo ha convertido en un consumado columnista.

Esta labor periodística que a lo largo de su vida le ha acompañado, también le ha llevado por derroteros como la radio, donde ha trabajado, entre otros, para el departamento de radio de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), Radio Mexiquense, Corporación Radiofónica de Toluca, Radio Capital y la estación de la UAEM: Uni Radio.

No sólo eso, José Luis Herrera es un *factotum* del mundo de las letras, un todo terreno, lo mismo en el campo de la política, que de la investigación o del acertado conocimiento de causa (antes de internet, que ha suplido a la erudición) que sólo puede dar vivir, leer y trabajar afanosamente alrededor de la palabra. Reseñista, coordinador editorial, articulista, conferencista, productor en medios, profesor de educación media y superior, investigador, becario creativo, en una sola palabra: escritor.

Es precisamente como escritor que quisiera compartir con el lector algunos datos que ayudarán a poner en perspectiva la factura de las historias que ofrece esta antología. Sobre todo, que ayudarán a dimensionar —a la luz de una larga trayectoria celebrada, premiada, reconocida— la calidad de su hechura.

José Luis Herrera Arciniega comenzó sus andanzas como escritor profesional en 1984, con la publicación del volumen de ensayos *Con diez años de menos*. A éste siguió, en 1987, su primer volumen de ficción, el compendio de cuentos *Rey de nada* (entre ellos, “Ciudades en calor”, que aparece en la presente antología). Por su calidad, o al menos por la promesa de ésta (luego comprobada en diversas ocasiones) fue becario del Centro Toluqueño de Escritores (CTE) en tres ediciones: en 1983 fue miembro de la primera generación de becarios, en el género de ensayo; después, en 1986, en el género de cuento y, en 1991, en el género de crónica.

No sólo eso, en 2005 también fue becario del programa de estímulos del Fondo para la Cultura y las Artes del Estado de México (Focaem), en la categoría de Creadores con Trayectoria. Igualmente, con la novela *Mil caballos de vapor* fue uno de los ganadores del Primer Certamen Estatal de Literatura 1998 del Centro Toluqueño de Escritores, en el género de narrativa.

La obra herreriana —además de la periodística, que es ya bastante amplia— abarca el relato, el cuento, el ensayo, la novela y la crónica, así como otras dos categorías que si bien no son esencialmente literarias, sí que se relacionan con el orden de la expresión y la investigación: una es como *ghost writer* (o casi) de algunas publicaciones hechas para el gobierno estatal alrededor del patrimonio cultural mexiquense (arqueología, artesanía, etcétera); la otra se refiere a su producción como investigador y académico, en la que destaca su tesis doctoral acerca de la literatura estatal, intitulada: “Te llamarán Edomex. Identidad estatal en la narrativa mexiquense, 1981-2007”, en la que establece las coordenadas históricas, teóricas y críticas para juzgar como parte de un sistema literario complejo a la producción ficcional mexiquense.

Se añaden a este título el estudio crítico del poeta mexiquense “Josué Mirlo en la tradición del sistema literario mexiquense”, en el volumen *Tradición y transgresión. Aproximaciones a la poética de Josué Mirlo* (2012, Toluca, Norte/Sur), y los ensayos “Ambiente y derechos humanos: un cambio de modelo”, en *Sexto certamen de ensayo. El derecho humano a un medio ambiente sano* (2003, Toluca, Comisión de Derechos Humanos del Estado de México-LIV Legislatura del Estado de México) y “Bienvenido al club: los años del sida”, en *El sida: variaciones sobre un mismo tema* (2004, Toluca, Campus Universitario Siglo XXI-Instituto Mexiquense de Cultura-Facultad de Medicina de la UAEM-Ayuntamiento de Zinacantepec).

Actualmente José Luis Herrera divide su tiempo y esfuerzos entre el periodismo en medios locales, la docencia e investigación en la Facultad de Humanidades de la UAEM y la escritura creativa entre el sueño, el insomnio y la vigilia.

CONTROL DE DAÑOS Y OTRAS HISTORIAS

Esa permanente intentona de no saberse
tan solo en un triste mundo

¿Qué es una obra?, juzgada como un todo, sino el extenuante recorrido de una vida a través de obsesiones personales y vasos comunicantes: ideas resistentes ya latentes o patentes tanto en la vida como en la escritura. Al ser cuestionado por la verdadera identidad de su heroína-protagonista, Emma Bovary, Gustave Flaubert, su creador, espetó —no sin faltar enteramente a la verdad— “¡Madame Bovary soy yo!”. Con esa respuesta, Flaubert tomó partido en una de las más viejas preguntas que, en el orden de la ficción, se han hecho tanto públicos como teóricos y artistas acerca del binomio realidad/ficción indisoluble en literatura.

Por otra parte, el sabio Alfonso Reyes aducía que en el orden literario —que a todos nos compete por ser don humano del orden de la expresión— residía una “humedad espiritual”, un elemento de humanidad que nos hermanaba tanto con la historia ficticia como con su autor en la realidad. De igual forma y sin ánimo de indicar una temática, esta antología se hermana con lo apuntado por el escritor argentino Ernesto Sabato al compendiar un volumen de cuentos que lo apasionaron a lo largo de su vida: “nada repara el dolor como unirlo al dolor de los demás”.

No digo con esto que la obra herreriana sea dolorosa *per se*, aunque el epígrafe que coloco al inicio me hace pensar que sí. Hablar de soledad, que es condición humana, es siempre hablar de algo doloroso. Lo mismo va para los intentos del hombre común por proscribirla, que lo pueden llevar de ida y vuelta al infierno... o a la gloria (de un cuerpo, de una epifanía, de un litro de *whisky*, de una pieza artística), en fin, de todo lo que se oponga a la soledad o a la vigilia exacerbada del mundo.

Las 42 narraciones (entre cuentos y minificciones) que forman parte de este volumen de autor, representan (lo he dicho ya) una trayectoria artística de prácticamente tres décadas; 30 años se dicen pero no se viven fácil. Aunque si consideramos elementos como inspiración, escritura, edición, publicación, corrección, revisión y finalmente selección, bien podríamos hablar de una vida personal y literaria.

A la luz de este compendio, las obsesiones, las monomanías, las predilecciones y los temas de la obra herreriana se revelan con cierta transparencia. En el tomo IV del *Diccionario de escritores mexicanos del siglo xx* editado por la UNAM en 1997, se dijo de esta obra que representa:

La reflexión sobre lo cotidiano, [que] ella juega con el lenguaje, los recursos narrativos y la influencia de la cultura de masas e introduce a la música como elemento constante [...] *Rey de nada*, donde predominan las narraciones de tema amoroso y en *Un pato gigante* aparece, además de los temas mencionados, la problemática social.

Si bien las someras anotaciones del diccionario se disculpan por el espíritu didáctico y meramente informativo de su obra (que se inclina por la parte periodística), no sucede así con

su necesaria actualización. De 1989 —fecha del libro de cuentos reseñado en la cita— a 2013 ha pasado por encima un río de tinta y cerca de 20 volúmenes lanzados a su propia aventura entre el público.

Por supuesto que la obra herreriana ofrece una nutrida gama de experiencias humanas, de una visión que es tan crítica como padecida por el ya casi olvidado arte de andar a contrapelo de la vida y saber sacar de esa ofuscación una buena historia; no una enseñanza, apenas una buena línea, un pasaje, una breve indicación que ayude a tragar lo amargo y al mismo tiempo deje el consabido regusto de que si nada vale, nada es tampoco tan definitivo como para derrumbarse por completo. Tal como en el cuento “Clonaxón”: “Mientras tanto, bien vale asomarse a los pedacitos del cielo y aun amar lo que no se comprende. Se toma el primer clonaxón para drogarse, el segundo para dormir, el tercero para soñar”.

Y ¿cuáles son las obsesiones temáticas de la obra? Por supuesto, en el fondo y tal vez en principio está la soledad, la misma que nos sostiene y limita, que nos impele a buscar en otros una solución a la desgracia de sabernos y sentirnos algo abandonados o huérfanos. Aunque sea probablemente nada más que un simulacro de amor, de paraísos artificiales, de horas huecas o colmadas de naderías. Todo por no sentirse solos.

Los personajes e historias aquí dispuestas van de las tristezas del drama existencial humano a las pequeñas perfidias de la vida cotidiana. El escenario es de rigor ciudadano, especialmente la noche de la ciudad: plena de ruido mental y silencios callejeros. La ciudad es el espacio preferido donde ocurren prácticamente todas las historias. Solamente el relato “Nopala (la definición de la felicidad)” tiene como escenario el campo, una necesaria escapada de la ciudad que aprieta a ese ámbito

que representa idealmente, tal vez, a la felicidad de una buena y sosegada vida... o muerte.

En el cuento “Gelidonia oriente”, el narrador recupera una frase como un dardo: “La melancolía es una irrupción del pasado en el presente”. Esta idea cubre como una película gran parte de las narraciones. Hay personajes que, en lugar de vivir, recuerdan. A mitad de la noche en las “cumbres peladas del insomnio” o a la mitad del más común de los afanes cotidianos vuelve la mirada y el pensamiento. Pareciera, en efecto, que cualquier tiempo pasado *es* mejor.

La memoria, por otra parte, aunada a la nostalgia de lo vivido o lo perdido, es uno de los temas centrales de la obra herreriana, ya por lo que va del sexo y el erotismo (las mujeres que se van), los recuerdos amigables o felices (de infancia, de adolescencia, de cuando se pensaba en el porvenir), el bien dormir (contra la tiranía del insomnio), en fin, la alegría de una vida sin sobresalto o sin revelaciones insufribles o innecesarias. Pareciera como si los personajes estuvieran incapacitados para vivir de frente su propia vida, escrutando un mañana que no termina por existir.

Hombres y mujeres que andan sin sueño en una ciudad que de espaldas duerme, hombres que no viven sino que recuerdan: insomnio, nostalgia y clonaxón, perversa trinidad para malsoñar despierto.

No todo es triste en este volumen, hay narraciones estupendas que alcanzan los registros de la luz. Aquí caben historias de alegre infancia, de ironía, de humor gris azulado que no negro. Hay también memorables páginas de erotismo, el más viejo de los ritos y el más poderoso de los cantos. ¿Quién, de entre todos nosotros, no recuerda que ha sido querido o que ha deseado? Es el erotismo el responsable de muchas de estas

páginas. Es explicable. Si la soledad es el fondo último, la mala inspiración de estas historias, el sexo, el erotismo, el amor son armas, recursos que ofrece la vida para combatirse a sí misma.

DAVID DE LA TORRE CRUZ

Toluca, Estado de México, verano del 2013.

Control de daños y otras historias

ADÓNDE VA LA LUNA...

De Roberto Fernández Iglesias, poeta y fundador del grupo tunAstral, aprendí la noción de “trabajador de la cultura”, referida a quienes de muchas formas se hacían presentes en los ámbitos de las letras, las artes plásticas, el teatro y demás, surgidos en la zona central del Estado de México, pero no sólo ahí, a partir de la década de los años ochenta en el siglo pasado.

Para mí resultaba clara la connotación propuesta por Fernández Iglesias y la he interpretado de la siguiente manera: la actividad cultural es un trabajo —a veces, incluso, en la forma de un empleo— y su ejercicio está alejado de cualquier dilettantismo. Los trabajadores de la cultura deben ser reconocidos como tales en el seno de la colectividad mayor a la que pertenecen y en la que se desenvuelven. Yo sabía que asumir esta condición no necesariamente iba a reflejarse en la obtención de emolumentos y que éstos más bien eran escasos y esporádicos, con frecuencia inexistentes. Aun así, pensaba también que dedicarse a alguna de las disciplinas encuadradas en lo que conocemos como “actividad cultural” entrañaba un compromiso (si digo que “con la sociedad”, tal vez se me califique como anacrónico, aunque igual y sí creo en esa clase de compromiso). Pero uno prevalece: el compromiso con las reglas propias de la disciplina artística o cultural en la que uno se hubiera insertado, en términos de ese trabajo que tenía que llevarse al cabo.

Aparte de las inquietudes o necesidades estrictamente personales, esa idea de ser trabajador de la cultura ha sido un apoyo o pivote para persistir en una actividad para la cual lo común es ese mecanismo de autosubsidio, por el que la casa, la comida y el sustento de la vieja oración infantil deben ser conseguidos por otras vías —en mi caso, el periodismo, la burocracia y, en lo que va del siglo actual, la docencia.

Este trabajo puede producir resultados tangibles: libros, palabras, materia prima de quien se llame o se asuma como escritor, por ejemplo, a la hora en que tocan a su casa los empleados eventuales a cargo del censo que cada década o cada lustro realiza el Inegi en el territorio mexicano.

En uno de esos encuentros con los encuestadores del censo, interrogado sobre mi actividad profesional o laboral, me atreví a responder: escritor. No por otra razón que la de dejar el registro de que, en un país secularmente centralista como es México, era posible la existencia de “los que se dicen escritores” en el Estado de México, la entidad federativa donde no nací y donde no me formé en mis primeros años de vida, pero donde he radicado, trabajado, estudiado e intentado formar una o varias familias a lo largo de, hasta ahora, más de tres décadas y media, sin hacer a un lado lo que venga en el horizonte inmediato, ya no demasiado, lo reconozco.

Hay algo de oficialidad o de formalidad en este asunto. Aunque pueden documentarse publicaciones mías desde finales de los años setenta y en los albores de los años ochenta —en el periódico capitalino *El Figaro*, la revista *Intentos* de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México y en el suplemento *Vitral*, en Toluca, básicamente—, lo que realmente marca mi inicio dentro del ejercicio de la literatura es mi pertenencia al Centro Toluqueño de Escritores, el organismo fundado

por Alejandro Ariceaga —el escritor toluqueño por antonomasia— en 1983 y de cuya primera generación de becarios formé parte.

Fueron los años en los que la escritura, en un contexto regional, tomó forma con base en el trabajo del CTE —organismo otrora municipal, después transformado en asociación civil—, al que se fue agregando el esfuerzo de otras instancias públicas e independientes. Entre éstas, se encuentran tunAstral, con más de medio siglo de existencia; la Unión de Escritores Mexiquenses, UEMAC, que apenas rebasó el lustro antes de extinguirse, y muchos otros personajes e iniciativas que, individualmente u organizados, han participado en el desarrollo de lo que he llamado sistema literario mexiquense.

En esa propuesta me inserto, particularmente en la segunda fase del sistema, la de su configuración. Son los años ochenta, cuando empieza a cambiar el páramo que en materia cultural había sufrido Alejandro Ariceaga, según lo describe en una de sus dos antologías sobre literatura del Estado de México. Es la etapa en que se entreveran los representantes de la tradición, como tunAstral, Carmen Rosenzweig, Rodolfo García *et al.*, con una virtual avalancha de nuevos autores, desde Eduardo Osorio, Benjamín Araujo, Félix Suárez, Alberto Chimal, Marco Aurelio Chávez Maya, Flor Cecilia Reyes, Mauricia Moreno, Elisena Ménez, Dionicio Munguía, Jorge Arzate y un amplísimo etcétera.

No es sólo Toluca y sus alrededores, porque, atravesando la distancia geográfica y mental que se alarga todavía más por la incómoda y cercenante presencia del Distrito Federal, a la par de lo que había estado ocurriendo en el Valle de Toluca, también se trabajaba intensamente en otras dos zonas principales para la literatura ya (auto)reconocida como mexiquense: Nezahualcóyotl y Texcoco. En el primero, sobresalen Eduardo Villegas, Emiliano Pérez Cruz, Juan Hernández Luna, Santos

Velázquez, Germán Aréchiga, Porfirio García Trejo, Pino Páez...; en el segundo, las hermanas Patricia y Silvia Castillejos, Rolando Rosas Galicia, Moisés Zurita y Arturo Trejo Villafuerte, que es de la Bondonojo, es de Chapingo y es de Ixmiquilpan, Hidalgo.

Falta aún demasiado trabajo por hacer respecto al estudio crítico y académico sobre la literatura mexiquense. ¿Hay generaciones? ¿Grupos? ¿Corrientes? ¿Movimientos? ¿O son puros lobos solitarios? ¿Todos caben? ¿Todos ponen? ¿Hay primera división, primera “A”, segunda división, ligas menores? En mi caso, con base en circunstancias comunes no necesariamente convergentes en las respectivas escrituras, siento cercanos a Eduardo Villegas Guevara y a Dionicio Munguía, el uno tamaulipeco-necense, el otro hidalguense-queretano; es decir, ambos mexiquenses y, además, coetáneos míos. Sobra decir: yo soy, además de mexiquense, hidalguense y chilango.

Sea: a quien le llame la atención, que lo diga, pero luego de trascender la indiferencia y ponerse a trabajar. Porque el principal obstáculo que ha enfrentado la literatura mexiquense es la indiferencia, la automática descalificación a obras que no han sido leídas, fenómeno que no creo privativo del entorno mexiquense, sino que abarcaría a las distintas regiones del país, donde suele darse preferencia y reconocimiento sólo a lo que forma parte del *mainstream*, reflejado éste en la creciente influencia editorial de sellos hispanos, donde no todo lo que brilla es oro.

Hay regiones, pero a estas alturas, mediante los contactos e intercambios comunes —en un simbolismo inicial que yo evoco en la Declaración de Malinalco, de 1984, con su intención de fomentar la profesionalización de los escritores del Estado de México, entre otros factores—, a partir de un *corpus* extenso y de elementos diversos de lo que conforma la *vida literaria*, que diría el crítico brasileño Antonio Candido, me resulta innegable

esta visión de la literatura mexiquense considerando un entorno estatal, no en aras de establecer oficiosamente proclamas identitarias, sino de descubrir posibles vasos comunicantes entre lo que ya varias generaciones de autores han estado escribiendo desde un territorio humano concreto, problemático, incomprensible e inmanejable, reverberado, explícitamente o no, en obras varias y en evolución, como puede verse también en los que por ahora sigo considerando los portaestandartes de la fase del sistema literario mexiquense consolidado: Alonso Guzmán, Hugo César Moreno y Laura Zúñiga.

Lejos estoy de posturas de autocomplacencia, pero en el apuntado rechazo a las descalificaciones gratuitas sobre libros que no han sido real y críticamente leídos, insisto en que durante las décadas recientes se ha ido construyendo *una literatura*, que incluye obras ya clásicas como el *Génesis apócrifo*, de Alfonso Sánchez Arteché; *Pradera de masonite*, de Jorge Arzate; *Peleas*, de Félix Suárez, y entre la que pueden también justipreciarse libros como *Clima templado*, de Alejandro Ariceaga; *El año que se coronaron los diablos*, de Eduardo Osorio; *La tahona*, de Mauricia Moreno; la saga sobre Eddy Tennis Boy, de Eduardo Villegas, y otros volúmenes y autores igualmente representativos de un trabajo escritural, ya sea consolidado o en desarrollo.

Acá veo que esta propuesta de integrar una antología con parte de mi trabajo narrativo se explica también en los términos del sistema literario, porque las instituciones —en este caso, el Consejo Editorial de la Administración Pública del Estado de México, cuya invitación he aceptado, reconociendo cabalmente su valía— prosiguen o se lanzan a la tarea de editar el trabajo literario que, de una u otra manera, nace en esta entidad federativa. Lo que me lleva a pensar que los derroteros para el sistema comprenden un desarrollo independiente —cada vez son más los esfuerzos

editoriales que no acuden a las arcas públicas para existir— y, de modo paralelo, institucional, encuadrado éste, en términos generales y todavía, por la ya casi centenaria política cultural que José Vasconcelos inauguró en el México del siglo anterior.

Por eso, luego de haber publicado una veintena de títulos entre 1984 y la fecha actual, en los géneros de cuento, novela, ensayo y crónica, mi opción fue re-crear la presente antología como un reto. Porque es, ciertamente, un recuento y, a la vez, una revisión —prevalece esa intención de “control de daños” a la que aludo en su título.

El presente volumen fue, así, pensado como una unidad, y en él se mezclan cuentos publicados en diversos libros, así como algunas páginas que si bien forman parte de mi trabajo novelístico —*Danza rota y Mil caballos de vapor*—, tuvieron cierta independencia formal que me pareció apropiada para, con los ajustes del caso, incluirlos aquí. Lo mismo diría de textos que aparecieron en volúmenes de crónica pero que pueden funcionar como cuentos. Varios textos de este *Control de daños* son inéditos, ya sea porque aún no se integran en un libro propiamente dicho o porque están incluidos en un par de títulos que, eventualmente, se editarán en sellos independientes.

He pretendido aplicar el debido cuidado formal y de fondo al presente recuento y revisión, aunque no dejo de pensar en la pregunta que se hacía Kurt Vonnegut acerca de si el inglés era realmente su lengua materna, en mi caso ampliada la duda acerca de si el español es realmente mi lengua materna...

Y he pensado también en Alfonso Reyes, a quien se atribuye la frase de que, al fin y al cabo, uno siempre termina publicando sus borradores. Siempre es posible.

Corro el riesgo. No esquivo el bulto. Uno intenta hacer las cosas lo mejor que puede. Tocaré al lector dar su veredicto, en

la posible identificación de mis intereses temáticos, sus recurrencias, segmentos de vida que, de una u otra forma, aparecen o se adivinan en estas historias. Por lo pronto, yo agradezco el contacto con personajes de la vida real con quienes he hablado de literatura, de la vida: Alfonso Sánchez Arteché, José Luis Cardona Estrada, Francisco Cruz Jiménez, Carmen Álvarez Lobato, Martín Mondragón, Benjamín Araujo, Margarita Monroy, Dionicio Munguía, Eduardo Villegas, Laura Zúñiga, Paulina T. Hernández, Virginia Aguirre —ella siempre—, testigos y apoyo cuando han visto esta necesidad de escribir, sea a mano, máquina mecánica o en computadora, entre los reclamos y exigencias cotidianas. Destaco la colaboración del compañero universitario David de la Torre Cruz, con quien antes he compartido lides editoriales y que en esta oportunidad, con su lectura generosa, ha aportado el prólogo al presente volumen.

Mientras trabajaba estos textos, atrapé la siguiente caracterización que hace José María Pérez Gay, en *El imperio perdido* (Cal y Arena, 2010: p. 94), sobre la escritura de Robert Musil: “la literatura no es sino una forma de leer y actuar biográficamente la realidad”.

Guardo proporciones, pero la frase del ahora extinto José María Pérez Gay me pone a pensar acerca de lo hecho. Y lo que hay por hacer, si alcanza el tiempo. No demasiado, lo reitero; nunca demasiado.

En realidad uno apenas empieza. Quizás no he hecho sino intentar la respuesta al interrogante de Litto Nebbia: “¿Adónde va la luna cuando sufre, cuando se siente triste y derrotada?”.

Y como también dice Charly García: “no creo que pueda dejar de fumar”.

Zinacantepec, Estado de México, julio de 2013.

BLANCO, CARMÍN

Piel de durazno, a los maltratos y excesos opone complicados tratamientos que atenúen los daños provocados por una noche de abuso. Entreabre los ojos y con la doble palanca de los brazos despega el cuerpo de la cama. Grueso cortinaje formaliza la penumbra, si bien hace varias horas salió el sol. Cuando llegó al hotel, se iniciaba el breve apogeo del amanecer marino.

Cómo soportar este día. Alicia se prepara para repetir las rutinas del ocio: ponerse un traje de baño de dos piezas y simular la falda con una mascada o zambullirse en pantaloncillos bermudas. Seleccionará un pareo con motivos psicodélicos. Bajar al restaurante y picotear algo de fruta; hace tiempo que come para la sobrevivencia, a fin de encajar en el bikini y recibir por igual húmedas miradas de hombres y de mujeres. Se vale. O lo exige.

Ducha su delgadez en un cuarto de hotel gran turista. Demolida Alicia, se descubre los estragos de una agitada jornada nocturna, de frenético reventón, durante el cual estallaron sus fosas nasales al tiempo de incurrir en fajes pegajosos con jóvenes de habla exótica.

En la época invernal, infernal, quiere escapar hacia el océano, quiere penetrar los misterios del gigante salino. Su piel es coraza de lagartija unguada con viscosos filtros de importación. Se azota abajito del sol, traga alcohol al ritmo con que antaño quemaban hulla las locomotoras.

Dibuja lo siguiente: qué tal si fuera una estrella juvenil de la más reciente hornada, que quiere ocultarse en el anonimato del ocio caro, no lo suficiente para presumir que se relaja en un lugar *exclusivo*, sino, simplemente, costoso. Está en un periodo de desfogue antes de ser obligada a rehabilitarse en uno de tantos centros que sirven para esto último. Antes, persiste en la travesía de trueque íntimo de sustancias, a la mitad de una alucinación o de un sentirse extremadamente bien. No hay nada mejor que tener relaciones luego de meterse algo en el cuerpo. Aunque la imagen comprenda a alguien con la intención de suspender su vida disipada y de roncanrol, de ella. Alicia tiene sangre azul en sus —a veces— castigadas venas.

Tiene derecho a morir; ya luego se apersonará en una clínica especializada en Boston o en el Yukón. ¿Tendrá que confesar que ya dejó la droga? ¿Aceptar que lastimó a su familia? ¿Podrá decir que no hizo ninguna estupidez, pues lo introducido era, a fin de cuentas, benéfico, placentero?

A veces está despierta detrás de los lentes oscuros. Pide otro coctel. Cuando el mesero trae la bebida, le advierte: Señorita, le está saliendo sangre de la nariz.

Alicia saca de su bolsa el espejo para descubrir la mancha en la nariz, el grifo cárdeno en que se ha convertido este apéndice de tan bonita cara. Creería que es un torrente de colorado lo que le sale de la cara.

Gracias, dice al mesero, que se va.

Alicia piensa en una limpia total. Imagina que en la lejána clínica la van a dopar, como mecanismo intermedio entre su adicción actual y la cura absoluta. Piensa que la van a voltear, lavar como a un pollo sacrificado, restregar sus interiores con cepillos de cerdas metálicas, extraerle todos los chamucos,

violarla si es menester, en una actualización del antiguo proceso del exorcismo, para dejarla luego en cueros, limpiecita, renovada en la piel, desfoliada, desvanecidas las ojeras que tan mal la hacen aparecer en los retratos o en los videos. Lo principal, que verá sanada su nariz, sus frágiles vasos sanguíneos, tronados por lo pronto a causa de las pasiones y el esnifado puntual con el que frena los decaimientos.

Antes de que llegue a cruzar esa frontera, sobrevive en este hotel. La serie de cocteles ingeridos, acercándose la tarde, no ha bastado para elevar sus sensaciones. Con paso que intenta ser firme, Alicia abandona la zona de la alberca, camina por vericuetos un tanto reconocibles, recordables como el camino correcto hacia el elevador, rumbo a su cuarto, directo a un compartimiento oculto en su neceser.

Cuando abandona el cuarto, Alicia es, por supuesto, otra. Su único temor es que en el propio elevador haya alguien que también le vaya a advertir: Señorita, le está saliendo sangre de la nariz.

Y cómo parar los manantiales de ese color carmín. Sólo cuando acierte a regresar de la clínica de saneamiento en Boston o en el Yukón.

EL ÚLTIMO

No me pregunten sobre mi lado paterno: ignoro mis orígenes. Mi madre compensó esa carencia al heredarme sólidas tradiciones familiares.

Por ejemplo: el mío es un enfisema de quinta generación, que desde hace siglo y medio ha solido llevarse por delante a mis antepasados, fumadores todos.

La historia del país ha pasado por nuestros pulmones. Lo dicen rudimentarios cigarros de hoja, briznas de tabaco en el ensalivado papel de arroz, cigarrillos de carita, cigarrillos con filtro y aun los mentolados y los detestables e insípidos modelos *light* de cajetillas blancas.

Concedo que el número de bajas refleja cierto nivel de dependencia en relación con el regusto por la nicotina. No dejo de reconocer una fortaleza de espíritu que se mantenía, digamos, estable, con alguna excepción cuando el enfisematoso o canceroso en turno se ponía a jalar aire como desesperado, en esas duras noches en las que los vapuleados pulmones y el dañado corazón recuerdan la fragilidad de la vida humana.

Algo ha cambiado en los bisnietos de mi abuelo, los nietos y sobrinos-nietos de mi madre. En las respectivas actas de defunción, ustedes encontrarán como causa de sus flamantes decesos las siguientes: sobredosis de barbitúricos, burbujas de aire en las venas, parvovirus, exceso de plomo en las arterias y en

las partes blandas del puerco, diabetes por consumo de refrescos de tamarindo, sida, disminución de las chacras y elevación de los chancros, congestiones de tráfico alcohólico, guadalupanismo extremo, marquismo trasnochado, castrismo-chavismo, sobrecalentamiento prostático, opus deísmo, inducción metafísica, verdecologismo, masticadura de transgénicos, foxismo-calderonismo y la máxima abyección: irle al América, lo cual constituye la peor modalidad de tumor en el cerebro.

Encontrarán innúmeras causas de muerte en esa generación contemporánea de parientes, ninguna relacionada con el consumo del tabaco. No aparece ningún mínimo, pequeño o humilde enfisemita en la lista, dentro de las recientes bajas en mi familia extensa, mi extensa familia. Qué manera de acabar con una tradición, de romper con una centenaria línea de continuidad enfisematosa y/o cancerosa.

¿Acaso seré el último, Señor?

NOPALA (LA DEFINICIÓN DE LA FELICIDAD)

Pensó en Carmen. Lo estaría esperando, estaría pensando en él. Muy lejos, allá atrás. Pausa. Se debía concentrar en la carretera, pero había momentos en que ellos decidían por sí solos —la carretera y el coche, comunicados, siguiéndose, pegados como si un riel invisible impidiera el despegue del vehículo, aunque éste de todos modos volara.

Cerca de Nopala. Porciones de verde conforman el panorama de esta tierra. En otros tramos predomina el tepetate, lo que es —se lo dijeron hace mucho tiempo— piedra que ni siquiera sirve como piedra, porque se desmorona, y que tampoco es tierra. No es como en otros lugares donde escupes en cualquier rincón y brota alguna planta cuyo fruto, al poco tiempo, se logra cosechar.

Nopala abarca esa mezcla de segmentos terregosos y otros verdes de avena y alfalfa cultivada por medieros. Es el sueño detrás del aviso con grandes letras en la carretera, que anticipa la siguiente población, con esa mera referencia, certificada en los mapas en los que Nopala es un pequeño círculo a la vera de la serpiente símbolo del camino.

El final del camino no está en Nopala. Hay que ir por carreteras secundarias, despistar a los invisibles perseguidores, evitar los infortunios de un destino que está escribiéndose, bajo un contrato que no tuvo necesidad de firmar. No es tanto dinero,

pero está obligado a cumplir, al fin y al cabo es otra forma de ganarse la vida.

Decirlo así, “ganarse la vida”, cuando ésta es la que se le ha venido escapando, es la que anunció que muy pronto —meses, ya no años enteros— va a irse, cambiar de fiesta, si es que existe fiesta más allá de este planeta.

Hace esto porque ya se va. Porque se está acabando. Y por Carmen. Así de altruista es el asunto.

No tuvo que esperar a cumplir los cuarenta años para que lo despidieran de la fábrica. Pretextaron una baja en las ventas que había obligado a cancelar nuevas contrataciones y a liquidar a muchos obreros con mayor o menor antigüedad trabajando en la armadora. Era una verdad parcial. En efecto, las ventas de coches se habían contraído, pero después razonó los detalles que lo condujeron a una conclusión inequívoca: estaba *boletinado*. Su nombre aparecía en alguna de esas listas que pergeñaban el sindicato y la patronal combinados, que le conferían la condición de obrero no grato para los afanes de la industria automotriz. En todo el sector, y aun algunos adyacentes, le fue prácticamente imposible encontrar colocación alguna, a pesar de su condición de obrero calificado.

¿Cuál, entre tantas, habría sido la causa definitiva de su inclusión en la lista de marginables, repudiables? Se ponía a hacer el recuento y ensayaba a atinarle: fue tal vez aquel episodio en que creó una gran bronca para que cambiaran al concesionario del comedor de la fábrica, que solía mezclar frijol agorgojado con frijol bueno y que servía leche con la caducidad vencida... La asamblea en que se puso al brinco al líder seccional porque éste pretendía venderles muy caro lo que no era sino un escuálido ajuste a los salarios... Su defensa extrema de aquel compañero

que, como más de uno había hecho, paralizó la línea aventando una herramienta a la cadena de transmisión, con tal de no repetir —así fuera por un ratito— la serie mecánica de movimientos en el tramo de cuatro metros en el que le habían cercado la vida.

O el día que consiguió datos reales de los ingresos de la fábrica, gracias a lo cual habían estado a punto de lograr un reparto de utilidades inédito, si no hubiese intervenido un inspector de Hacienda comprado por la patronal, que amañó los documentos, de modo que lo recibido al fin por cada obrero no fue histórico, sino mediano, aun en el poderoso sector automotriz, que mientras te chupa la última gota de la existencia, te coloca en la cúspide de los salarios fabriles.

Habían sido victorias pírricas, que en su momento le dieron sentido a su trabajo y a su vida. En la cresta de esa ola, le hicieron olvidar su frustrado paso por la universidad, donde había terminado el primer semestre de filosofía, registro que lo volvía, aparentemente, único dentro de las filas del movimiento obrero regional. Breve y fallido ese tránsito por la educación superior, le aseguraba uno de los primeros lugares de escolaridad en esa masa de obreros que difícilmente tenían mucho más que la secundaria o alguna carrera técnica terminada, y sólo en casos aislados se descubría a quienes habían cursado el bachillerato.

Víctor había pasado por una licenciatura, cuando menos ese discontinuado semestre, con calificaciones y todo, hasta que tuvo que desertar por una serie de factores que malograron su sueño académico: el cambio al tercer turno, su falta de organización para estar al día en las lecturas y resúmenes ordenados por los maestros, y el inicio de lo que después sería una declarada lesión de la columna, casi un aplastamiento de discos que temporalmente le impidió hacer trabajos pesados y que varios meses lo mantuvo pegado al área de rehabilitación en una clínica del Seguro Social.

Ya no importaba eso, ni el estar boletinado ni el haber perdido a las primeras de cambio el impulso hacia una carrera universitaria que le hubiese integrado al sector servicios. Tópicos del pasado.

Estaba lo otro.

Un dolor se le fue trepando por el abdomen. Lo localiza, intenta controlarlo. Lo consigue. Menos mal, porque viene una etapa de curvas. Hace muchos kilómetros un temblor similar lo había obligado a parar en el acotamiento; apagó el coche entonces, buscó la soledad de unos metros adentro, entre yerbas crecidas y arbustos, para vomitar hasta saciarse, con arcadas tremendas que lo tumbaban.

De regreso en el coche se había visto en el espejo retrovisor: estaba blanco, casi albino, exageró. Tenía sudor en la frente, los labios se le habían secado. Quiso hidratarse un poco y bebió un refresco, cuando terminó la crisis. Por eso el terror —o su inicio— cuando había identificado las sensaciones previas al arraigado episodio del dolor.

Falsa alarma. Podía seguir en el camino, acelerar, estar presto para las curvas en la sierra. Subió el volumen al estéreo.

Había visto muchos ejemplos de lo que podía hacerse con la liquidación que, en un primer trancazo, parecía millonaria, inagotable. En la vida real y no en el paraíso de las reivindicaciones obreras, se esfumaba velozmente ante la falta de un ingreso fijo y sostenido, un salario, pues.

Algunos optaron por abrir un taller mecánico, aquellos que habían aprendido algo más que remachar tuercas en el tramo de la línea a su cargo. Esa aspiración les obligaba a utilizar más dinero del pensado en la adquisición de equipo de cómputo,

necesario para revisar o reparar coches que ya no contaban con el tradicional carburador.

La mayoría se había comprado un taxi y se inmolaba en jornadas de doce a dieciséis horas para ir a llevarlos con su familia. Alguno otro, en la apuesta de sobrevivir, abrió un modesto tendajón de barrio.

Víctor pensó en otra expectativa. Grúas. Había comprado una y le empezaba a ir bien, pues consiguió el contacto con una compañía de teléfonos celulares que brindaba ese servicio a sus clientes cuando el coche los dejaba tirados. Víctor había apalabrado la compra de una segunda grúa y ya proyectaba contratar un par de empleados, esto es, un chofer y un chalán, hecho él todo un patrón.

Se destapó el problema. No fueron los discos soldados a la mitad de la espalda: ese perseverante dolor era controlable tomándose un coctel de analgésicos.

Fue lo otro. Un exótico cáncer en el estómago, atribuible tal vez a los típicos excesos del obrero que gasta cada viernes la raya en los lupanares de la ciudad, a una deficiente alimentación, a la continua exposición a materiales corrosivos, o a una simple herencia genética... en fin, a la mala suerte.

Cáncer en el estómago. Una pelea de gatos que le desgarraba las entrañas sin que hubiera medicina para calmarle el dolor; lo derribaba, lo hacía arrodillarse y era imposible que algo o alguien lo volviera a poner en pie. Ni siquiera Carmen.

Apenas la había encontrado. No hace mucho, un par de años antes de salir de la fábrica.

Víctor había roto el estereotipo del obrero prontamente lleno de hijos. Para confirmar su paso por las aulas de la universidad, había defendido su soltería como un perro —una defensa

que incluía la liberalidad sexual de esa especie, sin su capacidad de multiplicación—. El resultado fue, durante bastante tiempo, una serie de relaciones efímeras, con las que nada más quería desfogar una necesidad dijérase higiénica o fisiológica, pero jamás estableció un compromiso serio.

Lo más cercano a eso fue la unión libre con una empleada del área de personal. Vivían juntos, pero ambos conservaban una gran independencia. Casi llegaban a constituir una pareja en el año en que duró todo, sin conseguirlo. Sirvió a Víctor para presumir ante la banda que él se acostaba con una administrativa, lo que dejaba en el aire esa gran diferencia con respecto a ellos, juntados o casados con muchachas de barrio, dedicadas la mayor parte de ellas a ser amas de casa de tiempo completo.

La relación con la empleada —había días que a Víctor se le dificultaba acordarse de su nombre— cesó cuando ella aceptó la propuesta de matrimonio que le hizo su jefe, recién divorciado, lo cual provocó en Víctor la sospecha de que ahí había habido algo raro. Concluyó que no era más —por suerte— asunto suyo. Viva la libertad, se dijo, y mantuvo luego la más acendrada independencia, convirtiéndose en un nómada de fin de semana entre su propia familia y las de los cuates de la banda. Para esas alturas, rentaba un departamento del Infonavit, donde prefirió vivir solo, luego del escape de la administrativa.

Carmen pasó la primera, no, la segunda prueba puesta por Víctor en la eventualidad de formalizar una relación: no sólo había estado en la universidad, sino que había concluido una carrera. Era bibliotecóloga y a él eso le pareció correcto. Era un hombre de acción y muy bien podía avenirse con alguien que, en lugar de arriesgar el pellejo entre aceros filosos, afrontara como riesgo mayor el accidental roce con el borde de una hoja de papel bond.

Se conocieron en el consultorio de una oftalmóloga, a donde Víctor había tenido que acudir por causa de una viruta que, luego de esquivar los lentes de protección, le había rayado la córnea. Dedicaba la mayor parte de su sueldo a sí mismo y otra la daba a su madre para gastos, por lo que iba al Seguro Social nada más para tramitar la incapacidad, pero el tratamiento lo pagaba con sus propios recursos, con médicos particulares.

A pesar del ojo parchado, vio a Carmen y descubrió que pasaba la primera prueba: su figura, su cara, eran notables, armónicas, le resultaban absolutamente atractivas.

Le habló.

Carmen se mostró tímida e insegura, más porque sin sus lentes —los había perdido y había ido a consulta para que le revisaran la graduación antes de mandar a hacerse unos nuevos— el mundo se le perdía ante ese nervudo y atípico obrero que, sin embargo, tenía plática y se le había presentado muy dicharachero y simpático.

La fue a buscar afuera de su trabajo en una oficina de gobierno, aprovechando que la herida en el ojo le había implicado un mes completo de incapacidad. Carmen se puso roja cuando lo vio y en una primera intención rechazó el ofrecimiento de llevarla a su casa, dijo que mejor se iba como siempre, en camión. Víctor la convenció aduciendo que si eran pacientes de una misma doctora, eran —ambos— gente de fiar.

A pocos días le hizo la pregunta milenaria: ¿quieres ser mi novia? Carmen respondió que no. Él se emperrió más, sintió que no había más vía que ésa, con ella, y que no podía permitirse ningún retroceso en el lapso de cortejo iniciado con esa universitaria tranquila y tímida, que además era más joven que él.

Carmen diría que sí tanto al noviazgo como a un rápido matrimonio, cuando Víctor estaba a punto de robársela para no

dejarla ir jamás. Él, hombre de mil batallas, la había encontrado y sin buscar, aparentemente. Sólo por la casualidad de que una brizna de metal le lastimara feamente el ojo.

Recientes los esponsales, había ocurrido lo del despido de la automotora. Dejaron en suspenso la posibilidad de que Carmen se embarazara. Víctor no quería tener un hijo si se encontraba en una posición vulnerable; aceptaría ser padre cuando se enderezara la barca. Era necesario para dar solidez a la relación, dijo a Carmen.

El negocio de la grúa empezó a ir bien, con el único inconveniente de que, ante llamadas a cualquier hora de la noche o del día, Víctor tuviera que dejar sola a Carmen en la casa y tampoco podía comprometerse a ir por ella al trabajo.

Los planes cambian. Los de tener un hijo o comprarse una grúa más para crear, en serio, una compañía, expandirla.

Lo que Víctor había creído una gastritis permanente era en realidad ese cáncer en el estómago, la visible mancha que observaban los médicos en la radiografía y que aun el paciente, sin ser más que un obrero que había estudiado un semestre en una facultad universitaria, sabía que no era nada bueno.

Supo que no podría continuar con su incipiente negocio y, con el pretexto de que ya nadie lo llamaba, convenció a Carmen de que tenía que buscar otra forma de ganar dinero. Vendió la grúa.

Cuando la tormenta está peor que nunca y las turbinas del avión se han empezado a apagar y los rayos caen por todos lados y el combustible se va agotando, lo primero que preguntan los pilotos es: ¿seguimos volando? Si la respuesta es afirmativa, los pilotos dicen: Bueno, ahora vamos a ver cómo resolvemos lo demás.

Eso pensó Víctor cuando vio desde la carretera las primeras casas en las afueras de Nopala, cada vez más cercanas, agrandándose. Seguía volando. De momento y superada kilómetros atrás la posibilidad de una nueva crisis, eso era lo importante, completar el viaje.

Una cuestión imperiosa fue que —antes de que Víctor se enterara de su enfermedad— habían comprado una casa en una privada, a nombre de Carmen, que era la única que podía comprobar ingresos fijos. Era una deuda relativamente pequeña, pero que les podía llevar a una pérdida total si no la cubrían. Ante la falta de dinero, los intereses podían comerse el futuro de la pareja.

Había ocultado lo de su mal a Carmen. Tenía algunas reservas para acudir al especialista, aunque sabía que no durarían mucho. Por otra parte, el sueldo de ella era insuficiente para cubrir las letras de la casa. Les urgía el dinero. Víctor no podía mitigar el dolor físico porque, cuando lo lograba —merced a la inyección de una dosis elefantíasea de calmantes—, lo otro, la deuda inmobiliaria, lo destruía.

Acudió con el *Halcón* Bermúdez. Un prohombre de Cadillac a la puerta de la casa, con escolta cuidando sus pasos, ahí y donde fuera. Una riqueza de las que crecieron sin mesura en un lapso cortísimo. De la compra de piezas de auto chuecas, el *Halcón* había dado el paso a algo más complejo e innombrable por lo obvio.

La relación databa de muchos años antes: el *Halcón* fue compadre de cantina del padre de Víctor, y esa amistad resultaría fundamental para que aceptaran sus servicios.

No lo quisieron para vender refacciones. Algo más simple. Llevar coches a la frontera, encontrarse con un tipo en un motel y cruzar al otro lado. Nada más.

El otrora obrero recordaba una vieja historia. Todos los días un hombre cruzaba la frontera en bicicleta, de allá para acá. Llevaba únicamente una pequeña caja, en cuyo interior sólo había arena. Los aduanales lo dejaban pasar, intrigados. “Tierra para macetas”, pudo decirles. Con el tiempo, descubrieron lo que el hombre pasaba sin pagar impuestos, su contrabando: bicicletas.

Víctor sonrió al recordar esa fábula. Ignoraba qué cosa estaba transportando, había sido mejor no saberlo o hacer como que no sabía. Le daba igual si en un tanque falso o en una cajuela camuflada se acomodaban paquetes de marihuana o cocaína, pastillas de éxtasis, anfetaminas o fajas de dólares. No era más que una especie de piloto automático, limitado a manejar solitario por gran parte del país, hasta encontrarse con su contacto en el mismo motel de siempre, para luego cruzar la frontera y llegar a un almacén en el desierto, al otro lado, lleno de güeros y de chicanos que hacían gala de su oficio exhibiendo sus cuernos de chivo y otras armas que Víctor no había visto más que en las películas o en los programas de televisión dedicados a historias de narcos.

Al verlo tan desmejorado, el *Halcón* había pensado que Víctor era adicto, pero éste le dijo que para nada, sólo que había estado bajo mucha presión por no poder pagar la hipoteca de su casa.

Por ayudarte y porque mi compadre era de ley, por eso acepto, dijo el *Halcón* y le dio el dinero para que se comprara un coche de medio uso pero que aguantara los largos recorridos programados. El coche debía estar a nombre de Víctor, porque no debía haber nada que los vinculara si surgía algún problema. Le consiguieron también pasaporte y visa. Lo probaron en un primer viaje y funcionó. Eran unos cuantos dólares, pero valían mucho.

Quizás cada viaje no fuera más que la tapadera de otras grandes acciones, tráilers que pasaban invisibles al Norte, o era parte de una operación hormiga con la que el jefe esperaba evitar la ira de algún cártel no demasiado amistoso. O eran ganas de realmente ayudar al hijo de su compadre.

Si algo le pasaba en el camino, lo más que se perdería sería un cargamento, lo que tenía su lado bueno: el *Halcón* podía dar el pitazo a algún policía de los que cobraban en su nómina y encargarle el asunto, fuese para cuidarlo o, si era menester, para que se lo apuntaran en la lista de éxitos en la lucha contra la delincuencia organizada o algo por el estilo.

A Carmen le había dicho cualquier cosa, para no alarmarla. Su decaimiento fue explicado como nervios o la péfida gastritis de la que Víctor solía quejarse. Cuando los dólares trocados en pesos fueron útiles para ponerse al día en el pago de las letras de la casa, Carmen pretendió aceptar la versión que le daba su marido sobre su nuevo trabajo y se resignó a aguantar sus ausencias, más frecuentes y prolongadas que cuando trabajaba con la grúa.

Con discreción, Víctor seguía los tratamientos con el médico. La mancha en el estómago era caprichosa, a veces parecía crecer, a veces se estacionaba en un tamaño. No tenía que ver con las radiografías. Lo sentía en sus crisis, cuando se le vaciaba el cuerpo.

La pareja volvió a hablar del postergado tema del embarazo. Ahora sí, dijo ella. Víctor sabía que ni ahora ni más adelante. Para qué. Quién sabe cuánto iba a durar o en qué momento el *Halcón* suspendería los viajes por razones de alguna oculta estrategia.

Víctor se dejó acariciar por la música que se escuchaba en el autoestéreo. Dibujó a Carmen, su piel, en especial, se pensó

besándole cada centímetro, respirando su perfume, hablándole al oído frases tontas. La deseó. Hubiera querido regresar a ella para tomarla, deshacerla en cachitos y luego armarla, él, el hombre de las mil batallas, desvalido en el contacto con la piel de Carmen.

Había que seguir. Con la música, con su ritmo consistente, el juego de los acordes de las guitarras. Se meció en el sonido.

Se rio mucho pensando en la respuesta que daría si algún patrullero llegaba a detenerlo y le preguntaba qué estaba pasando al cruzar la frontera. Bicicletas, son bicicletas, diría.

Aulló como loco, mezclándose en un breve rapto de euforia con el ritmo de las guitarras y la batería salido de las bocinas. Se rio, mientras no apareciera el dolor provocado por esa creciente bola en el estómago.

Aceleró. Ahí, a un lado, estaba Nopala. Al frente, la carretera y sus curvas. Nunca se había sentido tan feliz como en ese momento. Eso era la felicidad: la carretera y Nopala a un lado.

LONGFELLUANA

De entre todas las imágenes, sean de color o remitidas a un austero y viejo blanco y negro de los inicios oníricos, no ha existido una ciudad sino la mezcla de varias, segmentos muy recortados de paisajes con sol, mañanas azules, mediodías de aire amarillo, tardes tibias, de color verde.

Y la noche.

Impetuosa, crea una cúpula de plástico y encierra bajo ella a toda la ciudad, la mixtura tan repetida en los edificios —nuevas pirámides, pero las mismas que presionan el pecho e infunden el temor, y luego, con la costumbre, arraigan la necesidad de los pasos que resuenan por sobre la banqueta con su eco acompasado, del paso, suela, suelo, pausa, el acento del cuero duro bailando encima del concreto.

Identifica el viajante cotidiano, similarmente, el ronroneo —de poder— producido por el motor del automóvil, el pequeño tan vivaz, el grande tan silencioso. Afuera de uno, el otro solitario y la banda de los que se han desplegado para destruir ¿qué?

Con diversos mecanismos, la noche callejera atrapa al viajante diario: se va a pie o en vehículo, solo o acompañado. Triste o alegre, melancólico o risueño. Palabras más o palabras menos. Nadie huye a este sino: la noche dura algunas horas de cada día, para que se agite la verdadera vida en la ciudad. Es el regalo: la seguridad de cada camino alterado por los constantes ataques de

lo inestable, representado por el puño y el palo y la brillante arma que pueden llevar al viajante a una sala donde se derraman, hasta manchar el piso, algunas gotas, torrentes de su sangre.

La noche es la cerradura de la vida. No hay llave, más que el aprender el enfrentamiento al frío, la lentitud, arriesgar el cuerpo entero en las bocacalles de las que salen otros como nosotros.

Ulula la lombriz nocturna, con sus torretas y canto de sirena, para espantar al indemne y para curar por enésima ocasión al usual invitado de lo nocturno. En la noche se duerme, aunque quede mejor decir, en la noche se padece el insomnio, ingiere la noche toneladas de café en líquido, millones de tacos y excelentes viandas, miríadas de somníferos, marca las venas reventadas de quienes se desvelan y apropiadamente es el seno preferido de los que a medianoche o por la madrugada mueren en la calle, en su lecho, en la cama de hospital.

En ella, la noche, con violencia aplastan los gusanos. Se macera la carne indefensa. Se levanta la costra del imperdonado. Los viajeros, de lejos, esperan su autobús. El hombre sale de su amante. La joven se despide del novio, dejando ambigua la satisfacción de ambos. La mujer madura, todavía resintiendo su beodez, olvida el cuerpo que yacía junto a ella y sólo quiere llegar al descanso. Los borrachos protagonizan su gradual diáspora en la cantina: rompen de nuevo la vida; tal vez los espera el arma del chantaje al incomprendido o al vicioso. El sexo se desparrama por los besos pintados del cabaret. Pestaña el arbotante.

Ulula la sirena de la patrulla y los semáforos han muerto. La mirada se descarga en el desasosiego de descubrir que el conductor del auto cercano nos mira con su odio recargado por la negrura suburbial.

El alegre no tarda en llegar, llevando bajo el brazo sus panes y litros de leche, más la nariz que lo ha acompañado en tantas desveladas, de rigor, ¡mi hermano!

LOS TACHES DE DOLORES

Cómo atraparla. Sus largas piernas, el triángulo misterioso, la carne viva de Dolores, sus turgentes pechos, su cabellera bravía al caer sobre su espalda.

Cómo detener, grabarme sus grandes ojos, la mirada estrábica del amor; burilar sus facciones, adentrarme en su roja boca carminada. Cómo tenerla, verla sin tantos trámites y dificultades, sin tanto temor a ser descubiertos.

Presiono el botón de aceptar y ella logra pasar a la cristalina y vidriosa pantalla de mi computadora, con su figura, Dolores multicoloreada.

No debo decirle nada. ¿Para qué, de qué serviría? Lo negará con la frialdad típica de su raza.

No sé qué hacer. Si la veo a los ojos y le digo: ¿todavía me quieres?, es capaz de decirme que sí. O si la veo a los ojos puede ser que me diga idiota y se enoje mucho. Paranoico o imbécil, dirá, me enderezará palabras violentas.

Sé que me ha engañado. Desconozco si en nuestro mismo lecho de pareja o en el último rincón del universo. Pero fue infiel.

Lo he descubierto hace un par de noches, en pleno goce de los cuerpos. Sin la presión del tiempo —era el inicio del fin de semana—, me detuve donde hacía tiempo no la repasaba. Escudriñé la carne, me topé con el metal. De sus humedades

había desaparecido aquella joya que yo le había regalado meses antes y cuya colocación supervisé personalmente en un establecimiento de *piercing*.

Ahora lleva otro objeto, no el que yo le obsequié. ¿Hago como que no sentí y no me di cuenta? ¿Hago como que no sufro ante tanta mentira?

¿Dónde quedó el dije con la faz de Afrodita? ¿Quién le regaló la plateada calavera con las tibias en aspa, las mismas que le adelantaron el clímax mientras me raspaban la lengua?

¡Lo sabía! Fue cambiando, espaciando los encuentros o poniendo por delante excusas increíbles sobre por qué no había llegado a la cita o por qué estaba desvelada —y con aliento alcohólico, por añadidura—. Decía que eran simples festejos con los compañeros de la oficina, compromisos.

No me tragué su negativa a la pregunta de si me estaba engañando. No después de varias veces que sucedió lo mismo. Como dicen los clásicos, era evidente que ella andaba en malos pasos.

La acusé, ella negó todo, con la calmosa falta de sudor de las mujeres cuando rechazan las obviedades y cuando terminan enojándose tanto ante la ofensa que uno es el que termina ofreciendo disculpas.

Terminamos, ella firme en su inocencia, yo sin poder probar nada, más que mis absurdos celos —acusaba ella.

¿Absurdos? Por fin he encontrado la prueba, meses después y sin buscarla realmente.

Navegaba una de esas noches de soledad —que son canijas— frente a la pantalla, cuando en una página de tres taches punto com, la descubrí, una galería completa, una veintena de fotos. Y no había margen de error.

Aparecía en pelotas. Abriéndose al mundo. Acompañada por un par de anónimos sujetos con los que acometía acuosas flexiones a las que jamás había accedido conmigo.

Era ella. Yo había tenido la razón sobre sus engaños. Todo el tiempo.

¿Y ahora qué? ¿Reclamarle? Hace tiempo que he dejado de encontrarla, tanto tiempo.

Al menos ahora podía volver a tenerla, en versión digital y compartida, ya sin el temor a los engaños. Al final, la victoria era mía. Aunque es evidente que mi opinión no le importaría demasiado.

Aclaro de manera oficiosa: no tuve que ver con esas fotos donde ella sale sin ropa y haciendo cosas con un par de sujetos de cuyas vidas por fortuna no estoy al tanto. Cuando todo acabó —si es que en algún momento había comenzado— le devolví todos sus objetos digamos personales; los que no, los guardé a la intemperie para que desaparecieran con el sol, la lluvia y el tiempo. Admito que regalé a una muchacha algunas prendas de, ay, corsetería color oscuro, de ésas que ofuscan el corazón de los hombres.

La aparición de sus fotos en una página de tres taches en internet me reconfortó, luego de meses de pena. No deja de haber una cereza en el pastel: ella, que tanto se preciaba de su fino y moldeado cuerpo, brilla en el firmamento del teclado manchado, con su imagen etérea, cibernética y eterna, luego de la búsqueda en la categoría de MADURAS tache tache tache o equis equis.

Maduras. Ni siquiera está en amateurs, orgías, mucho menos *teenagers*. Así como va, sospecho que al rato habrá de rodar por páginas de sado, interracial, raros, bizarros, hasta llegar, más

temprano que tarde, a la clasificación de agüelitas, o aun mejor:
gordas y agüelitas.

EL NÚMERO TREINTAITRÉS

Las numerosas barricadas harían que cualquiera se perdiera en el laberinto de Ciudad Universitaria, mas no el padre de Mario. Fue uno de los miles que, dos décadas antes, estrenaron el inmenso campus, sabe las rutas y atajos y no hay obstáculo que lo confunda entre tantas facultades y oficinas de la UNAM brotadas entre los cactus y biznagas del Pedregal.

La presencia de los piquetes de trabajadores en huelga obliga a la única opción de cortar camino, dar vuelta por retornos normalmente vedados. El chevrolito azul husmea y encuentra su rumbo, se desliza ronroneante hasta un estacionamiento donde, a diferencia de los repetidos vacíos de las demás áreas de CU, se despliega una cantidad considerable de vehículos, de lo que se infiere la proximidad del campo donde están entreando los Cóndores.

El padre se da el lujo de crecer varios centímetros en la estima del hijo cuando le dispara un callejero coctel de frutas. El hijo nunca antes ha comido un coctel en la calle. En la casa, la madre tiene a su cargo el abastecimiento puntual del frutero en el cual se toman, cuando se quiere, los productos de temporada, todo muy limpio, sin riesgos. Acá sabe a gloria ese coctel marchanteado a un señor que se gana la vida desde una vitrina ambulante, detrás de cuyas transparencias se asoman las caras de mangos, papayas, melones, naranjas, pepinos y jícamas. El

vaso desechable rebosa de rebanadas de frutas, rociadas con abundante limón, mezcla multisabora inventada por algún anónimo héroe y donde, como toque final de distinción, se esparce generosamente el chile piquín rojo y poderoso que rezumba las orejas a Mario, quema y entume sus labios, le escalda la lengua el tiempo que dura la contradictoria sensación de estar ardiendo en un mediodía atemperado por los vientos.

Mario tiene la fiebre de ir a los entrenamientos de los equipos universitarios de futbol americano. Los de futbol a secas hace tiempo dejaron de ser interesantes para él, en un principio atraído por conocer a los jugadores más famosos de los equipos capitalinos. Por ser hijo de periodista, terminó por considerar natural ese privilegio y no era dado a presumirlo en la escuela, donde el futbol era cosa seria y no asunto de aficionados. En la primaria el futbol se erige como acción directa; se suda la camisa hasta morir durante la puntual media hora del recreo, cuando los de quinto y sexto año se apoderan del pequeño patio en cementado y se afanan en patear la pelota, tradición tan reciente como nuevo es el mundo. Mario hubo de pasar por todo el proceso en que las infanterías del primero al cuarto grado tenían que dedicarse a otros menesteres diversos del futbol, por causa del monopolio de los de quinto y sexto. Cuando entró, por fin, al puesto titular de defensa lateral izquierdo de los del quinto año, ejerció un cacho de hegemonía. Por eso, porque en su escuela el futbol era cosa seria, poco valor podía adjudicar a los jugadores del circuito profesional a quienes había llegado a conocer en las andanzas de su padre.

Con el futbol americano era distinto. Existía un lazo de comunión entre el padre y el hijo, como si el segundo estuviese recibiendo en la vida la herencia del tránsito por la universidad, por el regreso, inevitablemente nostálgico, a un hábito de juventud.

Acudían a los partidos de americano sin el estorbo de la familia. Eran nada más ellos dos. En los tumultos del estadio, Mario gozaba de un placer intimista, exclusivo, singular entre todos los que pudieran detonarle la conciencia de su individualidad.

Después de cada partido de futbol americano, hubiese llovido o no, hubiese habido sol o no, fuera mediodía, tarde o noche, gozaba de otro privilegio superior: completar la jornada con el padre en la redacción del periódico. Absorbió los olores de la tinta, los cuadratines, los esquemas, el ruido de las máquinas de escribir, que es música; las pláticas de los reporteros, gente que, por el simple hecho de firmar con sus nombres las notas y las columnas en seria tipografía levantada, era bastante más respetable que los analfabetos jugadores de futbol soccer.

La redacción era un vasto mar navegado por los escritorios como barcos y con reporteros como marineros, donde Mario podía servir de grumete y ser el enlace entre su padre y los jefes de redacción y de la sección deportiva; este último pasaba a su lado, le apretaba la cabeza todavía cubierta por una gorra de Pumas y le decía “Qué pasó, Encinito”, o aludía a lo mal que jugaban los equipos universitarios, según él.

Una noche el jefe de redacción, atareadísimo en el proceso de diagramar las páginas, le pidió que dijera a su padre que qué pasaba con las notas. Mario transmitió el recado y luego repitió al jefe el contramensaje de su padre, con todas sus palabras: que si creía que era una máquina.

Concluido el cierre de la edición, el padre se reunía en un restaurante cercano con un grupo de reporteros y, por supuesto, con su hijo, para quien ordenaba una hamburguesa, alimento afectado por cierto toque de exotismo, pues pertenecía al ámbito de los restaurantes agringados, donde el sabor a plástico de la comida era novedad que no se convertía aún en ofensa.

Por eso Mario prefería el fútbol americano. Sus padres aprovechaban de vez en cuando el viaje y le decían que si quería ser jugador de Cóndores tenía por fuerza que obtener altos promedios en la escuela. Sólo así, además, llegaría a la Facultad de Derecho, le insistían. Mario se veía en el futuro como un deslumbrante muchachón vestido con un uniforme de Cóndores, claro, o como integrante de la selección Puma, para patear sin misericordia a los odiados Burros Blancos, al odiado Polito que se le pusiera enfrente, o a los Pieles Rojas de Manuel Rodero, a los norteños del Tec de Monterrey, que casi siempre perdían cuando jugaban en la capital.

Se acercaba el final de la temporada de Liga Mayor, la ruta crítica de los Cóndores en pos de repetir en el sitio máximo, lo que era, además, el preámbulo del clásico POLI-UNAM. Mario llevaba puesto el uniforme de la escuela, lo que lo hacía sentirse fuera de sitio mientras iban localizando la cancha donde entrenaban sus admirados Cóndores. No importaba la huelga, no a ese equipo. Los jugadores seguían dando el alma en cada entrenamiento, luchando contra los *domis*, empujándolos una y otra vez para fortalecer los hombros y resistir en los choques con los contrarios. Por la huelga, al esfuerzo normal de la preparación los jugadores tenían que sumar la incomodidad de irse a bañar a sus casas, sudados y enlodados.

A una distancia discreta, Mario observaba al *coach* Manuel Neri, vestido con un *short* y una playera negra, más una cachucha. Neri era el que enseñaba a los Hernández Verduzco, a los Lino, a los Miravete... a Juan Sobrino.

Juan Sobrino, el corredor estrella de Cóndores. El ídolo de Mario. Ese número treintatrés altísimo, de quien hasta el padre de Mario, de suyo entre cínico y escéptico ante las miserias del

deporte profesional, hablaba con admiración, porque Sobrino era deportista universitario. Aprovechaba para recitarle al hijo que Sobrino estudiaba Derecho y que además de ser bueno en el engramado, lo era como estudiante, como requisito para alinear con Cóndores, la poderosa escuadra originada de la tradicional mixtura Leyes-Ingeniería, los Cóndores orinegros, por encima, aun dentro de la propia escala de valores universitarios, de las Águilas Reales y de los Guerreros Aztecas.

Como buen *half-back*, Juan Sobrino era alto, fuerte y ágil. Compartía con el *quarter-back* Hernández Verduzco el liderazgo del equipo o así quería imaginarlo Mario. Sobrino había pasado por una grave lesión en la rodilla, que lo afectó en la parte final de su periodo de elegibilidad dentro de la Liga Mayor, pero seguía siendo la leyenda, el único en cuyo honor Mario se enfundaba una sudadera con el número treintatrés para ir corriendo a todo vapor hacia las diagonales de la tortillería en las tardes de servicio doméstico.

Saboreando y sufriendo todavía el chile piquín en la boca, residuo del coctel de frutas, Mario se dedicó a ver el entrenamiento. Ejercía el margen de autonomía que le concedía su padre, ocupado éste en entrevistar o platicar con el mismísimo coach Neri. Mario sabía también desde dónde atestiguar la esforzada y dura sesión sin correr el riesgo de que un tumulto de dos jugadores —o uno solo, que cualquiera de ellos bien pudiera pesar toneladas— le cayera encima y lo destrozara involuntariamente.

Cuando acabó el entrenamiento, de manera automática Mario apareció al lado del padre, siguiéndole con una ensayada discreción. El padre estaba entrevistando a Juan Sobrino. El comedido Sobrino. Se había sacado el jersey con todo y hombreras y lo llevaba cargando como un saco de papas en la espalda. Mario

se contagiaba de esa importancia, la de tener un padre con el privilegio de entrevistar al treintaitrés, ese sudado jugador que hablaba del próximo partido, de su condición física, del equipo en general, etcétera.

—Perdón —dijo Juan Sobrino y Mario descubrió que se estaba refiriendo a él, viéndolo de manera directa, sin intermediarios. El niño se sonrojó.

—¿Oíste algo? —lo interrogó su padre.

—No —dijo Mario con sinceridad, moviendo la cabeza. Era verdad, no se había dado cuenta de que Juan Sobrino había pronunciado una grosería, una mala palabra. Atento, provinciano, bien educadito, Juan Sobrino había sentido la necesidad de disculparse por haber dicho algún grueso epíteto frente a un infante, y éste no la había oído, no había registrado qué término, tal vez uno muy común o tal vez uno muy procaz. Juan Sobrino se había fijado en él, le había dado un elemento para confirmar que existía, Mario.

La humilde disculpa había, pues, certificado la existencia de Mario Encino, hijo de periodista, estudiante de quinto año de primaria, con credenciales para jugar futbol sóccer en el patio de la escuela a la hora del recreo y con acceso libre al lado de su padre a una Ciudad Universitaria en huelga y a todos los juegos de futbol americano por venir en esos años, los últimos de elegibilidad para Juan Sobrino, quien, de tan educado que era, pedía ser disculpado cuando decía groserías frente a Mario, que también tiene una sudadera con el número treintaitrés.

CIBERBEBÉ

En algunas escuelas forman parejas de muchacha y muchacho y les encargan un huevo para que lo cuiden como si fuera su hijo; es una manera de inhibir sus calores y evitar que se anden embarazando antes de tiempo.

Eso ha sido superado. En ciertos planteles educativos y con la misma finalidad entre conductista, pavloviana y constructivista, se proporciona a las parejas un muñeco tamaño bebé de verdad, que se la pasa jeringando a los presuntos padres. El muñeco llora, comete más chantajes que un bebé real y, con una mamila electrónica, hay que alimentarlo cada determinado número de horas, sea de día o sea de noche.

El muñeco quiere estar siempre en brazos de alguien y, sobre todo, exige que no se le desnude. Cualquier maltrato o descuido queda registrado en un chip que el ciberbebé lleva en su interior. Está de por medio la calificación en al menos tres asignaturas, por lo que los adolescentes implicados terminan la experiencia en medio de una crisis de neurosis, la cual, por cierto, no ha reducido la frecuencia de embarazos adolescentes, o no en la medida que habían calculado las autoridades.

No han faltado entre la población escolar quienes protesten o que sugieran otras modalidades de este programa, como el dotar a los muchachos con muñecas inflables y, a las muchachas, con muñecos Ken de tamaño natural. Por si alguien es neófito

en el asunto, apuntamos que Ken es el ex esposo de la muñeca Barbie; Kenito es el hijo de ambos. De nada.

En una frecuente paradoja, si bien la tecnología es norteamericana, la fabricación de los bebés es, como se podrá imaginar, china.

Los bebés vienen en modelo caucásico, asiático y afroamericano. Se espera prontamente la aparición de los modelos mexicano y étnico.

HISTORIA ENTRE DEDOS

Los espejos son *goteras*. En ambos sentidos —de afuera hacia adentro y de adentro hacia afuera— es posible perderse. Lo mejor es no acercarse a ellos. En un extraño mecanismo, aunque sean muy pequeños, un hombre puede atravesarlos y aparecer al otro lado del espejo, sin que nadie se dé cuenta.

Vio a esa pareja de hombres enchamarrados y con botas vaqueras, más a uno, el bigotón, porque era el que llevaba espejos, quiso decir, anteojos no sólo oscuros, sino con ese tipo de cristales que sirven como espejos y, por tanto, como *goteras*. Un evidente bulto en la cadera concedía la última prueba, si es que fuera necesaria: eran policías judiciales.

Su presencia no era rara en ese antro, pero no abundaban los que portaran lentes como espejos, fotofóbicos, maniáticos, extravagantes, con ese modo de protegerse o de ocultarse dándose a conocer, en la clásica costumbre mexicana de identificar a los policías secretos porque todos los detalles los delatan. Los meseros son duchos en ubicarlos y alguno, de confianza, con una simple mirada le dio el aviso.

Había poco que hacer. ¿Escondirse, desaparecer del lugar? Sabía que en cuanto intentara hacerlo, los tendría detrás y sería peor, más difícil, porque si algo les enojaba era tener que esforzarse y, dado el caso, ya habrían hecho bastante con localizarlo.

Su caso era vulgar. No mucho tiempo antes, estaba a cargo del área administrativa de una dependencia gubernamental cuyo titular resultó insaciable en materia de desvío de recursos, a través de trámites en los que era indispensable la firma de su segundo. Tuvo que firmar. Se sobreentendía. Cambió el gobierno; su jefe, elegido como chivo expiatorio, consiguió escapar, daba lo mismo que estuviera en Nassau, en Barcelona, Guadalajara, Nogales, Ginebra o Sídney, había desaparecido de la faz terrena. Algún día serían capaces de querer encontrarlo.

También estaba él, que había firmado esas montañas de oficios y recibos, ahora prueba de desfalcos al erario. Con trabajos y prácticamente sin nada, había podido abandonar la ciudad y buscar el anonimato. Abandonado por todos, repudiado por su misma esposa, que, al fin y al cabo, tenía ingresos propios y se las podía sola para seguir llevando a la familia. Lo único que le quedaba era Maribel, a punto de lucir desnuda frente a todos.

Maribel luce espléndida. Las miradas de tantas pirañas desperdigadas alrededor de ese remedo de pista, lejos de enflaquecerla, la nutren. Se mantiene en un peso justo, no robustece, su cuerpo no se torna ni lánguido ni teatral. Es Maribel, plena.

Él espera, repite esa primera y segunda emociones —no, fueron segunda y tercera, porque el contacto tiene tiempo en un conteo interno y en otro público. Nunca hace demasiados meses—. La mira con lucidez, antes no tanto.

Atrás *La Orquesta* hace la música. *La Orquesta* es un niño que se escapó de casa y se dedica a golpear el cuero de tambores, imaginación de presunto baterista; un hombrecito de bigote a cargo de los teclados; otro más que marca el ritmo del bajo; el que debiera ser el líder, aunque no lo sea, es el guitarrista y

primera voz, encargado de la sección de cuerdas, el único que rompe con la regla mediocre del cabello corto, porque el suyo, a diferencia del militarizado de sus compañeros, se escurre como una gran melena; sólo de esa forma canta, sólo así emprende algunos malabares de requinto con cierta dosis de creatividad en los *covers* más corrientes.

Y canta. El guitarrista de cabello largo pretende acariciar a Maribel con sus canciones de moda rezagada, tan actualizadas como un medicamento que caducó hace tres semestres. Bueno, que lo haga. Que crea acariciarla a través del ritmo. No importa. Maribel, en la intimidad del cuarto, respeta únicamente el ritmo del hombre que la protege.

La Orquesta toca y Maribel baila. Tiene muy hecho su número y aun así, cada vez resulta nuevo. Es la estrella, aunque es de suponerse que, entre las mesas, el público prefiera a otra mujer, pechugona, nombre artístico Anaís, con su falsa cabellera rubia y sus ínfulas de llevar un vestuario más elaborado que el de Maribel, el de ésta más clásico —aunque las dos se lo quiten por completo, ése es el fin, la razón fundamental del pago por su trabajo—. Anaís es una invención y con una barata artificialidad ha estado ayuna de sugerencias como utilizar agua oxigenada para completar el acto de simulación en cuanto rubia Clairol. No lo ha hecho así. Choca, cuando se despoja de la última prenda, la visión mortecina de su cabellera supuestamente rubia con otra sección pilosa de su cuerpo, que se revela azabache.

Los viejos actores beben una copa de coñac para lubricar su alma antes de entrar en contacto con el público. Maribel hace algo similar, aunque en circunstancias, proporciones y sentido diferentes. Aquí no hay coñac, por ejemplo; de hecho, difícilmente algún licor es auténtico.

Ella resiste la ingestión de corrientes marranillas y, fichando, procura conservar la prudencia. Con los clientes es inevitable tragar alcohol por obligación de convivencia social. Noches hay que, sin quererlo, ha tenido que beber demasiado. Accede a sentarse y departir con alguien si esa persona acepta pedir y beber lo que ella ordene.

Nadie llega exigiendo coñaques o güisquis. Son clientes de ron, de brandi y tequila; otra cosa estaría fuera de lugar. Son licores que normalmente se combinan con Coca Cola, Squirt o Seven Up —esto último con los mópets famosos que se estilan para poner más locos y muy rápido a los bebedores jóvenes—. Algunos caen por accidente en este antro, confundiéndolo con una discoteca al modo más fresa. No es una discoteca.

Aquí el público está formado por obreros y burócratas de medio pelo, campesinos que acaban de vender la cosecha, tianguistas en tránsito a otra ciudad donde instalarán su puesto, viejos putañeros en las últimas etapas de su vida. Algunos judiciales o madrinas, uno que otro profesional que no reniega de sus prostibularios tiempos de juventud. O gente en desgracia que ya no tiene el suficiente dinero para consumir en los bares de moda y que está necesitada del alcohol y del contacto con la raza humana versión lupanar.

Son hombres. Si alguna mujer entra aquí es porque viene a trabajar. Se adivina la diversidad: madres solteras, mujeres abandonadas, chicas que en tiempo reciente perdieron la brújula —o la encontraron por esta vía, en el ambiente—, obreras cesantes, aun secretarias con la intención de completar el ingreso quincenal.

A los hombres los aturde la imagen de Maribel, su figura de mujer, su cabellera que le cae por debajo de los omóplatos, negra, con rayos de sol. Su estatura por encima del promedio femenino nacional, su cara, su juventud, su desnudez. Asunto de

carnalidad. Maribel. Los movimientos que efectúa con la frustrada caricia del guitarrista o respondiendo al tamborileo torpe del niño falso en el grupo de músicos. Una fingida alegría, nutrida cuando emula a los viejos actores que se beben un coñac para armarse de valor antes de salir al escenario.

Sobria, Maribel no se atrevería a aparecer frente al feroz público del antro. Antes ingiere su rigurosa porción de brebajes adulterados. Sólo así lo puede hacer. Él lo sabe bien, desde sus primeros encuentros ella le hizo la confianza. Con ese fuego artificial, Maribel se atreve, se monta en el ruido de la música, sigue la letra de la balada que no cambia desde hace meses y que el guitarrista gusta de tocar y cantar tres, cuatro veces a lo largo de la madrugada, a sabiendas de que es una canción que sigue funcionando entre el respetable, cuya reacción se refleja en el rápido consumo de la copa y el llamado a los meseros por otra ronda o, con frecuencia, por otra botella entera, para que se las destapen ante sus propios ojos, los mismos que desconocen la orden del dueño del *club* para que las botellas sean rellenas con cualquier alcohol coloreado.

Maribel y la música combinadas facilitan el efecto.

Ella empieza a recorrer la pista, baila saltando, bambolean-do la cadera, aventando el cuerpo hacia delante, jugando con su cabello ante el ilusorio viento en la penumbra alimentada por los humores del alcohol, de los organismos de los parroquianos y el constante consumo de cigarrillos. Juega alrededor de los postes cubiertos por espejos; reta quiméricamente a posibles clientes, se les ofrece, en actitud artística, no de pugna pecuniaria, porque muchos están ya acompañados por sus respectivas mujeres de ocasión, las que beben con ellos y aceptan abrazos y apretosnes procaces en el trasero o en los senos.

Con estas vueltas, en la cadena de insinuaciones, Maribel va quitándose prendas que se esfuman en la semioscuridad. La minifalda se desprende con una ligera manipulación de sus dedos; la deja en el suelo, confiada en que alguien la recogerá. Nuevas vueltas y el sostén empieza a escurrirse y se descubre ese par de capullos que lleva con orgullo, consciente de que caben en la mano de la eventual pareja o de la pareja cotidiana. Siempre habrá alguien que prefiera a las de busto grande, pero también habrá aquellos que aceptan y admiran un busto fino y mesurado, con su par de botones oscuros, destacados en tan amable protuberancia.

Remata el ciclo de cada número al despojarse de la exigua tanga que le protegía sus nobles partes, receptoras entonces del embate del aire y de las miradas. Su cuerpo se muestra con toda su solidez y suavidad mezcladas en los movimientos pretendidamente lascivos, provocadores. Se escucha nada más la música, la orden que recibe un mesero para que vuelvan a escanciar una cuba de brandi nacional. Maribel se despide sudando, desnuda, vista, fornicada en la imaginación de los parroquianos.

Noches, madrugada tras madrugada, la ve amorosamente cuando se encarga de la variedad, que se interrumpe en las fechas de feriado con cierre obligatorio de antros o en breves y muy regulares días de mujer, y los domingos y los lunes cuando por la ordenanza municipal dicta no abrir este tipo de lugares.

Transcurrieron varios meses luego del primer encuentro, la primera botella que él había mercado con tal de estar a un lado de Maribel. ¿No sales?, preguntó él y ella tuvo como respuesta una cantidad increíble de dinero aun tratándose de una mujer de su belleza y oficio. Pero le ofreció un *téibol* en los altos del congal. Subieron a jugar el sexo sin contacto, la modalidad

contemporánea por la que una mujer se embarra al cuerpo del hombre sin despojarlo de la ropa, pero con la prohibición absoluta de tocarla.

Él regresó y volvió a regresar. Varias veces no la encontró y se atrevió a salir con otras trabajadoras del sitio que sí salían o no pretextaban una tarifa tan alta, encuentros con el predecible resultado del ayuntamiento vía pago de cuota al sindicato de los cuerpos. Mera satisfacción mecánica, una muesca más en la cacha del registro de virilidades comprobadas.

Hubo de esperarla alguna ocasión en que Maribel alternaba con un cliente necio, empeñado en que ella no lo dejara sino cuando él lo permitiera, no antes, so pena de provocar una trifulca de botella y vasos quebrados, mesas rotas, descabros, salida de pistolas, intervención de los sacaborrachos del antro, y eso lo veía muy mal el dueño, quien marcaba la línea y las reglas de su respetable negocio.

Hubo veces en que pudieron pasar más tiempo juntos, aun cuando simulaban que era una relación, dijérase, profesional. Una transacción. Sería una búsqueda, pero al fin una madrugada en que Maribel había bebido en demasía, aceptó salir con él, con el que la había estado buscando tantas noches. Sólo que ella no había aclarado cosa alguna sobre el cobro de tarifa ni le dijo que había que pagar *la salida* a los cancerberos del antro.

Simplemente, aceptó salir. Aceptó la invitación a dejar el lugar. Recorrieron la ciudad, fueron a desayunar —por llamar de algún modo a ese consumo de comida en hora extraordinaria y rarísima para cualquier ser común— y terminaron acostados muy juntos y agotados en la cama de un hotel, aunque sin pretender más que un abrazo leve y cariñoso, sin nada más. En un siguiente encuentro consumirían el hallazgo por la vía tradicional.

Meses después, ocurrió la caída del administrador. En escape, abandonaron la ciudad. Maribel se convirtió en su refugio.

El guitarrista canta baladas buscando acariciar a Maribel con las historias que pasan por sus dedos. Si es que llegó a iniciar la lucha por que Maribel atendiera sus ruegos y lo mirara, el guitarrista sabe que sería o que fue una lucha perdida de antemano. Porque Maribel tiene pareja. Un protector. Su hombre. El cliente al que una noche no quiso cobrar.

Maribel hace la variedad o ficha, baila por un precio las breves canciones, bebe con los parroquianos que, por haber cubierto la cuota, creen tener el derecho de obligarla a ingerir las cubas en la misma cantidad que ellos, sentados ante las mesas con refrescos, hielos, la botella y los vasos del olvido.

Sigue admitiendo los acuerdos para ir a uno de los cuartos vecinos a la pista, cubiertos por cortinas, para dedicarse a *téibols* bien trabajados. Si el interés es mayor, ella tramita la salida. Lo hace confiada. Protegida. Él la cuida.

El que fue cliente transformó su vida, suspendió el pasado, cortó con los antecedentes, se alejó del mundo anterior, no quiere acordarse de si había familia en ese antes, si el empleo que tenía estaba bien remunerado, si existió él mismo, si firmó los documentos que, en defensa propia, no tendría que haber firmado. Y opta por ignorar a los agentes. No necesariamente van por él. El de los lentes como espejos, el de las *goteras* lo mira, no lo mira; se fija más en Maribel. Cualquiera haría lo mismo.

En estas madrugadas, su función primordial es cuidar a Maribel, acompañarla, procurarla, esperarla en sus salidas, defenderla y luego hacerla suya sin pago alguno de por medio más que la correspondencia, la necesidad de sus cuerpos.

A él le toca seguirla cuando Maribel tiene a su cargo la variedad con su desnudez, a él le corresponde ir atrapando la ropa al vuelo, cada prenda que abandona su dulce piel, que suda cuando baila, que huele a alcohol, achispada por el licor que ha bebido para atreverse a ser vista y deseada, su Maribel, entre los dedos, en las manos.

CIUDADES EN CALOR

Ésta es una ciudad fría.
Tan fría como ardientes
son los deseos de sus
habitantes.

Algunos gustan de protegerse muy bien contra el frío; es una forma de evitar el ardor interno que los irá calcinando para siempre. Los que se tapan para no tener contacto con nada. Éstos son los más. Hay otros, los menos, que a despecho del frío decidirán, cada noche y puntualmente, dormir sin coraza, exponer la desnudez de la carne.

Al roce con lo que se sienta de frente. La carne, más por las noches, es una carne viva. Duelen entonces todas las maneras del roce. Aunque, habría que aceptarlo, a la larga duele más la falta de ese roce. El que se da con otra piel, igual a la de uno hasta en lo suave.

(dos carnes suaves están más vivas que cualquier herida —abierta o no, costra o cicatriz—; en su unión generan la chispa, llegan a separarse las pieles)

(en esta ciudad hay quienes comparten, además de las caricias, el dolor)

Imagina que en esta ciudad haya quienes extrañamente compartan, además de las caricias, el dolor. Sus manos a propósito llevan al cabo actos mágicos: presionan, con excesiva fuerza, los pezones que aún no pierden su sensibilidad. En otros sería dolor y nada más, aburrido, pero en este reino para los

dos es extremo de una relación apenas surgida ayer, antier, la semana pasada.

antier, la semana pasada.

Que no haya sorpresas al apagarte y encenderte de inmediato para ver hacia la casa de enfrente. Ellos intentan atar el nudo, a sabiendas de que no faltará quien llegue a desatarlo.

a desatarlo.

Pocos desechan el reporte del meteorólogo cada, todas las noches, y deciden entrar a la cama sin más escudo que la piel por todas partes.

Duermen, por lo general, solos. Buscan inexistentes rincones pegándose a la pared, desesperado intento de robar un poco de aire, jalan con la fuerza posible de sus pulmones quemados latido a latido. El aire suele faltar. O cuando se consigue ese poco, va quemando por la garganta: explota al llegar a los pulmones.

En su piel se halla un raro sabor salino, de ser vivo. No ocurre todas las noches. Para estar seguros, debe tocárseles los labios con la lengua. Se sabrá si esos labios acaban de besar ojos salados. No hay otra manera de adivinarlo. Y si preguntas, no habrá respuesta. Lo único que se distinguirá será una persona bañada en deseo, animal en celo. Se levantará y mirará a otro lado, a una pantalla imaginaria.

Si eres mujer, tal vez puedas descubrir una historia. Y sabrás que en la pantalla se revisa el futuro, bajo compromiso de no modificarlo.

Si eres hombre, te quedará una oportunidad si descubres la pantalla —es un cielo con nubes todo el día. En la pantalla verás

historias del pasado y te gustará repasarlas. Y a pesar del compromiso de no modificarlas, también vigente contigo, soñarás de todos modos en hacerlo.

Te conduce a hurgar por entre los botones y despojarla de la tela. El par de senos más hermosos. Manchados en el centro por los pezones, casi cafés, casi color rosa.

Al tacto, son motivo de vida. Sugieren la catarata en la entropierna, gotas en diluvio diestras en bailar al ritmo de la música. En el leve contacto se puede descubrir un sabor. Aquí es dulce y perfumado. Allá también. Las lágrimas jamás rebasan el cuello. Por eso, besar los senos de una mujer joven acerca a lo dulce y artesano en su suavidad. No importa morir después.

luego de apretar con fuerza los pezones de los senos pequeños hay que irse alejarse huir escapar a todo galope por la carretera

Tal vez porque finalizó el día o al menos esta parte del día, peligrosamente se cruzan entre sí el día que se está acabando y el que está empezando. Y se tiene que recorrer lo nocturno hasta acercarse a uno de los diversos refugios que para tales efectos suele prepararse.

Este viaje nocturno encierra peligros, si bien son los últimos del día, de un día, y eso presta ánimos al más sorprendido o al más fatigado. Porque además queda la esperanza de que en unas cuantas horas, según la capacidad de insomnio o la derrota frente al cansancio, se insertará la sonda en quien, raudamente y después de un largo rato, acaba de decir adiós.

Pides: que se masturbe, porque yo no estoy con ella.

Regresado al viaje nocturno, notarás que la ciudad te ha atrapado; que tienes que esquivar los bólidos y su lucha por el derecho a la calle. Y sabrás tal vez que una mano desnuda terminó por masturbar otro pedazo de piel morena, casi café.

Por la mañana aun los sin ropa se visten y empiezan a responder, aunque se recomiende el silencio. Ésta es una ciudad fría. Tan fría como ardientes son los deseos de sus habitantes.

VOLCÁNICA

Averigua el origen de la profunda tranquilidad de esa figura masculina, rígida como las demás, aunque la única sin rictus de desgracia. Extrañamente, fue la intranquilidad la razón de su innegable calma, casi una sonrisa dejada ver entre las rugosidades y los poros de la piedra.

Ese hombre no podía dormir. El insomnio le provocaba serios estragos. Llegado a la desesperación, rogó a los dioses que le regalaran al menos una noche en la que pudiera dormir en cuanto colocara la cabeza sobre la almohada, el cuerpo sobre el lecho. Cosa fea es ésta del insomnio.

Su ruego fue atendido. Hubo dioses que dispusieron que, cuando menos una noche, el hombre durmiera sin problemas. El aire fluiría libremente. El viaje se extendería por las amplitudes oceánicas del reposo. El hombre descansaría.

Como se trataba de un designio divino, la decisión de que el insomnio no lo afectara fue absoluta. El hombre no sintió los temores telúricos, no escuchó la desesperación de las familias ni los ayes cuando lenguas de fuego vaporizaron la carne o la cubrieron a manera de moldes para los siglos por venir.

No hubo, en su caso, dolor. La lava lo fue bañando, sin suspenderse el sueño profundo y reparador.

Permanece dentro de él, sin ganas de despertar, esquivado el insomnio, al menos una larga noche.

LA ALTERNATIVA

*A Joseph Philip Farmer,
que creó el fabuloso mundo del río*

El origen de esta historia se presta a la burla si hay mala fe entre quienes escuchan una explicación que, por el contrario, suena verosímil para aquellos con buena fe. Todo empezó —o todo acabó, según se lo quiera ver— con el enojo de ese marciano cuando el conductor estrella de la otrora celeberrima CNN hizo una pregunta inconveniente en el noticiario de las seis de la tarde, hora del Este. Ni siquiera en los más elevados círculos de la ciencia se tenía total certeza acerca del atrabiliario carácter de los marcianos, pero el detalle no reduce la culpa de Charlie Nugent, responsable de haber herido los sentimientos del marciano cuando preguntó la razón por la cual las marcianas y las terrestres tenían prohibido dirigir la mirada hacia los ojos de los marcianos machos. El marciano de ojos alargados, en frenética furia, tornó su amarilla piel en un morado que desajustó por varios minutos los tintes de los cinescopios. Gruñó en su idioma de grititos y eructos algo muy parecido a una ofensa contra-materna y asentó su explícito interés por la venganza, luego de lo cual desapareció de la pantalla, desapareció también del estudio, según nos enteramos aquellos que seguimos viendo el canal de noticias, cuyos conductores juraban una y otra vez que no había sido truco para ganar *rating*, a falta de guerras en el panorama, y que era verdad que nadie sabía a dónde demonios se había metido el marciano, enojadísimo, eso sí.

Horas después todos hubimos de morir. Entre los muchos efectos de esa gran muerte colectiva, sobresalió el que hayamos quedado ayunos de noticias sobre las elecciones y sus fraudes en cualquier rincón del mundo, acerca de la generalización de las recesiones económicas y del comercio internacional, sobre el reencuentro de dos viejos mundos que íbamos a celebrar mestizos y criollos y uno que otro indígena. Las masacres de todas las conquistas habidas en un muy lejano antes, toda esa sangre se quedó chiquita al confrontarse, históricamente, con la asepsia hecha gala por los marcianos en el nuevo y último encuentro real entre dos mundos: Marte, uno; Tierra, ¡cero!

El trabajo sucio lo hicieron con el rayo barrenador. Los científicos del proyecto de Los Álamos habrían calmado sus remordimientos por la creación de la bomba atómica, si hubiesen sabido de la capacidad de destrucción del rayo barrenador marciano. La única forma de vida que no desapareció de la superficie terrena fue una variedad de frijol en germinación, apta de modo exclusivo para cocinar chop suey. Lo demás fue silencio.

No se sabe por qué, pero los millones de terrícolas que en el mundo fuimos, entramos en paquete en la resurrección.

No en el tipo de resurrección que vendieron varias de las iglesias en boga cuando llegó el marciano a arruinarlos el caos. Tiene que ver más bien con la propuesta dada a conocer en el último cuarto del siglo, en el sentido de que por algún oscuro designio, reapareceríamos masivamente desparramados en las riveras de un larguísimo y anchísimo río de agua dulce, del cual ignoramos sus fuentes y el mar al que llega. Nadie ha visto sus extremos, aunque corre por ahí el rumor de que se han organizado dos o tres expediciones para encontrarlos.

Sólo algunos aislados compradores de libros en supermercados conocemos las profecías de José Felipe, quien anunció que acabaríamos por reunirnos en un río como éste. Toda la humanidad. No acierto a imaginar en qué puede terminar esto, pues el cuarto tomo de esta historia no llegó a circular. Sin embargo, el emperador romano Adriano, que vive como a tres kilómetros de aquí, me ha platicado de un taiwanés que decía haber leído el cuarto tomo de las profecías de José Felipe; el taiwanés condicionó la confidencia a que el emperador Adriano le entregara su cilindro de metal. Semejante petición frustró la posibilidad de que nos enteráramos, Adriano y yo, del final de la historia. Hay que entender que los cilindros de metal son el medio de sustento en estas riveras: hay torres distribuidas a diferentes distancias, en las orillas del río, y una vez por la mañana y otra por la tarde, luego de que se detonan rayos azulados, los cilindros que la gente colocó en las muescas de la torre están llenos de comida, de licores, de las toallas que aquí usamos como ropa, de cigarrillos Tigres o Delicados oscuros con filtro, más carrujos delicadamente elaborados y todo lo que puede alguien embutirse por la boca, la nariz o las venas.

Igual y era falso que el taiwanés hubiese leído el cuarto tomo de las profecías de José Felipe.

Aquí estamos, a un año del novísimo Día R, el inédito Día de la Resurrección, mujeres y hombres de todos los tiempos y de todas las razas, resurrectos todos con la forma y condición que habríamos de tener o que tuvimos a los veinticinco años de edad, y además con nuestros órganos originales, pues desaparecieron todas las prótesis y arreglos que entre la ciencia médica y las prácticas de tortura nos fueron colocando conforme transcurrieron cinco milenios, ya bastante gastados, por cierto.

Todos resurgimos estériles. Todos en principio vírgenes, una virginidad estropeada antes de acabarse las primeras veinticuatro horas del Día de la Resurrección, al extenderse una orgía universal de una manera peor que hongo en baño público. Todos despertamos con un cilindro atado a nuestra muñeca derecha los diestros, izquierda los zurdos. Todos con la capacidad de resurgir nuevamente, pues no importa cuántas veces muramos, volvemos a aparecer, siempre en un tramo del río quizás miles de kilómetros distante de aquel en el que respirábamos el día anterior a nuestra muerte más reciente. Todos con la misma y nada original serie de preguntas: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿hacia dónde vamos?

Son preguntas para las que no hay respuesta, ni siquiera de parte de los chamanes de la Iglesia de la Otra Alternativa. Los alternativos no tardaron en circular por las riveras Este y Oeste del río, con un viejo discurso de solidaridad que muchos otros manejan en la era pre-río. El misticismo de los alternativos tiene tufo a eyaculación precoz, pero hay que reconocer a su propaganda como el clavo ardiente para los millones que en la era anterior requerían de una fe religiosa, con confesores y guías espirituales que rigieran su existencia basados en dogmas de todas las marcas, matices y texturas. El contraste lo hacen los escasos librepensadores —sector con sensibles bajas de desertores enfilados a la Iglesia de la Otra Alternativa—, los maniaco depresivos, los esquizofrénicos y los eternos adolescentes, más aptos para adaptarnos al nuevo estado de cosas, sin necesidad de fe espiritual.

Después de varias muertes y sus correspondientes resurrecciones, en cuyo ínterin se extendió el esperanto como idioma universal, lo extraordinario fue haber despertado una mañana

con mi cilindro al lado y, unos metros más adelante, haber descubierto que no otra sino Victoria Fontana era la que yacía en plena aurora despertando también, con su cilindro al lado.

Victoria Fontana. Fui su fanático número uno en la tierra. Fue mi obsesión; se lo he dicho ahora que somos vecinos. Fue un descubrimiento tardío, pues ella tenía algo de tiempo en las listas de popularidad cuando me atrapó en la lluvia de imágenes de un videoclip.

Empecé a ir a sus conciertos. Compré toda su obra musical, en series repetidas de diez en diez, para tener la oportunidad de oírla *ad aeternum* —quién lo dijera ahora— en caso de que se estropeará el casete, acetato o compact disc. Tapicé la recámara con los carteles y las fotos que de Victoria Fontana se podían conseguir en los puestos de periódicos y en las butihs de lujo. Burilé sobre caoba las letras de sus canciones. Mandé construir un vitral en el que su cabellera era el *leit motiv* de los reflejos de la luz.

Sentí siempre rígidas palpitations al discurrir por los meses de los varios años en que Victoria Fontana logró romper récords de venta de calendarios, en cuyas coloridas páginas sobre la superficie del couché ella relucía toda plenitud; en especial para mí será perenne la imagen de Victoria ataviada con una medalla olímpica —y nada más— en la foto correspondiente al mes de marzo de mil novecientos y...

Tatué bajo mi tetilla izquierda una de sus frases célebres: *El sexo con amor es lo máximo; el sexo sin amor es divertido.*

Me inscribí en los clubes de admiradores existentes en siete ciudades de la república y en San Antonio, Tejas. Me corté las venas cuando en una revista de escándalo publicaron que se iba a casar con un riquillo regiomontano; cicatricé mis heridas

cuando en un programa de variedades pregrabado ella personalmente y con viveza desmintió que tuviese interés alguno en matrimoniarse con nadie, lo que nos daba la posibilidad de que fuese para todos y no de uno solo.

Vendí mi auto compacto para seguirla en sus giras. Compré durante quince semanas seguidas frascos de mayonesa elaborada en el corredor industrial Vallejo y mandé todas las tapas al apartado postal 11 48 del Distrito Federal con tal de ganar una cena con ella en un restaurante acapulqueño, sin haber obtenido más que la ratificación de mi repudio vomitivo a cualquier clase de mayonesa que me pusieran frente a la nariz. Intenté acercarme a Victoria Fontana en una firma de autógrafos en una estación de radio, y terminé en la Cruz Roja al quedar en medio de una muchedumbre de adolescentes y una puerta de vidrio que no resistió más de tres series de gritos de *¡Portazo, portazo...!*

Resulté seriamente dañado por unos galleros de Zitácuaro que me vieron feo cuando entraba al palenque de la feria de Texcoco, donde Victoria Fontana iba a presentarse. Probé la solidez de las limusinas rentadas cuando una de ellas me arrolló afuera de los estudios de televisión de San Ángel, donde Victoria Fontana estaba grabando un comercial contra el consumo de drogas. En línea paralela, me confundieron con narcotraficante colombiano en el aeropuerto, a donde ella había llegado luego de una presentación en Miami. Me confundieron también con un espía industrial en una maquiladora de equipos de sonido cuya inauguración iba a ser iluminada por la belleza de Victoria Fontana.

La única ocasión en que me fue bien en mis repetidos intentos por encontrarme con Victoria Fontana se dio en la compañía maquiladora de sus discos, donde me hice pasar por

locutor de estación de provincia y, aunque tampoco pude hablar con ella porque andaba de gira, salí cargado de discos y pósters de ella, uno de los cuales presidía la sala de mi departamento, en señera imagen de cuerpo completo.

Así, en este maravilloso mundo del río, donde no hay televisión ni periódicos ni estaciones de radio ni tocadiscos ni radiograbadoras ni etcétera, me doy por satisfecho y sin necesidad alguna de solicitar mi carné a la Iglesia de la Otra Alternativa, porque soy vecino de Victoria Fontana y entre los dos hemos empezado a escribir letras para las nuevas canciones que ya entona con su ronca y juvenil voz, aquí donde, contrariando el prejuicio histórico, lo primero, lo novedoso, lo de vanguardia, será el rock en español.

¿Por qué no?

AMISTAD

Nos conocimos hace muchos lustros, que ya más bien pueden medirse en décadas. De repente nos descubrimos amigos. Me dije, hace tanto tiempo: es buena una relación sellada por el desinteresado acto de la amistad.

Ella, por supuesto, siempre sería más joven que yo. A veces más vulnerable, como cuando aquella vez de su feo accidente vial. La visité en el hospital, donde la habían obligado a ponerse un rígido cuello ortopédico. Hice un rato la guardia con ella. No se molestó cuando empecé a engullir la comida que una enfermera le había llevado; su dolor, en ese momento, era otro.

Además de la amistad, ese desprendimiento generoso le confiere el derecho de estar bebiendo llorosa y amargamente rico café, mientras a unos metros juego a una desatendida epilepsia, en el interior de este sitio con acolchonados colores pastel y cubierta de zinc, donde el aire se escapa, el aire se va, se fue.

SU KARMA

Hubo un mosquito que en una previa y estelar existencia fue hombre. En sus vidas posteriores, además de mosquito, fue ratón, musaraña —en ambientes campestres—, cucaracha —que resistan a todo menos a la contundencia de una suela de zapato—, araña patona, mosca, en fin, toda clase de alimañas.

Cuando hombre, fue insomne y enamorado, o al revés: enamorado e insomne. El signo de su vida fue el desencuentro con numerosas parejas, no porque hubiese carecido de compañeras, sino porque las que le tocaron fueron, por regla general, demasiado dormilonas. Mujeres que estaban de mal humor si no habían dormido un mínimo de ocho horas continuas; aburridos seres que si tenían oportunidad, por ejemplo en los fines de semana, no abandonaban la cama sino después de las once, doce del día, o a las dos o cuatro de la tarde.

Eran de aquellas perversas mujeres que se funden a las cobijas, que toman provecho del calor natural a los seres de su género y que crean en pocos minutos un escudo térmico, notable defensa contra las temperaturas bajo cero. No nada más es su calor, sino la facilidad de desmayarse, morirse, desconectarse del mundo. Se quedan inmóviles o, con mayor precisión, inánimes, en lo que hace sospechar que son animales sin alma.

Las mujeres que conoció este hombre estaban tasadas por esa condición de requerir demasiadas horas de sueño. Lo de

menos es que con el sueño le estuvieran robando horas a la vida-vida, pensó el hombre en más de una ocasión; lo de más es que lo dejaban solo, no compartían sus angustias, los fantasmas y paranoias que rodeaban su masculino insomnio.

Fue insomne desde su tierna infancia, primero y normalmente por la clásica razón que alimenta a los insomnes: el miedo a la muerte. Aun sin entender exactamente de qué se trataba, captó desde un principio la miseria de la existencia humana. Después, conforme fue creciendo o envejeciendo, coincidió con aquellos que clasifican la vida como una enfermedad terminal de transmisión sexual.

Su insomnio no se agotó en el temor o la angustia por la muerte. Tuvo que ver con asuntos de amores, relacionados con la dormilona compañera en turno. Lo dejaban morir solo, es decir, lo dejaban *no dormir* solo, aunque ellas —la *ella* en turno— estuviesen roncando inconscientemente a su lado. Y eso, como se sabe, es peor.

Las más malas fueron aquellas que desde sus fauces acostumbraban atacarlo cuando él intentaba paliar su zozobra existencial viendo televisión, leyendo un libro, escuchando la radio o procurando la autosatisfacción —método que se sigue para provocar el relajamiento muscular—; cómo te atreves a hacer eso; apaga esa maldita luz; aprende a respetar; vete de aquí...

Hubo veces en que no le quedó más que irse a leer o a ver televisión en la fría sala, ponerse a cocinar, darse una ducha de madrugada... Siempre era posible que lo acusaran de desconsiderado. Hubo otras en que se quedaba sufriente en la cama, a causa del frío y, en parte, por el cansancio o por el coraje que le provocaba ver cómo, mientras él se desgarraba las entrañas

por su imposibilidad de desconectarse del mundo, ahí estaba la otra, plácidamente extraviada, dormida, durmiendo.

Las más humanitarias fueron aquellas que, aun cuando no lo acompañaron en su dolor de insomne, tampoco le protestaron si en su vigilia él se ponía a lavar los trastos o dos cargas de ropa en la lavadora, si se dedicaba a buscar en el radio programas para desvelados transmitidos desde Monclova, si veía películas en la televisión —oh, el encanto de ver esos fantasmas que aún están vivos como sombras, cuando se trata de personas que hace tanto tiempo que la han palmado—, o si se embrutecía gradualmente con la ingestión de alguna botella de ajeno oclusa en el buró.

Fueron muy pocas. Abundaron las otras, las feroces que con violencia desplegada desde la almohada le causaron heridas lacerantes.

La vida íntima de este hombre se ubicó en niveles de catástrofe permanente. En parte por eso mantuvo una búsqueda continua de la mujer idónea. Se dio cuenta de lo engañoso que es el periodo de cortejo, pues durante él, la mujer elegida aceptaba, incluso alentaba las noches de ronda. Ir a un antro y no salir de él sino cuando va a clarear el día. Escapar a algún Triángulo de las Bermudas de los que suelen localizarse en los accesos carreteros a las ciudades, por donde pasan coches con parejas a bordo que se desvanecen luego de recorrer unos cuantos metros de camino, porque han entrado a algún hotel de paso.

En esa etapa, la mujer admite la aventura extrema de la encerrona en un cuarto con espejos adosados a las paredes y el techo. Acepta amar hasta que el desgaste de varios encuentros sostenidos le impide tenerse en pie —la posición depende de los gustos de cada quien—, dormita a ratos y accede a ser

despertada para nuevamente amar y, luego del clímax, volver a dormir.

Ocasionalmente es el hombre quien, despedido, quisiera dormir un rato. La mujer sabe eso y toma provecho, crea una imagen falsa de alguien que con tal de amar no descansa. Hay hombres que caen en la trampa y descubren después todo cuando la relación se va por los derroteros de la rutina. Entonces se dan cuenta del engaño del que han sido objeto y empiezan a rumiar una temporada de insomnios sofocantes por su metafísico vacío.

El mosquito que antes fue humano, cuando hombre solamente halló una vez a la mujer adecuada. En rigor, ella era más insomne que él mismo. Cuando esto sucedió, era demasiado tarde. Ya ambos habían dejado pasar sus mejores años de juventud, cada cual con las parejas incorrectas.

Durante la transición entre una tarde y una noche, quisieron consumir su encuentro. Fue complicado. Ella se había puesto pudorosa y él había bebido demasiado. Se separaron como amigos, sabiendo que compartían insomnios, aunque a la distancia. No podían transcurrir su vigilia hablando por teléfono, pues esa opción requiere cumplir con varias condiciones: vivir solo, tener teléfono y coincidir con la persona que también está acumulando horas-vuelo en vigilia. Él no vivía solo, ella tampoco.

Cuando se dieron cuenta de su infortunio, se pusieron muy tristes y pretendieron resignarse.

No se resignó. Había ido acumulando una dosis impresionante de odio y de amargura, contra la humanidad, contra el destino humano y contra las mujeres que dormían más de seis horas al día.

Ese mosquito, cuando fue hombre, se habría condenado si no hubiese sido por un encuentro místico que tuvo, el cual le permitió acceder a los arcanos del karma.

Asumió la creencia en la resurrección. Le fue bien, porque luego de una vulgar agonía por causas ordinarias, vinculadas con la ineluctable conversión del cuerpo en vil carroña certificada, reapareció en otra forma viviente.

Volvió a morir, para darse cuenta de que había comenzado una cadena de resurrecciones, con un único requisito: no podía reencarnar dos veces seguidas en una misma forma o especie —el contrato del karma incluye ese tipo de cláusulas.

Ese mosquito, cuando hombre, al entrar en tratos con la divinidad, al asumir y creer todo lo relacionado con la posibilidad de resurgir eternamente o algo parecido, pidió algunas gracias. Propuso una modalidad de ajuste pío. Dijo que era en nombre del amor. De un eros que, sin menospreciar la carnalidad, la trascendiera.

Sugirió una extraña combinación: reencarnar en alimañas. Defendió su posición diciendo que era una muestra de humildad, de plegarse a la grandeza del Creador. No dio muchos datos acerca de cómo habría de comportarse en cada conversión, pero el Creador, que todo lo sabe, de manera implícita aceptó la razón más o menos oculta en la intención del hombre. Fuera como mosquito, mosca, ratón, musaraña, chinche, araña patona, tendría una encomienda justiciera: perturbar el sueño de las mujeres.

Una resurrección, aunque sigue un hilo de continuidad, lo hace de manera sesgada. Se vuelve una sospecha, en el mejor de los casos la percepción de haber vivido antes algo o de haber visto o conocido antes un mismo sitio, un universo. *Déjà vu*.

Un ser medianamente complejo como un hombre bien puede alimentar esa sospecha, pero prevalecerá la duda durante

la mayor parte de su vida. Sólo una vez en esa vida y durante breves segundos, alcanzará a distinguir con certeza de qué se trata el asunto. Es un chispazo tan fugaz que termina por olvidarse.

Algo similar ocurre con las alimañas, como ese mosquito que vuela por aires nocturnos. Si bien no deja de ser una maravilla, su constitución es menos compleja que la de un humano —no demasiado: tiene otro tipo de conciencia.

Ese mosquito que en una vida anterior fue hombre, germina en un huevecillo igual que billones de su resurrecta especie, se desarrolla como todos y sólo durante un fugaz instante tiene a la vista la importancia de su misión. Apenas replica el canto ancestral atribuido, según Wenceslao Fernández Flórez, a las alimañas: “Uh, uh, la tierra es nuestra, uh, uh, de Norte a Sur”. Demasiado poco le sirve esa visión, sólo para el registro.

El Creador le adjudicó una ventaja: la misión quedó en el instinto. Una vez en su corta vida la alimaña entenderá —a su modo— de qué se trata todo, y prevalecerá ese peculiar instinto sellado en los genes.

A diferencia de otras alimañas democráticas, éstas, las que integran la cadena sucesiva de descendientes de aquel hombre originario, no se dedicarán a molestar a cualquiera. Las víctimas seleccionadas serán soporíferas mujeres que prefieran dormir a estar despiertas.

Si las alimañas de esta familia llegan a encontrarse con un hombre insomne, como aquel que fueron en el pasado, procurarán no importunarlo, actuarán con la debida discreción, no se darán a conocer, ni cuando el hombre esté descansando, en esos tramos en que hasta el más radical de los insomnes pierde la conciencia.

En cambio, al encontrarse con una mujer dormida, la ali-mañá siempre habrá de jorobarla.

Si es un ratón, roerá las patas de la cama, hará que abra los ojos, pateará el suelo para despertarla con fuerza, correrá como maldito para convertirse en una figura terrorífica que se desliza en la oscuridad. Provocará que la mujer no nada más despierte, sino que tenga miedo.

Si es una araña patona, llevará su atrevimiento al audaz extremo de pasearse por la cara de la mujer. Si es mosca, surcará el espacio bajo el cielo raso, una y otra vez, emulando la vieja canción de la especie —pues más que a otras, a las moscas pertenece el himno “uh, uh, la tierra es nuestra, uh, uh, de Norte a Sur”—. Con desesperación, la mujer tendrá que abandonar su sueño.

Si el turno de la resurrección cae en la forma de mosquito, éste no sólo volará y llevará a la locura a la mujer, sino que osará clavarle el agujijón, jeringarla y chuparle la sangre.

La vida es riesgo. El ratón más ágil, la mosca más desconfiada, el mosquito más veloz, la araña más tenue, la cucaracha más mutada, siempre pueden morir lastimados por una escoba, una mano, un veneno, una trampa. Es raro que les dé tiempo para envejecer y morir porque sus organismos no hayan dado para más. Las cosas se acomodan para que engendren una cuantiosa descendencia, fenómeno común en el orden de la naturaleza, cuando se trata de especies cuyos niveles de sobrevivencia se mantienen no sin el sacrificio de muchos de sus representantes.

Lo seguro es que, de los descendientes de ese ser que forma parte de una cadena de resurrección, uno será el que concluya la misión que se labró desde el pasado.

Como un ruego expresado al Creador por aquel hombre insomne. Un día podrá amanecer en la forma de una fiera. Un león, si es preciso. Cuando eso ocurra, la misión no se limitará a impedir el sueño de una mujer que duerme en exceso, que se pega a las cobijas como si no fuera mejor el contacto de la piel de uno, *del otro*.

La misión se convertirá en un episodio cruento y fatal. Habrá dos muertes, una la de la mujer a quien el azar le conduzca a encontrarse con un león que abandonó la selva o que escapó de la jaula; otra, la del hombre que no podía dormir, porque cuando lo abatan los disparos luego de que como fiera haya destazado a la mujer, se suspenderá la cadena de resurrecciones y el hombre podrá, entonces sí, descansar.

El Creador aceptó ese final, porque lo convencieron de que le estaban hablando en nombre del amor. Si no era así, al menos tenía su lado divertido.

ILEANA

Ileana dentro de una imagen. Ileana página de música. Danzarina por los rincones oscuros de un cuarto a cortina abierta, no se escapa, se queda en esta memoria, dulce jugueteo, piel en libertad, músculos en ciernes de hacerse viejos pero hasta dentro de un ratote, dedicados a esta parte de la vida, somos los fragmentos de un cacho de película sobre lo inexistente: una guarida de protección, un nivel regular de recursos para apartarnos de las —implacables— fases de la historia, inexorables goznes de tamañas puertas sin control.

Cae dominada por su incipiente deseo y mi acompasado fulgor, premonitoria temperatura de futuros éxitos. El suyo es nombre para la repetición gratuita. Ileana es para quien se embriaga nada más al verla, vestida con sólo su cabellera. El de ella es un sabor dulce, humedad en medida, sorpresa al tacto, pérdida de una conciencia secular.

Abarca demasiado la imaginación. El festejo es inaugural. Diversión entre diversiones esta de irse a reconocer el campo vecino. Retozar con los mutuos mudos órganos. Olisquear, chupar la carne que es el vientre. Jalarse los pelos. Poner algún fondo vagamente estival. Ingresar a la reversa de los tiempos. Juntar fuerzas y escapar, valiendo nada a partir de ese momento las contingencias del repudio y la clausura familiar.

Ileana, después de esto no quedará más opción que permanecer cada cual encerrado en su propia torre.

SU PADRE

Robert Nesta Marley moría el once de mayo de mil novecientos ochenta y uno, en un hospital de Miami. El cáncer le había podido demasiado. Quedaban atrás todas las imágenes de agilidad y de fuerza vital con que podían llenarse las cubiertas de un álbum de larga duración. Así fue, pero ese atrás provocaba un salto hacia adelante: para muchos resultaba claro que ese hombre había trascendido el tiempo y que su discreta agonía no iba a acallar ni a detener una nueva música, del mar, de los jodidos, de este continente.

Aunque habría que revisar las versiones periodísticas de la época, seguro que el suyo debe de haber sido un cuarto de hospital con vista al mar. Sería enriquecedor localizar la historia clínica de sus últimos días. Podría conjeturarse que el haberlo internado en Miami no era casual, sino que tenía que ver con elementos tan afines a Robert Nesta Marley: la sal, el viento, el agua del océano, de los mares, fuera una costa africana o el reflejo del agua de su isla, que le tornaba más luminosamente oscura la mestiza piel.

Acaso confirmaríamos que en su cuarto el olfato se llenaba con esa brisa inmensa que a cualquiera sorprende, por sabor a mujer. El calor de esa ciudad pudo reconfortar a un Bob Marley que contenía en sus huesos un frío letal. Con todo, más de un biógrafo tendría que haber atrapado en su momento la desazón

de Robert Nesta Marley, el unificador de pueblos, la primera Superestrella del Tercer Mundo, artista revolucionario, por estar muriendo en un aséptico hospital de Miami, Fl., cuando habría sido más humano llevar su alma a cualquier suburbio de Kingston o a la playa más apartada de Jamaica.

Surge la tentación de acudir al hipotético cuarto de hospital y mirar hacia atrás, desde ese punto de referencia, pero algunos de los acontecimientos de los años intermedios son demasiado importantes como para no pensar en ellos: el primer concierto del grupo Chalice en Querétaro un lustro y pico luego de la muerte de Marley; la caída del sistema electoral y el desarrollo del neocardenismo y del neopanismo a partir de los comicios del ochenta y ocho y después la sombra y sol de una represión nacional creciente; los veinticinco y treinta años de la revolución cubana; la transformación del sida, de noticia sexista a una paranoia colectiva y casuística concreta, con el riesgo latente de estar infectado por alguna andanza fatal; también, ineludibles, las dos primeras décadas del dos de octubre. Y otros sucesos adicionales.

Belisario portaba estas y otras fases un poco soterradas, al momento en que tomó posesión y colocó al lado izquierdo de su chamarra —el lado del corazón— ese botón que, de ahí en adelante, lo iba a acompañar a todos los lugares para dejar constancia de una vocación. Fervor por Robert Nesta Marley, profeta rasta, melena hecha trenzas, negritud de dios bajado de Kingston visto como uno de los Olimpos de esta parte del mundo. Si pensaba en todo eso, pretendía dejar constancia para los hijos no natos de un abuelo que, en la maraña del siglo veinte, participó, a veces más, a veces menos, como testigo de hechos esenciales.

Belisario había estado varias veces en un Zócalo hasta el gorro de militantes, obreros o clases populares en efervescencia.

Estuvo en choques contra la policía que le permitieron identificar para siempre el picoso olor de las bombas lacrimógenas. Pensó que era preferible consignar en su calendario personal fenómenos tentativamente históricos, en lugar de borrar ino-cuas anécdotas del fuero privado.

Iría haciendo una selección tan arbitraria como los microscópicos bordes del piso de cemento contra el que chocaba en esos momentos su rodilla; es decir, algunas aristas serían más altas, algunas depresiones se hundirían más profundamente. Alicia a su lado, Belisario quería elegir el botón con la figura de Bob Marley que mejor le cuadrara a su amor, pero la luz escasa en las afueras del Auditorio Nacional no ayudaba a su propósito. Al final acabaría por ceder a su compañera el botón que más le atraía.

Mientras Alicia y Belisario compraban los botones, Marlisa estaba apostada en la interminable cola de la taquilla oficial y El Pobre estaba comisionado para encontrar a los probables revendedores, con quienes debía conseguir, como fuese, los boletos para la entrada al Paraíso, pues a ello equivalía el concierto del reggae que se había estado haciendo en el orbe durante los años posteriores a las muertes de Marley y de Peter Tosh, este último malamente acribillado en su hogar por la policía de Kingston.

Marlisa, a galope sobre sus botas, hacía migas con el cuate que la seguía en la fila. En su batallar, El Pobre era identificado por todos los rockeros que del Chopo han sido. Alicia y Belisario habían aprovechado para conseguir las religiosas imágenes de Marley embotonado, aunque, si hubiesen estado sobrados de dinero, habrían adquirido también un par de playeras con Marley estampado en grandote.

En esa cumbre nocturna, el cuarteto poseía, serigrafía mediante, sendos pedazos de metal con el homenaje vehemente a la conocida sonrisa de Marley. Bob siempre sonriente: al jugar

fútbol, al ver a su mujer, al levantar las manos del primer ministro —blanco— de Jamaica y del líder de la oposición —también blanco— en un memorable concierto, cuando “Palomeando” sonó con olor a kaya, materia del ensueño, que, conforme reza la canción de Tosh, es buena para curar el asma. Temieron no conseguir el acceso al concierto, porque ni aparecían los revendedores ni se abría la ventanilla de los boletos. Cada minuto que pasaba era más la gente dispuesta en corrillos, más o menos numerosos, afuera del Auditorio, todos atorados por la sospechosa imbecilidad de las autoridades o de los organizadores, cuya más genial ocurrencia del día había sido solicitar refuerzos policiacos.

Era evidente que gran parte del público llevaba el manual de Carreño en la mochila y que estaban de acuerdo con pagar el boleto aun cuando fuera a precios de festival cervantino. La falta de voluntad política, reflejada en la tardanza para abrir la ventanilla o en el colocar el cartelito de “Localidades agotadas” —falso de toda falsedad— generó una serie de conatos de desorden, a la postre con resultados felices. Pero en lo que se resolvía la situación, el campo se preñaba de inquietud. Pasados más de sesenta minutos de la hora oficial para el inicio del concierto, la ventanilla se abrió y en un remolino de aventarse y sacar ventaja los más audaces o más gandallas, unos pocos consiguieron boleto; de inmediato la lámina verdosa se cerró, con las mentadas de esperarse, que se sumaban a airados golpes por parte de los despreciados.

Portazo. El término corrió por entre los grupos dispersos. Una, varias fintas que en principio parecieron vano esfuerzo a los propios vendedores ambulantes instalados en romería de la crisis a lo largo y ancho de la explanada; serie de amagos que hizo vivir

a los espectadores la mayor intensidad de lo poco o mucho que hasta entonces se había suscitado en la extensión de una jornada de octubre.

Belisario miró con tristeza y bien trabajado estupor a sus tres amigos cuando de la puerta central del Auditorio salió una nube de polvo de extinguidor, y comentó algo así como que se habían chingado todos, que la policía había empezado a reprimir en serio, que ya se había acabado todo, que, en resumen, qué mala onda, al traste con el más grande sueño. Por conciencia de clase y por lo contundente de las rejas del Auditorio y de las macanas eléctricas del personal policiaco, no se atrevía a ampararse en la perseverancia de esa amorfa multitud, que crearía un moderno ábrete sésamo.

Portazo, el concepto le era desconocido a su carne. No se dio cuenta de que el fenómeno había funcionado, sino segundos después de que los impotentes cancerberos del lugar optaron por cerrar las mangueras contra incendios cuya presión había servido para amedrentar a la muchedumbre, por lo que las puertas del Auditorio quedaron abiertas “de par en par”.

Marlisa, El Pobre, Alicia y Belisario abandonaron la cívica fila de la ventanilla cerrada y se unieron a la desbandada hacia adentro. Belisario apretó su cartera, su grabadora de bolsillo y la mano de Alicia para no perder a ninguna de las tres en el imprevisto alboroto hacia el Paraíso hecho Cáliz.

De entre los miles que desbordaban a saltos las butacas y entraban a la verdad colectiva del ritmo incansable, imperdible, del reggae, pocos como él, pensó Belisario, podían sumar muescas de Chalice a la cache de la pistola de fantasía de los conciertos de rock reseñados por las historias individuales. Notaba, para sí, que muchos habían cercado el Auditorio movidos tan sólo por la mágica palabra de rock, o por la de reggae, pero él creía que sólo

una minoría contaba con información sobre Chalice. Los que habían estado en la doble experiencia del estadio Corregidora de Querétaro, dos años antes, en un festival de derechos humanos. En esa ocasión, fatalmente entró a su vena, para no salir jamás, el ritmo de Chalice y sus músicos que se atrevían a reivindicar a todas las razas del mundo, armados con su requinto, el acompañamiento, el bajo, dos parejas de teclados, una batería, un técnico de sonido más el de las luces y el ayudante que protegían la retaguardia.

En Querétaro, el efectivo colectivo abarcó a Belisario, que atestiguó de manera fehaciente que ni Óscar Chávez ni los cubanos de Manguaré, ni Tania Libertad, ni el grupo de gringos que encabezaba Kris Kristofferson, ni Alfredo Zitarrosa cantando en tonos épicos, ni Guillermo Velázquez y los Leones de la Sierra del Xichú, ni Julio Solórzano ni Carlos Mejía Godoy y los de Palacagüina, nadie, nadie en dos tardes de festival prendió tanto a la gente como el sexteto jamaicano.

Thank you very much thank you. Tonight, we would like to play tribute in Mexico to the man who made it possible for a reggae group to stand here and play for the people of Mexico. Tonight, we would like to play tribute to the Honorable Robert Nesta Marley, otherwise known as Bob... Marley!

había dicho el cantante de Chalice ese sábado de octubre de mil novecientos ochenta y seis. Dos años después, los mismos músicos estaban frente a Belisario y otros miles. No era sólo otra alusión a Marley, sino el reggae en sí y Chalice en esta oportunidad. En un reflejo automático, Belisario había activado el cronómetro de su reloj de pulsera cuando la rechifla de ya empiecen cesó al tronar las bocinas con guitarrazos y tamborazos sincopados. Era la del reloj una manía de querer ver en una

cifra objetiva de minutos y segundos cuánto tiempo duraban los segmentos de placer, riesgo y tensión de la vida.

Había mirado el remolino de la parte central del Auditorio cuando regresaba apurado del baño, exactamente cuando los de Chalice iniciaron la magia. Marlisa y El Pobre estaban como muy calculadores. Belisario juraría que El Pobre no sólo se veía verde, como era normal en él, sino que constituía en su humanidad al único inmovido por el suceso de una ínsula trasladada al recinto del Paseo de la Reforma.

Marlisa, aunque no baile, se irá saliendo de sus anteojos rojos y también su cabello negro se unirá a la comunión. Alicia está viva y Belisario que revienta porque no se puede más.

Hay lenguajes universales: el solo de batería; los vertiginosos giros del líder bailando el cambio paulatino de velocidad en “Go slow”, el coro general de “Dangerous disturbances”; el estribillo de “estoy tratando de evitar que la música muera”; la mera alusión a Marley y un tributo repasado, que levanta alaridos. En el aire y el humo, se dibujan los turbios manejos de la industria disquera en Jamaica, las tocadas callejeras, el golpear de la madera en una razzia por los barrios populares de la isla; Marley abriendo el mundo luego de que Island Records le proporcionara la oportunidad de una mejor producción y difusión casi universal; Tosh sacando frente al público la pipa-cáliz con la yerba, boina rasta en la cabeza, multicolor chillante del trópico como envoltura, cicatriz en la mano rasgueando de esa manera que dicen los científicos sólo pueden dominar los que hacen el reggae en y desde Jamaica, mientras el ex Wailing Wailers exige legalícnla porque hasta mi abogado la fuma.

Ante el escenario: jóvenes mezclados entre los espacios, chicas flans, chavos banda, tráfugas del Pedregal, de suburbio defeño, provincianos bajados del mismo camión que Heidegger,

que van quedando hasta el gorro, de marihuana, alcohol, tabacos, música, convivencia, los residuos del polvo de los extinguidores, las heridas de guerra causadas durante el portazo, intelectuales de cabello y barba y morral hirsutos con el hábito de sustituir con bacardí blanco el inaccesible Havana Club; chavos de punk-tas paradas, chavas de minifalda pegadas al sudor de las pupilas, o perversiones del México que, sin encontrarse a los responsables directos, presuntamente produjeron la antigua bonanza petrolera, las vendetas políticas, nuevas pestes bubónicas, la manipulación de resultados electorales, la falta de moral y de ánimos, el nuevo paisito que nos depararon los comicios del ochenta y ocho, igual que se habló de nuevo país cuando los terremotos del ochenta y cinco.

Si no fuese por la amistad, Belisario tendría ganas de agarrar a patadas a El Pobre, cuando la gente impide por quinta ocasión que los músicos se retiren de la liza —aunque el vocalista de Chalice haya anunciado que para el próximo Cervantino regresarán, pero ¿qué garantiza que seguirá habiendo nación el año siguiente, Niños del Mundo, si México cae?, digo, es un decir—. El Pobre es el ser más insensible del planeta, impasible durante todo el concierto. No da muestras de unirse al espíritu de comunicación colectiva. Belisario lo ha atrapado incluso bostezando. Le pegaría, metafóricamente, pero luego es tolerante y concluye que El Pobre puede actuar como le dé la gana.

Por algo son en este concierto cuatro los integrantes del grupo de corazones solitarios veinticuatro horas. Igual que los alcohólicos, dice Alicia, cada veinticuatro horas me acuesto pensando en que por hoy la libré y no pasé por problemas superlativos, aunque se me hayan gastado otras veinticuatro horas más en soledad.

Somos un chingo y seremos más, dice Alicia que es el grito de batalla de algún movimiento estudiantil, y aquí la realidad, en la persona de cientos, de miles de personas, se entronca limpiamente con el lema. Somos un...

Belisario, lejos de ahí en tiempo y en espacio, por su botón con la cara de Bob Marley, sólo recibirá preguntas de ¿quién es ése? y caras de franca ignorancia —la máxima aproximación será creer que es Jim Morrison—, más reacciones de indiferencia o hasta de deshonra y de ofensa cuando él responda que “Es su padre”, por lo que asumirá el deseo, en un acto absoluto, de enterrar el alfiler del botón en su pecho izquierdo, sin el obstáculo de la ropa, en afán de dejar sentado que en la imagen fotográficamente reducida de Bob Marley, Su Padre del Reggae, hay más que un paciente de hospital de Miami que fallece sintiendo la brisa del mar un lunes once de mayo de mil novecientos ochenta y uno.

TENER GARRAS EN LAS MANOS

El salón entero guardó silencio, incluidos los más imprudentes que en las clases del padre Tario no dejaban de cometer algún exabrupto más o menos estentóreo. Todos se pusieron a la expectativa, haciendo apuestas mentales acerca de si no iba a ser ése el fatal enfrentamiento entre Aldecoa y la profesora Barrales, la doctora Barrales, después de ya casi un año en que el imberbe alumno y la seria docente habían estado disputando el control ideológico de la clase.

El turno correspondía a la doctora Barrales. Aplicó su conocida vista panorámica, salda quién sabe de dónde en su menudo cuerpo de chaparrita cuerpo de uva, y se detuvo en la mirada de Aldecoa, el insolente de todos los días. La profesora, sin duda, tiraría a matar. Había que agarrarse, cuando menos a la paleta del mesabanco.

Desde un principio profesora y alumno habían chocado, para beneficio del grupo, porque sus controversias eran un descanso en la tarea de aprender la nomenclatura y ubicación de los huesos, músculos y órganos del cuerpo humano. Parecía que aquella maestra daba clases desde la transición que separó a los primeros homínidos de lo que fue bautizado después como *homo sapiens*, ésa era la versión que las generaciones precedentes de preparatorianos habían difundido, a modo de registro con el que se vengaban de alguna baja calificación otorgada por la

veterana titular de la cátedra de anatomía, fisiología e higiene. La doctora, que algo había captado de tales rumores estudiantiles, veía a Aldecoa como si él hubiese sido el autor de éstos y otros más salvajes. Pero no, existían desde mucho tiempo antes de que el muchacho hubiera desfilado por esa escuela.

Fue un choque inevitable entre alumno y profesora. Él, en la etapa final de la adolescencia, no sólo era afecto a lecturas discordantes con la línea ultraconservadora del plantel. Desde Hermann Hesse a panfletos del clandestino РСМ, pasando por el infaltable Rius con sus *Supermachos* y algún esotérico número de *La Garrapata*. Aldecoa afirmaba haber perdido la fe a los catorce años de edad, es decir, casi en la víspera de toparse en el salón con la doctora Barrales.

Era, pues, un renegado y eso lo hacía más peligroso y molesto, en particular ante la piadosa y madura médica, eternamente célibe, dedicada no sólo a su profesión sino a dar clases también, a manera de compromiso con su práctica religiosa. Desde la plataforma de tan pía fe, alguien debía cuidar de esas almas de jóvenes.

La doctora consideraba a Aldecoa derechamente un hereje. Tanto que, al pasar la lista de asistencia siempre se equivocaba al pronunciar el, para ella, exótico apellido, musitando Alacoa, Aldaca, Aldeca..., con lo que obligaba al erróneamente aludido a pronunciar su apellido de manera correcta y adicionar el “presente” usual para que no le apuntaran una falta, así fuera que cada vez que la doctora Barrales entraba al salón, al primero que veía era al tal Aldecoa.

Él no podía quedarse callado cuando alguna duda lo acuciaba o cuando surgían temas que por regla general se prestan a la polémica, en lo tocante al uso y abuso del cuerpo humano, más si se abordaban los frágiles límites de la sexualidad, asunto

del máximo interés para una comunidad en la edad en que se generan más hormonas que neuronas.

Los comentarios del muchacho buscaban ser serios, esclarecedores, concretos, sustentados en alguna doctrina de incipiente liberalidad, a años luz de que la revolución sexual se completara con la lápida del sida. Todavía esa generación de jóvenes se sentía constreñida a no poder ejercer su sexualidad más que a través de dos vías principales: el arreglo monetario con una prostituta, o el casamiento, de plano, que daba lugar a la pronta paridera de hijos. Aun en los días en que tanto la profesora como el alumno deseaban cada quien por su lado una tregua, salía el peine y la tregua se hacía imposible.

La ojeriza de la médica-profesora contra el mozalbete crecía porque éste siempre hablaba con seriedad; desde la solidez de sus disolventes y subversivas lecturas, le salía una solemnidad un tanto extravagante. Sin embargo, no fue él quien hizo la pregunta de si era posible que una muchacha se embarazara si iba a una alberca donde alguien, obviamente, un macho, hubiera vertido subrepticamente su semilla vital en el agua. La explicación de la profesora se pierde en la noche de esos tiempos, pero motivó que los más prosaicos la remedaran en los corrillos estudiantiles y, simulando su ululante y dramática voz, dijeran: —Muchachos, a ver, ¿qué alberca me recomiendan visitar este fin de semana?—, lo que provocaba un inacabable ataque de risa entre quienes escuchaban al osado especulador en turno. Ante ese dicho, no podía nadie dejar de imaginar al Superespermatozoide que resistía el cloro de una alberca y que, no conforme con eso, conseguía introducirse en los rincones más íntimos de alguna núbil e inocente nadadora en un balneario popular.

En efecto, no fue Aldecoa el que forjó la fantástica ocurrencia del Superespermatozoide, pero como si lo hubiera sido o

como si esa versión hubiera llegado a oídos de la doctora Barrales con la etiqueta aldecoiana, pues subió el tono de su pertinaz enfrentamiento con el alumno, con ese *alumno*.

Hasta que se llegó aquella mañana definitiva, en que salió a la palestra el tema de la virginidad, al que se adicionó, como en automático, el del aborto. Por supuesto, Aldecoa no supo quedarse callado y criticó el mito masculinista del himen.

Con una rabia serena, la doctora Barrales lo volvió a mirar y se lanzó a declamar algún clásico que empezaba: “Cómo me dan pena las abandonadas...”.

Mientras ella ofrecía su numerito de recitación, en el interior de Aldecoa se revolvieron cientos de horas de cine nacional en blanco y negro que había consumido a lo largo de sus diecisiete verdes años...

No acabó ahí la lucha, pues estaba pendiente el otro tema. El grupo, en lugar de ser examinado acerca de la ubicación del músculo esternocleidomastoideo, fue sagazmente interpelado por la médica acerca del aborto. De nuevo, Aldecoa no supo permanecer callado. Fue cuando el grupo entero, tenso, guardó la respiración. Ahí iba a brotar una fuente de sangre.

La doctora Barrales se puso de pie, con tanta seguridad que por momentos nadie percibió su pequeña estatura. Con acento trémulo, sentenció: —Joven Aldecoa, ¡pobre de la que caiga en sus garras!

Curiosamente, esa clase la profesora Barrales no se equivocó al pasar lista. Había hecho un esfuerzo al frasear lenta, enfáticamente: —Jo-ven-Al-de-co-a... ¡no me equivoqué, no me equivoqué...!

Y no se equivocó. Ni en el pase de lista ni al sellar, cuarenta y cinco minutos más tarde, el destino del pobre y vilipendiado estudiante Aldecoa, el abortista, el hereje, el renegado, el diablo.

CLONAXÓN

Clonaxón es el nombre comercial de un antidepresivo desarrollado a finales del siglo veinte por los laboratorios Rosewater, Inc., en su sede de Ventura, California. Pariente lejano del prozac, el clonaxón rebasó con creces los efectos colaterales del primero. Entre sus ventajas, se encuentra una duración residual 1.5 veces mayor a la de la llamada *droga de los noventa*.

Tuvo también cierta relación oscura con el *éxtasis* y otros vitamínicos distribuibles por debajo de la mesa en los antros de fin de siglo, pero, igualmente, superó los niveles de euforia que provocaban las bebidas *inteligentes* a las que se añadía una pizquita del referido energizante.

El clonaxón no debía de provocar efectos adicionales a una ligera e inocua baja en la flora intestinal, y se le pensaba tan inocente como un jarabe para la tos. Sin embargo, hubo casos en que su consumo derivó en crisis de depresión o de identidad, equiparables, aunque en magnitud mayor, a las provocadas por la ingestión crónica de licor en solitario.

Cuando el prozac perdió fuerza como retenedor de depresiones y a pesar de los registros incompletos de las pruebas previas sobre el uso del clonaxón, éste entró a la circulación en los mercados mundiales de fármacos.

Empezó a identificarse gente que, luego de consumirlo, sufría largos periodos de anorgasmia, particularmente los sujetos

masculinos participantes en los experimentos clínicos—se aclara: ausencia de orgasmo, no impotencia.

Hubo quienes, en el acto íntimo, tendieron a tomar una actitud agresiva y con gran determinación —en el buen sentido de que de ellos brotaba la iniciativa—. Pero caían en baches, en ocasiones de varios meses, de imposibilidad para alcanzar el orgasmo aunque, se reitera, no existiese una situación vulgar de impotencia. De hecho, en lo tocante a los sujetos masculinos, podían dar respuesta en el contacto sexual durante una noche entera, sin sufrir los daños y molestias típicos del priapismo. Siempre y cuando no se durmieran.

Eso es parte de los síntomas que han cundido entre ciertas clases, en particular aquellas que tienen un nivel de ingreso suficiente para la compra periódica del clonaxón —el cual, como todo antidepressivo, es caro— y el pago de las cuentas de la psicoterapia. Se trata además de gente que se enfrasca en una nueva pugna, la de la crisis de la edad media. Demasiado jóvenes para clasificarse como ancianos, demasiado viejos para acudir a un centro de atención para adolescentes. Personas necesitadas de ingerir alguna sustancia para relacionarse con los demás. Los que se adueñaron con convicción absoluta del terminajo estrés, que explica los vaivenes de su carácter, los subibajas de su neurosis, lo que les otorga el derecho de prolongarla por años, si así lo requieren.

Coincidieron con buen número de médicos y terapeutas que, a las primeras de cambio, veían al sujeto como inmediato consumidor del clonaxón, sin necesidad de realizar rutinarios exámenes o mínimas historias clínicas. No hay problema. Peor la aspirina, que provoca gastritis; el clonaxón no lo hace. Se ha comprobado que el tiempo promedio que tomaba a un psiquiatra el escuchar los elementos de la depresión de su paciente y

elaborar la receta prescribiendo el clonaxón era de tres minutos, a veces menos.

Se trataba de sentirse mejor que bien, tener confianza y hacer a un lado la habitual timidez; alcanzar la extroversión de un vendedor de una tienda departamental. Ser más vitales, menos pesimistas, tener la capacidad de dirigirse a un auditorio lleno de ejecutivos sin llevar siquiera notas en un cuadernillo o tarjeta; poder hacer un discurso empezando con un chiste y a partir de ahí desfilan la serie de ideas brillantes que conducen al éxito e, incluso, a la felicidad. Triunfadores, números unos.

El clonaxón servía en la vida práctica, como pueden testificarlo aquellos que abandonaron esa vieja costumbre de regresar una y otra vez a la casa nada más para revisar si habían apagado la estufa y el bóiler, esa obsesión compulsiva de haber dejado abiertas las ventanas o no haber cerrado bien la chapa de la puerta principal. El clonaxón liberaba de actitudes compulsivas a los afectados por la bulimia, debilitaba el melancólico efecto del síndrome premenstrual y mitigaba los dolores provocados por la artritis o disminuía la intensidad de la fatiga crónica.

Enfría los centros del dolor en el cerebro, de modo que se deja de registrar lo que ocurre en ellos, lo cual brinda una sensación de comodidad. El clonaxón permite a la gente hacer las cosas que normalmente no puede hacer cuando está deprimida. Es un elemento perfecto para impulsar una mayor capacidad de competencia, con vivacidad mental, con agilidad de respuestas, con seguridad. Se explica el interés de aquel que propuso mezclar toneladas de clonaxón en los tanques de agua potable con que se abastece a las grandes ciudades.

En rigor, si seguimos la literatura farmacéutica relacionada con el clonaxón, se identifica que al menos la mitad de nuestros conocidos deberían consumirlo, ya que se ubican en el umbral

de la depresión clínica y una mera disfunción orgánica reflejada en irregulares raptos de dislexia.

Lo señala el dato histórico: los nacidos después de mil novecientos cincuenta y cinco, tienen tres veces más posibilidades de sufrir crisis de depresión que sus abuelos.

En países desarrollados, la gente con sobrepeso come por causas relacionadas directamente con la depresión; y el treinta por ciento de la población en esas naciones tiene problemas de sobrepeso.

Si eso es así, ¿qué importan efectos no deseados como los causados por el consumo crónico del clonaxón? Entre ellos, la alteración del sistema nervioso y la presencia de dolores de cabeza, cierto nerviosismo, insomnio, náuseas, diarreas, difíciles de distinguir de aquellos provocados por el consumo de anfetaminas o de cocaína.

Pero el clonaxón no provoca gastritis. Eso no, de ninguna manera.

El truco es sencillo. Señalan los especialistas que los antidepresivos aumentan el nivel de la serotonina —un neurotransmisor— en el cerebro; mientras más serotonina se tenga, se estará más confiado, seguro y con energía; si se tiene menos, se irá en sentido contrario. De nuevo hacen su aparición los inevitables efectos colaterales típicos de los antidepresivos o de los ansiolíticos: la gente se constipa, los labios se secan.

El clonaxón evitaba eso, pero se ha descubierto que, al igual que otras de las nuevas panaceas farmacéuticas, incrementa tanto la cantidad de serotonina que ésta se extiende por todo el cerebro e influye en diversas funciones, incluidas las que tienen que ver con la sexualidad.

Como todo mundo sabe, la función sexual se compone de tres fases: deseo, excitación y clímax. Después del deseo, viene

la cuestión mecánica, es decir, la que hace posible la erección en el hombre y la lubricación en la mujer. Luego, el orgasmo. En las tres fases puede intervenir el clonaxón con esa abundancia de serotonina regada por todo el cerebro, abarcando esa maravilla pequeña que es el hipotálamo y también la médula espinal. Ello explica los fenómenos de sujetos masculinos y femeninos que cumplen las dos primeras etapas pero no alcanzan el clímax; acaso los órganos que tienen que ver con las contracciones orgásmicas se ven inhibidos por el efecto del clonaxón.

Dicho de otra manera, si el cerebro tiene que ver con la sexualidad, el clonaxón tiene que ver con todo el cerebro.

¿Cuál es el problema? Simplemente oficializar una condición triple común en nuestros días: estar deprimidos, meterse drogas y ser anorgásmicos. Con un elemento adicional: en el intercambio amoroso, puede llegar el momento en que se crea ser el otro, la otra. Obsesiones con un matiz compulsivo. Luego se quitan. En cinco meses, a veces más, dependiendo de cuándo se suspenda el consumo del clonaxón. Te vuelves un rato la otra persona.

Exceso de o falta de serotonina. Quizás, sea lo que sea.

Mientras tanto, bien vale asomarse a los pedacitos del cielo y aun amar lo que no se comprende. Se toma el primer clonaxón para drogarse, el segundo para dormir, el tercero para soñar.

CONTROL DE DAÑOS

Aunque le permitieran ver, no habría mucha diferencia. Sólo puede abrir un ojo y eso con el temor de que tampoco le sirva. Apenas fue útil para espantarlo cuando asomó al espejo la que podía ser su cara.

Allá arriba, traspasando la tela, hay cercano cielo blanco, luminoso. Aldecoa ha empezado a tener certeza de lo sucedido, pero aún no entiende. Lo único comprensible es que bajo la tela, desde la tranquilidad del hospital, ahí abajo sobre la plancha, lo más maravilloso del mundo es la luz tornazulada que penetra por los lados, levantando la moral de su pobre y único ojo en funcionamiento. Lo protegen la calma imperante en la sección de urgencias, adonde llegó siendo, tal vez, el ensangrentado más espectacular de la noche.

Se erigió desde su estatura media cuando, sin reparar en sus maltreches, rebasó el umbral y se plantó frente a la recepcionista. Ésta, contra su vocación burocrática, sin disimular el horror, de inmediato lo turnó a los consultorios. Provocó asombros. Literalmente parecía un santocristo, afortunada frase que le encantó, por lo extremadamente gráfica. Ya se había visto en el espejo, nebuloso el cristal, nebulosa la cara. No podía menos que estar de acuerdo con que su estado era deplorable, tanto que desdeñó la reacción del público en la semiabarrota sala de espera.

Ahí llegaban, siempre, atropellados, gente con piernas rotas, baleados, heridos con arma blanca y, por supuesto, golpeados y más golpeados, él entre los de ese sector. Vaya forma de irrumpir en la vida real, luego de haberse salido de la casa por la noche y por equivocación.

/dos puntos: los golpes se habían ensañado con él en la cara, pero también le dolía otra parte del cuerpo.

Aldecoa registra voces e imagina movimientos del personal médico a su alrededor. Su globo ocular juega a un lado y al otro en vano intento de romper con mirada de rayos equis esa manta quirúrgica, no lo consigue. Le gustaría acurrucarse, volver a la condición de feto recién desempacado del útero, doblar las piernas, poner los brazos en posición de defensa contra las inclemencias de nuestro tiempo... Por indicaciones sanitarias tiene que proseguir dilatado encima de la plancha. Y esperar. Esperar a que el doctor tenga listos todos los instrumentos y se disponga a arremeter, así sea de buena fe, contra el lastimado rostro, luego de haberlo lavado y de haberle rociado con anestesia las grietas de su alma.

Aquí se cosen malas heridas que hinchan noble cara. Reverencia. El siniestro ha sido tan manifiesto que no hubo tiempo de detener su paso triunfal hacia el consultorio. Por eso Aldecoa, cómodamente instalado en el fondo, atisba por entre la luz que tapa el campo. Olvida por qué está ahí. Siglos de buena esperanza lo obligan a preguntarse las razones, a sabiendas de que su familia también, con horror y espanto, se pregunta lo mismo y hasta otras cosas, sin darse cuenta de que él no posee respuestas inmediatas.

Habría transcurrido una hora o unos minutos más. Parece que está bien con todo y golpiza, opina el doctor, en leal gesto para animar a la concurrencia. Esta cara de monstruo, según certificarán las fotografías, puede resarcirse del daño causado

en la batalla por la vida. Es nuevo, compréndanlo, dio comienzo a lo que es su muy particular proceso de conocimiento, de embeberse con un sabor que ligero o con cierta contundencia va llevando a caminos de la desconfianza; de lo contrario, Aldecoa no sobrevivirá.

Se lo verá con el tiempo, pues ahora el doctor intenta recuperar facciones y crear nuevo rostro hacia el futuro, volverlo visible a la apreciación del manual de urbanidad. ¿Ya lavaron las heridas? Hace tiempo, pero quedarán costras y cicatrices. Aldecoa, si lo han hecho rápido o descuidadamente, no tuvo oportunidad de distinguir, al irse en trance y ensoñar atisbos del universo por entre tonos azules y albos que deja entrar la tela del campo. Lógicamente, si ya le adosaron la tela fue porque habían desinfectado —con *flid*— la cara.

Ahí está el origen del universo. El médico separó los segmentos de lo que va a ir atacando con sus instrumentos de disección. Presumida la influencia de la anestesia, le cubre la cara entera. No es el hormigueo efímero el que transportará a Aldecoa fuera del consultorio; en días atrás busca posibles motivos al amor.

En los anales de la judicatura no habrá mucho más que un vulgar caso de agresión con heridas que tardan más de quince días en sanar. Será el acta del tal ochenta y tantos. Y una corriente de dudas. El porqué del todo, las preguntas irrespondidas, una parte escabrosa de vivir en ciudad. Aldecoa está sano del cuerpo, es decir del cuello hacia abajo. Los golpes con macana arreciaron de forma exclusiva en la cabeza. Ni un milímetro la rebasaron; todos los golpes, tanto en la primera y nutrida como en la vertiginosa segunda y gratuita agresión, rebotaron oscuramente, al amparo del jardín en una vía oscura adonde lo había conducido el malo. El malo. Omite en su deambular

por cualquier lado nombres y circunstancias específicas de esa venganza justiciera por los desacatos a la moral en que Aldecoa había incurrido.

Por querer tantito, tener en el abdomen otro contacto, que no lo creía insano ni incorrecto, sino indispensable cuando menos, ya que andaba en el camino de estar en enamoramientos y demostrarlo. Quizás porque esto lo quiso expresar con relativa candidez, le cayó la tunda encima. Doble.

Fue primero el del único, solitario, traidor, que en vil descontón le había molido ese rostro —oculto estaba un ojo, hinchados los pómulos y cachetes, la sangre haciendo costras de tierra en la sien izquierda, partida la frente y barbilla, los labios a reventar como reventados a más no poder estaban, cejas diluidas entre piel machacada, tres dientes peligrosamente volando en el abismo bucal sin garantía de rescate.

Fue en segundo lugar un probable error de apreciación de su gente, que hasta el vómito por la impresión y metidos en una reacción primaria del saque de onda no dejaban de escupirlo aunque lo abrazaran para que no se cayese, porque él los había apartado, *para siempre*, de la tranquilidad y paz domiciliarias, sin detenerse en que a lo mejor simplemente su torpeza se podría interpretar como aviso de que, ojo, había entrado el mundo a una nueva década y el clan familiar había abandonado con esa modalidad violenta el cascarón-pesebre, donde hubieron antes de pastar cierto lado tranquilo de la convivencia social.

Había que quedarse en casa y esperar a que la gente le llegara a uno para expulsarla si era preciso, pero nunca osar a salir a los problemas ni ponerse donde estaban éstos o por donde iban a pasar, ya que entonces todo iba a suceder. Pero ni la madre universal, ni el padre ni las hermanas ni los hermanos tuvieron jamás tanta proyección para prefigurar esa imagen de Aldecoa

borreguito o cordero que siguió al tintineo de las llaves, la imagen de Aldecoa hechounsantocristo, poniendo histéricos a unos y unas, traumando a otros y otras, provocando sesuda desesperada pregunta de qué te pasó hijo, con la silenciosa respuesta de una boca con demasiada, toda la sangre por dentro y por fuera.

Pobre Aldecoa, tiene arrestos para chancear al médico, quien se ufana con el trutru sobre el ex rostro. Cara de juguete ahora quedarás remendada y aunque la concha nácar te cubra —aún no se ha escrito, aún no conoce los versos de “tibio cuello de nácar”— y tu grandiosa capacidad de recuperación te borre las cicatrices, sumándose a posibles años por visitar, y aunque los litros y litros de verde y amargo té de árnica desaparezcan la hinchazón, y aunque el médico cirujano dentista ponga sobre ti todos sus conocimientos y habilidad manual, facturas pagadas de por medio, la cara se mantendrá siempre lista para reventar, otra vez, sea por la revancha de un sujeto desairado por los amores infidentes del extraño joven con la desvirgada más de dos veces —y el temor es cosa que se palpa— o por el roce de una bala extraviada o de la bomba de gas quemando la frente o el autobús que cae al barranco, o la mirada de ojalá te pudras hijo de la/

Quiere que el médico deje esas tijeras, ese cadgut que se absorberá por dentro en un acto tan incomprensible como la misma concepción, que no haga más puntos a su favor con esa curvada aguja sobre el tablero diagramado en su cara y que, por ser médico brujo, sane otro dolor acendrado, en el bajo vientre, adonde aparentemente no llegaron los golpes; empero, ahí se aposentaron, emasculación venida desde medio metro hacia arriba, que permanecerá ahí donde hay una cruz natural.

Quienes enseñan no hablan de cómo regenerar esta clase de tejidos. No hay injerto que valga, no se ven, pero ahí laten largo tiempo, sin dar oportunidad siquiera de sobarse, porque

entonces puede sobrevenir una reacción natural contra las reglas de esta sociedad.

Aldecoa no tiene tiempo de hacer el ruego moral. No lo tiene para sumergirse en la plancha, enconcharse, hacerse al feto, tapar como pueda cara y bajo vientre. Sólo le resta hacer bromas al médico y a las enfermeras

cómo dice él tales cosas si mejor le corresponde el papel de estar llorando y clamar perdón y merced y misericordia al cielo, porque salió vivo y puede expiar su falta saliendo en estampida, aumentando sus dolores para hacer constar que finalmente aprendió la lección impartida por el bruto verdugo

El médico, se diría amorosamente, recorre la cara. Una voz de madre termina por bendecirlo. Aldecoa haría lo mismo, en su interior, si no estuviera por otro lado, con el juego de su ojo menos lastimado que rebasa la manta esterilizada. Aldecoa no podrá tener más amores ilegales, si es que comprendió la magnitud de los sucesos, y deberá optar por el respeto escrupuloso al mandamiento de no fornicarás, o entrar a un celibato conventual y en penitencia hacer a un lado su natural lúbrico, porque para eso los golpes lo desfiguraron en tosca cirugía plástica, tronaron dientes. / el verdugo y personajes adyacentes se muestran de acuerdo, con diferentes matices, pero de acuerdo con un sospechoso término general.

Aldecoa quiere pensar que el ojo abandona su cara, el ojo bueno, el buen ojo. Mientras el médico está haciendo maravillas sobre el ex rostro, el ojo educadamente toma asiento en la otra plancha del consultorio, cuidando de no incomodar a los presentes sanitarios individuos que prosiguen en su control sobre la sangre impresionante.

El ojo, un tanto cansado por las deshoras nocturnas, cuidará especialmente qué va a suceder bajo el campo. Hará su

apuesta, seguro de que un rostro de santocristo espera la llegada de la respectiva Verónica, en la inefable persona de una obrera del país. Aldecoa, no se sabe qué tan apabullado, con el tormento asomándosele por los dientes que le quedan, hace buenos macabros chistes. Más de uno rio. Él quiere que el ojo se conserve tranquilo, pues por la puerta llegará en cualquier momento la moderna Verónica.

Lo han dejado solo por unos instantes. El cuarto de curaciones se exhibe entero para él, aunque no signifique tal circunstancia un privilegio especial, considerando que la única posibilidad de disfrutarlo es mirar a través de las gasas que sólo lo dejan percibir de manera cancina y borrosa la luz del techo, el gas neón. Se equivocan, para la desgracia de más de uno, está vivo, está vivo, con grande sorpresa, inmensa, tremebunda, afligida la cara, sueño dominado, hilillos de sangre que de vez en cuando y todavía se escurren por las comisuras de la destrozada boca, de la barbilla, de la frente, del cráneo. Parece que no le dejaron un solo hueso sano en la cabeza y en la mitad del cuerpo.

DE DOS

En la mitad del desierto, el juglar se acerca a ella, muy junto. A pesar de que es mediodía y de que el sol calienta a plenitud, es como si estuvieran a oscuras. Están muy solos. Los dos.

El juglar, a sabiendas de la oscuridad, toma la mano de ella y la conduce a su brazo izquierdo. Toca —es el ruego del juglar— y los dedos se deslizan sutiles, descubren la marca del nombre femenino, sembrada con algún misterioso punzón en ese brazo. No saben qué hacer después, fuera de quedarse bajo el sol y entre la oscuridad, sino apurar con los dedos esa cicatriz que ya empezó a estar.

SE PARECE AL SABI

En esta elevada y fría, ilustre y leal ciudad de Gelidonia, una manera de singularizarse, zambullirse en lo más hondo de la propia alma y, simultáneamente, establecer una añeja y renovada comunión con una colectividad de, a la larga y sin que transcurran demasiados meses, millones de congéneres y compatriotas, es la de erigirse en la atávica naturaleza de usuario del servicio público de pasajeros.

O sea, subirse a un camión urbano.

Durante cerca de un sexenio me precié de ser el único funcionario del gobierno de Gelidonia que llegaba en camión a trabajar. Lo hacía a pesar de ser el propietario de un vehículo automotor; en alguna temporada hasta había alineado en mi cochera dos coches: el propio y el proporcionado por mi dependencia gubernamental, una de tantas donde se estilaba otorgar similares gratificaciones como parte de las compensaciones burocráticas que acaban por desangrar las haciendas públicas, sin obviar la evidente realidad de que en el servicio estatal también hay clases sociales, porque chofer nunca tuve. Mejor así. Prefiero manejar, me gusta hacerlo.

Sentía cierto orgullo por el hecho de dejar mi coche encerradito en la casa y transportarme a bordo de un igualitario camión del servicio urbano y suburbano. Contaminaba menos —yo, no el camión—. Algo de conciencia ecológica había crecido

en mí y, por otra parte, me resultaba sencillo tomar un solo autobús y en unos pocos minutos, esto es en menos de media hora en promedio, bajarme en la avenida Morelos, lo que significaba que estaba a un trío de cuadras del palacio de gobierno, la casa donde viví de corrido cerca de un sexenio.

Eso de día, porque para no quedar varado en la parte final de la jornada, por la tarde invariablemente debía, a querer o no, transportarme en mi coche, al que guardaba en el estacionamiento del sótano de la plaza Ángel María Garibay Kintana (¡fiuuú!, tomo aire institucional). Uno podía enterarse de la hora en que entraba a trabajar, pero ignoraba si iba a dejar la oficina en ese mismo día. Ni modo de pedir un taxi pasada la medianoche y pagar un costo encarecido por esa inextricable ecuación que hacen los choferes, arbitrariamente, respecto a distancia y horario por cubrir cuando la ciudad se ilumina sólo con los arbotantes.

Anticipándome a la conclusión del régimen, busqué nuevos aires laborales, solito me fui antes de que nuevos jefes me empezaran a fastidiar más de lo debido. Hastiado de los vaivenes administrativos y políticos, busqué colocaciones que soñaba más estables. Por ejemplo, he intentado ser profesor de carrera, y parcialmente lo he logrado: porque de carrera voy de una escuela a otra —la imagen es muy sobada pero resulta exacta—; en ocasiones he trabajado simultáneamente en cinco distintos planteles, en los que me corto en trozos académicos, aunque sea nada más —¿nada más?— de lunes a viernes.

Había dejado de tomar camiones, al no quedarme de otra más que utilizar mi viejo coche para mis obligatorios y apresurados desplazamientos, con el reloj en mi contra para registrar mi llegada en relojes *checadores*, al modo obrero, o firmando en temibles listas de asistencia. En todo caso, perdí práctica, porque

de no haber tenido ese mi humilde coche, mi nueva rutina habría exigido, en tanto peatón, diseñar un complejo y tensionante itinerario, imposible de cumplir, digo, en una ciudad como Gelidonia, cuyas rutas de transporte público de pasajeros son de suyo anárquicas y desordenadas. Todas, con alguna rara excepción, pasan por el centro de Gelidonia, lo cual resulta muy apropiado cuando se trabaja, como yo había hecho en el pasado reciente, en el corazón de la ciudad, pero es totalmente inoperante cuando se tiene que acudir a sitios en extremos distantes o contrarios de la urbe gelidónica y de sus periferias.

Lo trascendente no es referirme a mi falta de costumbre en el abordaje de camiones, ni siquiera a que por ciertas circunstancias debí armarme de valor y recuperar todo mi bagaje práctico para volverme al pasado y reeducarme para reconvertirme en usuario del servicio público de pasajeros de la ciudad de Gelidonia. Lo resuelvo con un juego de tres posibilidades:

—tuve que volver a viajar en autobuses urbanos porque: me habían robado mi coche en el estacionamiento de un supermercado;

—mi esposa por fin había aprendido a manejar y secuestraba nuestro único coche, porque decía que ella trabajaba más lejos —afirmación verdadera— y que la inseguridad de los tiempos que corren era una razón de sobra para que ella estuviera más protegida, además de que en los camiones hay mucho viejo feo que se pasa de la raya. Coincido con ella.

—Tercera posibilidad: la ecológica, pues había días en que un solo camión me llevaba a mi destino y luego de regreso lo mismo, y para qué ensuciar el aire con un coche más en circulación por las avenidas de Gelidonia que se habían convertido en vialidades atascadas con un exceso de vehículos de todos colores y tamaños.

No importa. Fuera lo que fuese, ese mediodía caluroso había dejado Ciudad Universitaria para tomar mi camión en el paseo Vicente Guerrero o Xinantécatl —nadie se pone de acuerdo sobre cómo se llama realmente esa vía—. No me sentía particularmente deprimido; otros días había llegado a sufrir esa enfermedad del alma que hiere al peatón por estar ubicado en el punto más bajo de la escala ciudadana en Gelidonia.

Mi situación no era demasiado vulnerable en aquel comienzo de la tarde de un día caluroso, con el añadido de que haber encontrado un asiento vacío en el camión era un punto luminoso en mi destino, más por ser hora pico, de regreso de escolares a sus casas. Con eso de que en la ciudad hay una sobrepoblación de autobuses, a diferencia de otras épocas en que todas las unidades iban a reventar, han crecido las probabilidades de poder viajar sentado, descontadas las señoras gordas, los pensionados y las jóvenes embarazadas que suelen cazar lugar antes que uno.

Mi autoimagen de pasajero sentado me reivindicaba con la existencia sobremanera porque minutos antes había concluido un largo periodo bajo el sol, mientras hacía fila para un trámite en el banco. De modo que aun cuando la temperatura en el interior del autobús era algo cálida, no dejaba de estar a la sombra, entretenido inocentemente en admirar el paisaje urbano. Intenté aprenderme la “Oración del Camionero”, rezo que, plasmado con ortodoxa y elegante caligrafía en el acrílico que protege la espalda del chofer, aspira a lo siguiente:

Señor amo del campo y las llanuras, las sierras, los verdes prados y la potencia de mi camión. Señor, he sentido el trueno sobre mi cabina y la lluvia sobre el parabrisas, la obscuridad y un bello amanecer. Sólo te pedimos Señor que cuando lleges el último e

inevitable viaje sin retorno nos lleves allá, a donde las praderas son verdes y frondosas, los ríos anchos y caudalosos, y nos digas que nuestro boleto de viaje ya está pagado al saber que se hace tu santa voluntad.

Era la hora en que jóvenes estudiantes de secundaria, muchachas en flor, cubren los espacios con la ligereza de sus uniformes. El chofer, tozudamente sordo, aliviaba las agresiones del tráfico compartiendo con el resto de los pasajeros la música de un disco pirata, Miguel Bosé en versión de una tal Mariela que entonaba, sobra decir, a todo volumen, “Si tú no *güelves*”, a ritmo de banda.

Sucedió durante la espera del cuarto semáforo que nos detuvo antes de lograr rebasar la esquina de la ahora ex Cama de Piedra, otrora el monumento a los Niños Héroes que marcaba el final —o el comienzo, dirían los cursis— de la ciudad de Gelidonia en su extremo poniente.

Lo vi. Vestido con pantalones negros, una playera negra con un Sub Marcos de serigrafía en el centro, una chamarra negra y un sombrero hongo también negro. Espiritifláutico. Hosco. En verdad no tendría que haber estado ahí, pero ahí estaba, subiendo al mismo camión en el que yo viajaba.

Era el Sabi. Ese que canta.

Tan de incógnito que el respetable que llenaba moderadamente el autobús no lo reconoció; algo llamó la atención por el anacrónico sombrero, de otra manera nadie lo hubiera pelado. Aparte hablaba distinto, como era de suponerse, con un sujeto que lo flanqueaba, su cicerone, indudablemente uno de esos ricachones que acaparan la atención de los artistas extranjeros cuando logran acercarse a ellos lo suficiente para inventar que son sus amigos. Los llevan a Garibaldi, los sacan del lujoso hotel

para pasearlos por sus lujosos barrios, les ofrecen que les van a enseñar el verdadero, el auténtico, el México profundo. Y eso pasa más con los artistas que dicen tener una fuerte conciencia y compromiso sociales, de los que patean y lanzan esputos contra la burguesía, aunque acepten los mimos de los representantes de la tan odiada clase.

Hablaban, por tanto, raro, el uno ceceando y el otro con papas en la boca. Ambos, peces fuera del estanque.

Dejé de observar a las muchachas de secundaria que estaban desperdigadas en sitios estratégicos del autobús. También éstas me eran robadas, como antes me habían arrebatado la música de aquel que cantaba, su significado. Me había ocurrido, que a mí, que escuchaba a Sabina cuando nadie o muy pocos lo tomaban en cuenta en México, hace un titipuchal de años, me lo quitaran de las manos, del oído.

Sobre todo si era cuestión de mujeres, con quienes me pasaba el fenómeno recurrente de que, en su convivencia conmigo, terminaban por aprenderse mis canciones favoritas mejor que yo, que tengo menos retentiva que un candidato a un puesto de elección popular. Ése no era el problema, porque el efecto les confería la calidad de damnificadas de mi gusto musical, ecléctico por definición.

Lo que me disgustaba era llegar a la etapa de la relación en la que ellas ponían los discos de ese que canta, ya sin preguntarme y sin comentarme nada, y como se aprendían mejor que yo las canciones, las empezaban a entonar de pe a pa y yo nada más veía, escuchaba y sabía que algo se había quebrado en ese exterior musical, me habían despojado de algo muy íntimo, muy mío. Me tocaba apartarme de la música del tal Sabi, y ya no me veía reflejado en sus muchas frases célebres que, había dicho yo algún día, concretaban etapas cruciales de mi existencia, que

para eso son los cantantes, sean o no de la Loma, y no para ensordecer a los pasajeros de un autobús urbano, uso que dan a la música los choferes de los camiones por las calles de Gelidonia y en el resto de las ciudades de América Latina, que yo sepa.

Sin ese antecedente no se comprendería el porqué me quedé estático, balanceado sólo por los saltos y enfrenones del camión, con la vista disfrazada hacia el cantante y el otro, para que no descubrieran que los estaba mirando, para no incomodarlos, mientras se deslizaban ellos en su sueño de baño de pueblo, descubriendo la planicie de cemento que es Gelidonia y su área suburbial.

Atendía a su plática de generalidades sin densidad y notaba cierto nerviosismo porque el músico había sido avisado de que tampoco en-es-te-pa-ís se puede fumar a bordo de un transporte público o en lugares cerrados. Nadie le dijo que lo que no estaba prohibido era echarse un fajo de tequila, siempre y cuando la operación fuera discreta, acercando sutilmente el pico a una botella escondida en una bolsa de papel de estraza. Quién atinará a saber si se mete más cosas, luego de las varias crisis de salud que ha pasado, rompiendo su convicción de que podía disputarse unas fuercitas con la muerte.

Conservaba la ronquera audible en sus discos más recientes. Ay, me empezaba a acordar de las tantas canciones que él escribió sin saber de mí pero que hablaban por mí. Me le tendría que haber acercado y hasta hacer el ridículo de pedirle un autógrafa, no hubiera pasado de que aceptara mi estilográfica y borroneara algo de su lírica en alguno de mis cuadernos.

Le hubiera regalado algo simbólico, mi portafolio, la argolla que llevo en la nariz, mi pluma bic con motivos teotihuacanos, mi sombrero de fieltro, el periódico de ese día, el balero que llevo como anillo en el dedo cordial de la mano derecha... Lo

habría hecho, pero lo palpé, a la distancia y entre las hileras de asientos pares, previsiblemente hostil, reñido con la idea de que alguien lo reconociera, no lo hubiera aceptado porque querría conocer al verdadero país, el de los pobres que no salen del marasmo, un contacto que le fuera útil para darle una repasada a sus nuevas canciones.

Le habría hecho plática, aun con el riesgo de confrontarme con su amigo-guarura, ese ricachón de ropa *keshual* pero de marca o por eso, pues más de una vez me he enfrentado a los celos de la gente que pretende acaparar toda la atención de algún personaje. El personaje era ese que canta, en el mismo camión que yo, y que hizo un rictus parecido a una amarga sonrisa cuando del disco pirata puesto por el chofer salió aquello de nos dieron las once, diez, una y etcétera, por supuesto, en la forma de un pasito duranguense.

Desolado, o un poco, di un último vistazo y decidí bajarme. No por otra razón sino porque ya había llegado a mi parada. Lo hice con una grave determinación: nunca más volvería a poner sus discos, que además las mujeres se saben mejor que yo.

ADÁNICA

Sin tener grado ni haber seguido la carrera castrense, mi tío Adán llegó a ser instructor de conscriptos que cumplían con el servicio militar allá en el pueblo. Mi abuelo y yo, en paseo a caballo, nos encontrábamos con él por alguno de esos caminos que les nacen a las milpas; mi tío suspendía por momentos la fajina e iba a saludar a mi abuelo, quien nunca me presentó oficialmente a su sobrino Adán.

Supe después que, en puntos cantineros, a mi tío Adán le dio por la filosofía y formuló el siguiente axioma: que Adán había sido el único hombre sobre el planeta a quien su esposa no le había echado bronca a causa de encontrarle un condón en la bolsa del pantalón.

Con los estragos que provoca todo buen divorcio, mi tío Adán decía lo anterior por experiencia propia.

Ah: también tengo una tía que se llama Eva. Pero ésa es otra rama de la familia.

VECINAS

Amé una vez a una vecina. No supe que era mi vecina cuando fue realmente mi vecina. Piensen en lo siguiente: mi casa se veía desde su casa y viceversa. Ella tomaba el camión en la esquina de la avenida cuyo nombre ambos poníamos cuando de dar nuestra dirección se trataba. Sin embargo, no la conocí ni la amé entonces. No la vi, fuimos ciegos la una para el otro, la otra para el uno.

Muchos años después la conocí en Gelidonia. Nora Vietman. No inventé el nombre, ella lo hizo. Quizás me lo dijo al calor de una tarde en que nos encontramos en mi departamento frente al mercado dieciséis de septiembre. Comimos atún de lata mezclado velozmente con mayonesa, sabor que atenuamos con galletas saladas, de modo que no nos detuvimos cuando después nos dimos muchos besos, entre otras cosas. Fue una tarde grandiosa aunque muy breve, de las que se olvidan tan rápido que uno quiere repetirlas en un lapso muy corto también. Por eso continúo acordándome de esa tarde.

Durante mucho tiempo lamenté no haber conocido a Nora Vietman cuando éramos vecinos en la misma avenida de la gran ciudad. Me dolió más saber de su matrimonio con un hombre que había nacido el mismo día, mes y año, en el mismo hospital donde yo nací, tal vez a la misma hora. Por eso le dije una y otra vez que nuestra relación amorosa había sido perjudicada

por un error cósmico, que de seguro alguna cretina enfermera había cambiado de lugar los cuneros, por lo que hube de ser castigado yo y no ella con una irremediable tardanza para conocer a Nora Vietman, mi vecina. Porque al final yo no me casé con ella ni le hice hijo alguno.

Busqué componer tal desaguisado cuando por fin trabé conocimiento con Nora Vietman en Gelidonia. Duró casi dos años mi intento, en el que me vi tiranizado por una pasión de las que te pueden llevar a la tumba.

Eso pudo pasarme con Nora Vietman, pero no me morí.

Ineluctablemente ella aparece cuando me pongo a pensar en esa paradoja de habérmela encontrado en Gelidonia y jamás haberla visto cuando éramos vecinos de los que podían ver la casa del otro tan sólo asomándose a la ventana. Tampoco vi a su madre, que ha sido la única suegra con la que he congeniado, que en verdad me cayó bien y a la que estimé y sigo estimando, igual que al resto de su familia. El problema fue que Nora Vietman terminó por desentenderse del tórrido romance que nos tuvo amándonos un loco rato acá en Gelidonia.

Cuando imberbe púber, viví a una cuadra de los Portales de Gelidonia, en un edificio donde resultamos vecinos de un par de hermanas, oficinistas en alguna empresa. No recuerdo sus nombres, pero de una de ellas, si es cosa de querer, recuerdo el olor. Mi madre, que se sentía un tanto aislada en su calidad de nueva habitante de Gelidonia, hizo buenas migas con ese par de jóvenes vecinas. Una era muy recatada, sencilla. La otra era una provocación andante.

La evoco un tanto pasada de peso, pero en sus veintitantos años de hace poco más de cuatro décadas, estaba bue-ní-si-ma. En los setenta lo usual era que las jóvenes en edad de merecer

se untaran la ropa, para que todo su organismo sobresaliera —no acierto a percibir si esa costumbre ha prevalecido—. Así era, en percepciones absolutas, respecto de ella que, aparte de todo, era más alta que yo, entonces una especie de tapón de lavabo.

Una noche la atractiva joven le pidió a mi madre que yo la acompañara a los Portales, porque tenía ganas de comprar un elote y no se atrevía a ir sola. Fui con ella. Compramos los elotes. De regreso, me recriminó sonriente por mi nulidad como escudero o guarura, porque ni siquiera me había dado cuenta de que en el camino hacia los Portales de Gelidonia más de un muchacho la había intentado tomar de la mano. No me di cuenta. Con vergüenza supe que no me había ganado mi elote, que de todos modos terminé comiendo, aunque con cierta amargura y tristeza.

Para mí la mejor tarde fue aquella en que me mandaron a su departamento para traerle quién sabe qué cosa que se le había olvidado. Entré a su recámara y descubrí su brasier encima de la cama. Esa muchacha calzaba grande. Cuánto me alborozó ahora al reconstruir su intocado cuerpo.

Tomé entre mis manos su brasier. Era negro. Oh, su cuerpo lo había llevado. Envolví mi cara con su suavidad de poliéster. Aspiré el perfume. Ansiosamente. ¡Vaya que yo tenía pulmones en esa época!

Si quiero, puedo volver a sentir su olor. Sigo sin entender las tallas femeninas, con sus crípticos códigos, pero puedo afirmar que se trataba de una prenda grande, como grande era la atracción que en mi incipiente pubertad me provocaba esa joven mujer de la que ahora, ay, no sé el nombre y no me atrevo a preguntárselo a mi madre. Sólo sé que fuimos vecinos.

Como todo candidato a sufrir de Alzheimer, suelo olvidar lo que me acaban de platicar hace una semana o ayer mismo, pero

podría dar los nombres de las niñas y jóvenes de quienes me enamoré hace varias décadas: Mari, Olga, Norma Ibis, Alma Rosa, Flor de María, Alicia, las dos Alejandras, y Clotilde: la más hermosa sietemesina de quien tengo memoria, ésa mi estilizada Clo...

... una sietemesina a quien amé sinceramente y, estoy seguro, el verdadero amor de mi vida y por eso no pudo prosperar, porque no la vi más que unos días. Como toda buena sietemesina, era un poco más pequeña que las de talla normal y era delgada y muy pálida, de ojos rasgados y cabello largo, nariz fina y respingada, se llamaba Clotilde y yo le decía, amorosa y llanamente, Clo.

No la amé: la amo todavía y me supongo que Alejandra —una de las dos Alejandras—, que también era pálida y delgada, debe de haber sido sietemesina, pero nunca le pregunté y a Alejandra la sigo amando también y todavía.

No develo sus apellidos, pero en la mayor parte de los casos todavía los llevo a recitar para mí. Puedo, pues, enlistar a las mujeres a quienes he amado, pero, sepan cuantos, es indelicado mencionarlo, sobre todo a quien sea tu pareja actual. A menos que sea tu amiga y entonces sí se vale, pero luego ocurre que hay quien deja de ser tu amiga y se vuelve tu pareja y la famosa lista de encuentros reaparece como una sombra cuando hay disputas casi conyugales o conyugales sin el casi.

Otro consejo: no pregunten a una mujer por los hombres de su vida. Sería una imbecilidad. A menos que sólo sean amigos y el tópico sea parte del diálogo que acostumbres con esa amiga, aunque no olviden el riesgo aludido, que la amiga puede dejar de serlo y convertirse en prospecto de enemiga.

Hay poco mérito en la enumeración mental de las mujeres con quienes uno ha tenido queveres. Yo estaba ahí y jamás me ha ocurrido despertarme preguntándome quién es la persona a mi lado. Aun en las mayores ofuscaciones, he conseguido saber de quién se trataba.

No es que siga ese lugar común de que “los caballeros no tienen memoria”, sino que más bien no hay que alimentar leyendas fuera de lugar cada que encuentras una nueva posibilidad de relacionarte con alguien, a menos que sea tu amiga, insisto, porque en tal circunstancia las confidencias son válidas.

Son de ida y vuelta. Una amiga te puede contar sus aventuras, los detalles de los encuentros recientes o muy pasados por agua, pero no se alboroten, las mujeres no cuentan sus asuntos, las mujeres hacen. Los que tienen memoria oral son los hombres, créanlo. La de ellas es, seguramente, táctil e íntima, insondable, por supuesto.

Al fin y al cabo, uno termina enamorándose de vecinas. En el peor de los casos, son vecinas de hemisferio, de planeta. Lo corriente es que resulten ser vecinas de colonia, de municipio, de escuela, de oficina. Uno termina amando a vecinas de lecho y las suma a esa permanente intentona de no saberse tan solo en este triste mundo. A veces se logra ese objetivo, aunque después todo se esfume y uno tenga que buscar nuevamente a vecinas, con la esperanza de que alguna sienta también una similar predilección por el vecino que es uno y no el de la casa de enfrente.

Como otros muchos lugares del universo, Gelidonia está llena de vecinos y vecinas. A veces se piensa que no son tantos o tantas como debieran ser, pero hay que atenerse a las condiciones del mercado local. Y buscar.

Me gusta ir al centro de Gelidonia cuando sus calles se encuentran pletóricas de gente, esto es, de vecinos y de vecinas. Sostengo que ha habido cambios, porque la mezcla de orígenes lleva tiempo reflejándose en los espacios públicos. Ya no privan los tonos grises en la ropa de quienes son nativos de Gelidonia, sino que resaltan más los colores de las prendas de quienes provienen de otros lados. O no sé, detecto más colores en la gente en general, en las mujeres en particular, que con esa audacia luchan contra los fríos de Gelidonia, los mismos fríos que impulsan a los humanos a encontrarse en sus calores íntimos y compartidos.

Hay días en que un paseo por los Portales de Gelidonia es una fiesta para la mirada. Incurrir en esta costumbre obliga a mantenerse por cauces civilizados. No mirar a una joven que va acompañada por su novio o esposo, ni a la que es vigilada por un padre probablemente atrabiliario. No ojear de manera procaz ni vulgar a una joven que va de minifalda en plena tormenta.

Mejor es dirigir los ojos a sus caras, de manera directa pero sin retar, sin ofender, sin agredir. No hay que atisbar groseramente hacia abajo del cuello. Se debe ser gentil.

Mientras tanto, se disfruta la función de la gente en los espacios públicos. Hay que salir a la calle, no dejar que la sigan llenando con fuerzas del orden, que nos la sigan limitando con tantos absurdos retenes y rondines policiaco-militares.

Las calles están llenas de vecinos y de vecinas. Uno ha podido amar a más de una, en su caso. Algunas ya se han muerto o han perdido sus facultades físicas y mentales. La condesa de J..., por ejemplo, que era más joven que yo y que tenía el pecho más rotundo y una de las caras más hermosas que he conocido. Muchos no la olvidan. Yo tampoco. O la duquesa de C..., bastante mayor que yo, lo cual no fue obstáculo para que fantaseáramos

alguna oculta noche en la historia, que yo podré tener presente a lo largo de mi escasa eternidad humana.

Es muy probable que haya en mi futuro una auténtica mujer gelidonense. Varias de las citadas tienen proveniencias distintas. Pero gelidonense, lo que se dice gelidonense, no atrapo a ninguna en mi memoria. Habrá que buscar, perseverar. Como dice la doctora Corazón —original nombre clave de mi querida y actual terapeuta—, uno debe repetirse dos cosas:

—las relaciones no son para siempre, y

—éramos el uno para el otro.

Mira que decírmelo hasta ahora.

Dado que las relaciones no son para siempre, no queda sino insistir en que toda mujer con quien uno se encuentra será la definitiva, la única, la única, la única.

La mujer.

No hay mejor mujer que la vecina.

UNA MUJER QUE ENTRA

Hazme joven —pensó—. El clonaxón siguió funcionando, intercalando a una velocidad dispar y cambiante el reflujó de las neuronas. Parecido a nacer en un instante en que se tienen —se tuvieron— veinticinco años y se es a un tiempo primerizo y experto y no existen desolladuras en el cuerpo.

Como ir regresando por una catarata oculta y llegar al lugar correcto en el momento también correcto. Encontrar a la persona correcta antes de que tome el autobús equivocado que la aleje para siempre de nuestra vida o algo más malo, que se difiera por un tiempo indeterminado el encuentro hasta el punto en que, cuando se da, es inútil y frustra cualquier intención de crear, por caso, una familia, una pareja de dos y los que se aparezcan. Como ir bajando a otro instante de encuentro en el tiempo preciso. ¿Quién dijo que nadie puede bañarse dos veces en las mismas aguas de un río?

Cuánto cansancio y cuánto sufrimiento para haber llegado hasta aquí, al retorno que es o como si fuera un nuevo y repetido comienzo.

—Hazme joven —dijo, y así ocurrió, viéndola a ella hacia sus ojos, acercándose pian pianito a su corporeidad. Aparece ese par de piernas.

Se cierra la puerta y no hay sitio por donde se pueda colar el estrépito del aparato de sonido. Eres quien está dispuesta a

abrirse al universo por un simple hecho de entrega, despojada de arqueológicos vestigios, otrora prendas. Aquí esta apuesta la estamos ganando ambos por esa vieja actitud que, cuando aparece, es siempre nueva, de sentir al tacto pieles descubiertas.

Una mujer que entra hace el mismo sonido que otra que se desnuda.

Ella, que hace unos segundos trastabillaba con riesgo visible de caer y desmoronarse, es y no es la misma que no se desploma y en cambio mantiene la vertical. Sería imposible si no tuviera esa certeza de que es ella la que llegó hasta aquí, en el filo borde del prodigio, y que antes de aventarse hacia el precipicio de la cama frena sus pasos en el aire y se abraza a él, sus manos pegadas a la espalda del hombre, jugando a una fricción temprana y estimulante con, entre las ropas. Y besándose con el peligro de ese tipo de contactos. Cómo se inicia la antigua ceremonia de compartir humedades, anudar lenguas, pasarlas por los dientes, beberse esa agua con el impulso de los alientos.

Por qué este juego de desabotonarnos mutuamente adquiere visos de que está resultando divertido, como si justificara las risas, cuando notamos que es evidentemente algo ridículo y no lo es, este permitir que vaya sacando del ojal uno a uno los botones de la camisa del hombre.

Y eres tú la que descubre el pecho y que después de jalar la camisa fuera del pantalón, decide pasar los labios por esa carne. Varias veces, el toque largamente prohibido y que se vale de recuerdos caducos, con —seguramente— personas equivocadas, para darse en este momento, a la espera de que el hombre dé un paso, el siguiente.

Esa añosa práctica de ir bajando el cierre del vestido hasta completar el recorrido por la espalda. Las manos se vuelven al sobresalto que fue la cinta del sostén, el broche que los expertos

quitan con dos ágiles manos o una sola los más hábiles, mientras los bisoños optan por solicitar que la propia mujer suelte el broche.

Ella desliza dos prendas. Con las manos saca la camisa al hombre y deja a su vez que el vestido se le deslice hasta el suelo, se oye la caída leve de la tela. Turno de él, la invita a levantar los brazos y el sostén deja de existir. Vuela.

El abrazo comienza, con la intensidad de una primera vez, porque siempre es una primera ocasión a cada oportunidad que se repite este dañoso roce de pieles. Igualados como están, se queman con esa tibieza de la piel pegada por el sudor, mientras siguen tocándose, manipulándose.

Un beso antiguo. Ocurre y, aun de pie, los cuerpos comienzan a tenerse sin obstáculo. Se topan. Pitones turgentes, de ambas partes. Mezclados, canela que se envuelve con el fuego. Están abrazados.

Cae la cabellera por el viento de sus dedos. Se enredan, en el abrazo ella encuentra de dónde asirse e inclina el cuerpo hacia atrás, como para comprobar si él la sostiene; no se derrumba más que el resto del planeta. La tiene tomada por la cintura, ella está de regreso.

Vuelve a tener otras edades, las de un repentino comienzo, las que habrían funcionado en el momento idóneo. No fue así, pero se da, por fin. El amor es una noche, aunque, a fuer de sinceridad, no se trate de amor ni de saber si alguien está equivocado o no.

Éste es el mar. Quien no lo vea así distinguirá tan sólo una vulgar cama donde se instalan los cuerpos para el rutinario cansancio. Quien vea el mar, perderá la mirada en confines impensables. Éste es el continente nuevo. Un cuerpo que aparece con un diseño sinuoso. De la cabeza se desprende lo demás. Por

los dedos pasan un cuello grácil y después amplios pechos, dos montañas en esta cordillera que se levanta con la respiración. Dos aureolas de una victoria intomada, oscuras y, al mismo tiempo, con ese tono rosáceo que termina por dañar tanto a la memoria. Piel erguida y rugosa, suave para los dedos que actúan con el apoyo de los labios. El origen de la existencia cabe en las manos cuando aprietan con esa mezcla de fuerza y precaución, so pena de lastimar.

En este cuerpo encuentras a todas las mujeres porque sabes que es único y que este encuentro ocurre una sola vez en las vidas de ambos. Ella acepta con falsa docilidad este recorrido, porque conforme respira se yerguen los pechos, en un plan con filo, de poder herirlo, atraer esas manos que no aciertan a pasar a otra parte de su cuerpo porque apenas descubrieron los comienzos nutricios de la vida.

Bajan y se apoderan de la cintura, luego tornan a desviarse por el vientre, el ombligo que en su oscuridad esconde otros orígenes, el mito primigenio, aliento mágico por el que todos pasan, obtienen por ahí más que el aire, más que las aguas interiores de una mujer.

PERRO DE DOS PATAS

El parangón no era exacto. De todos modos, Mauricio proyectaba sus nervios en los de un Frank Sinatra que clamaba por heroína, aunque en su caso, el de Mauricio, la adicción giraba alrededor de barricas de ron, marcas baratas de güisqui o de cuestionable tequila; y al lado de él, en la cama, no estaba la rubia Kim Novak tratando de salvarlo del vicio, de redimirlo, sino una descendiente de cheyenes un tanto rolliza, con la que por hoy seguía llevándose bien, en garantía temporal de su residencia en el condado de Ventura.

Desde la cocina se oía el ruido del alce Bullwinkle y la ardilla Rocky en la televisión, signo de que el hijo de Rose, un iconoclasta rubio hiperactivo, estaba comiendo cereal seco de un plato desbordado.

Frank Sinatra no piensa en español, pensó Mauricio cuando se descubrió a sí mismo discurrendo en el lenguaje materno alejado hacía más de veinte años. Con el ardor de panza de todas las mañanas, bajó los pies al suelo, se sentó en el borde de la cama, de la cual colgaban sus morenas y peludas extremidades, como escurridas de unos calzoncillos de manga larga, antiquísimos como el jazz del hombre con el brazo de oro.

Habló con parquedad con el chiquillo, que farfulló alguna incomprendible respuesta, porque evidentemente le interesaban más el alce y la ardilla. Mauricio se bañó al ritmo de las imágenes

de blanco y negro de un Sinatra que regresa al barrio, escenografía artificial hasta la pared del frente, Sinatra temblorino a punto de caer en las garras de su proveedor favorito del polvo y las jeringas. El ardor de Mauricio provenía de la madrugada con la típica escena de amor con la cheyene, ella haciendo gala de su gusto por el tequila, él con güisqui barato, de sabor a alambique prehistórico, emborrachándose ambos con plena libertad, soltando una que otra lágrima por haber abandonado el paraíso de sus respectivas reservaciones. Mauricio había cantado viejas canciones aprendidas en su infancia en una vecindad de Mesones, en el centro de la ciudad de México, y con ellas arrulló a Rose, embotados por el exceso de alcohol y de amor entre razas.

Conservaría el fuego en el estómago cuando llegara a la cocina de la cafetería a preparar sándwiches y burritas y hot cakes. Rose, la cheyene, seguiría dormida un buen rato. El rubio hijo, luego de la partida de Mauricio, no tardaría en cambiar de televisión para, aprovechando el calor milenario de su madre, continuar atracándose con la historia del alce y la ardilla en la recámara de la pareja mixta.

El mánager dijo: hoy no abrimos. Mauricio se resignó. En apariencia, aquí el resultado era el mismo al de los tiempos en que fue chofer de un taxi cocodrilo en la capital mexicana, en los días en que prefería no salir a pelearse con un tráfico que ya desde entonces era desgastante. Sólo que allá en México Mauricio era quien tomaba la decisión de quedarse en la casa, a pesar de las protestas de su primera esposa mexicana cuando él prefería irse a la encementada cancha de basquetbol con los amigos. Después pedía a su madre el trato idóneo de primogénito, con un desayuno en forma y la subrepticia aportación de comida para los nietos de ella, los hijos de él, a escondidas del esposo, del padre, del abuelo.

En Ventura la orden de no abrir la cafetería provenía del mánager, especialista empírico en mercadotecnia, que podía prever que ése iba a ser un día flojo y que no valía la pena dar servicio a una comunidad deprimida por el cierre de varias fábricas de la región y de uno que otro banco. El mánager ahorra los dólares por hora que debía pagar a sus empleados, que al otro día bien podían presentarse a trabajar, con la esperanza de que algún resultado en el fútbol hubiese animado un poco a los obreros sin empleo, o mejor, que se hubiese reabierto alguna de las factorías donde, por lo pronto, sólo se mantenían vigilantes algunos policías, para cuidar la calma fabril, el sueño de las máquinas inmóviles.

Rose se enojaría cuando la informara de otro día más de paro. Mauricio pondría cara de Custer sorprendido cuando se le dejó venir todo el ejército de Toro Sentado. La recesión del país poderoso los acercaba a las colas del seguro de desempleo, y a Mauricio en particular, a otro divorcio en que llevaba las de perder, por no ser nativo de alguno de los estados que aparecen integrados a la bandera con estrellitas.

Libre en el día, se decidió por ir al correo y enviar esa carta a México. Otra nueva carta en que explicaba que andaba mal de dinero, que quería verlos y que le mandaran para el pasaje del avión. Era peor que durante su primer matrimonio en pro de la residencia, con Kith, una caucásica que se había sentido atraída por la piel morena del mexicano y porque era una irremediable adicta a las cervezas de la misma nacionalidad y porque Mauricio aparentemente no había puesto trabas al hecho de que ella amara por encima de todos los seres del universo a su perra de tres patas.

En sus primeros años la perra tuvo cuatro patas, pero un día la atropelló un coche y perdió la cuarta pata. Kith cuidó su

rehabilitación. Como Mauricio no dijo nada contra la perra, la gringa aceptó el casamiento con el mexicano, que a su vez aseguró un rato su residencia.

Hicieron un viaje a México para conocer a los padres de él y a todos sus hermanos, tíos y sobrinos. Un trío alegre, formado por Mauricio, Kith y la perra de tres patas, montados en un Volkswagen siempre cargado con six pack de cerveza mexicana, pero con una dotación voluminosa de cigarros gringos, porque esa pareja de fumadores no aguantaba los cigarros mexicanos.

En los dos meses que duró su luna de miel mexicana, le enseñó la ciudad a Kith. Fueron a Acapulco, pasaron la Navidad en la casa paterna, visitaron a la parentela de Mauricio. La mujer bebía tanta cerveza o quizás consumía algo más, porque con frecuencia los ojos se le iluminaban en demasía.

Una noche se les perdió la perra en una desconocida colonia de la ciudad. La hipótesis familiar es que habían salido tan tomados de una fiesta, que la perra se les había salido del coche sin que se dieran cuenta. Lo descubrieron al despertar. Mauricio no quiso acompañar a su mujer que, agredida, despreciada, rabió guturales insultos y salió a la calle, montó en su Volkswagen y se fue a buscar por la ciudad más grande del mundo a su perra de pelambre de miel y de tres patas.

La encontró. Todavía regresó con Mauricio, aunque había concluido que quería más a su perra que al milagro mexicano, lo que significó, para la desventura de Mauricio, que ya vueltos a territorio gringo, lo primero que ella hizo fue entablar el divorcio. Sólo recuperó algo de estabilidad cuando se casó con la cheyene Rose.

Desde la oficina del servicio postal se ve el *highway* de Ventura y su nutrido tránsito hacia la ciudad, el vuelo de la gente de los suburbios, los pedazos de civilización en el desierto. Prosigue

el ardor en el estómago de Mauricio, como pedazos de alambre metidos a la mitad del cuerpo. Vahídos que despuntan, recordándole el exceso de la noche anterior, de los muchos años de dilatada aclimatación, de búsqueda de una residencia inasible, pendiente de que una piel roja o piel verde aguantase vara por un nuevo día en que las leyes obligaron al ocio.

Un día más para rumiar la vieja incomprensión del padre allá en México, un padre que no entiende cómo cualquiera, hasta el indio más iletrado, hace dinero allá y regresa manejando camionetas Van o el Chevelle, cuya línea y velocidad no son superadas por ninguno de los modelos salidos de las ensambladoras nacionales. Todos regresan con dinero, menos Mauricio, que no ha mandado nunca dólares para la compra de un ranchito o una tienda de abarrotes siquiera. No ha tenido para comprar un juego de placas y retomar el juvenil oficio de chofer de taxi. Nunca. En cada visita a México, se le tiene que ayudar para el boleto del avión y, las veces que ha hecho el viaje en coche, era porque pertenecía a la esposa gringa en turno.

El padre no se enoja más porque su hijo mayor no mande dólares. El padre hace tiempo que ocupó una de las tumbas que alcanzó a construir en una porción de tierra en el cementerio del pueblo. La madre recibe la institucional pensión de su esposo. Los hermanos y las hermanas dicen vivir al día, aunque a veces hacen una coperacha fraterna y responden que ya va en camino el dinero. De México hacia allá.

Mauricio ha enviado la nueva carta. Habla de la úlcera, de que no hay trabajo en la cafetería, de que la cheyene se está cansando. De que él está cansado. De que quiere ir a México a ver qué puede hacer, que a lo mejor y le prestan para poner un negocio, que quiere regresar. Previene que, si hacen caso a sus

líneas, podrá pasar una temporada viviendo alternadamente en las casas de sus hermanos y hermanas, en la casa de su madre. A ver adónde lo atrapan los años.

La vieja perra de una de sus esposas gringas, a pesar de tener tres patas y no cuatro, estaba firme en el mundo. Tan firme que podía extraviarse en un barrio de la ciudad de México y ser encontrada antes de veinticuatro horas por su ama. Mauricio siente que le falta un pie, también, pero él no es perro y sólo nació con dos patas, dos piernas. Y no sabe en qué lado están.

NORA VIETMAN DORMIDA

Nora Vietman dormida. Último reducto de tranquilidad en el mundo. Cuántas veces pudo Gerardo verla en cabal descanso, el de ella, por haber vivido un día entero más, de madre, de amada, de mujer.

Mientras, él permanece en vigilia, queriendo contarle el cabello, acordarse de su respiración, beber el aire que, sin sonido y sin letras, ella exhala, dormida, en el descanso de una jornada, oculta entre las sábanas de la noche. Él, a sabiendas de que no podrá dormir durante un largo rato, asido a la forma en que Nora Vietman permanece en el océano de la calma.

Ve repetido su nombre desde los sueños, con esa cara que de tan serena no mueve un solo músculo. Habrá de vivir más años que Gerardo, condenado a morirse antes de tiempo, por propia o por ajena mano, pues el resultado será idéntico al de otros amantes que también tuvieron a sus Nora Vietman a un lado, descansando mientras ellos sólo observaban.

Así lo hace, sin poderse aplacar a pesar de la vista que tiene ante sí, una mujer que duerme, en el repetido y mágico acto de andar deambulando por otros lugares, por otros escondites de la vida.

Nora Vietman podía dormir, su fatiga siempre era aparentemente legítima o más contundente y sencilla que la de Gerardo.

La mira, sediento de la apacibilidad que le permite a ella perderse por desconocidos ríos de la memoria. Es un cuerpo cubierto por las telas sobre la cama, un dibujo con volumen y formas suaves, desperdigado en un espacio mínimo y, sin embargo, con la fuerza necesaria para lanzar a Gerardo fuera de ese lecho, de esa posible unión con o sin documentos de por medio. Ella es la cabellera y en seguida la cara, donde da comienzo el cuerpo oculto de Nora Vietman.

Se encuentra agotado por tantas noches sin alcanzar ese estado ideal de desvanecimiento, el de Nora. Gerardo no tiene necesidad de cerrar los ojos —cosa que además no puede hacer— para inventar pesadillas o sufrir el ataque de los monstruos de la incertidumbre. En cambio, ella podrá ver las horas, cómo se deslizan, sin urgencia de abrir los ojos. Sin la urgencia de regular la respiración, porque ésta sigue su propia ley, la sorpresa de un corazón que no se detiene y cuya suma de sístoles y diástoles superará en un solo día todas las acciones que acometa un hombre, el que sea.

Tener relaciones íntimas puede poner a Gerardo al borde de un precipicio de desvaríos, pero a Nora Vietman no le implicará más que una razón adicional para dormirse muy tranquila, con el cuerpo flojo, desnudo de cualquier rigidez, el cuerpo escapado, presente porque reduce el aire entre las sábanas y la superficie de la cama.

Nora Vietman duerme y es inalcanzable. Cómo aparecer en el sueño de Nora, cómo traspasar la barrera imaginaria de su respiración pausada y rítmica. Lo más que llega a intentar es asirse a su cuerpo, pegarse a la última esquina del muslo, el pecho a su espalda. Quizás ella, aun en ese alejamiento del que está inconsciente, reciba con agrado ese calor, ese fuego de un cuerpo desnudo junto al propio.

No se apagarán las ansias, no se sofocarán los monstruos que hacen de él un ser en permanente vigilia, de ojeras que se extienden por toda la cara, hasta cubrirla toda, hinchándole las mejillas la boca haciendo que la frente se escurra hasta estallar en masa informe. Las naves por el mar, tú por tu sueño.

Todo porque Nora Vietman está descansando y Gerardo la ve dormida.

GELIDONIA ORIENTE

La melancolía es una irrupción del pasado en el presente. Un movimiento sostenido e inigualable, asunto de solitarios a la fuerza —gente que no quiere estar sola, que en condiciones normales evitaría estar sola—. Personas que ven a través de la ventana, rumbo al pedazo de ciudad que están poseyendo.

Afuera del ventanal se distribuye la gran maqueta urbana. José Carlos Béliz Reña tiene la capacidad o interés de pasar horas viendo hacia ese exterior. Ocurre por tramos del día, por ejemplo cuando está ante una mesa, sin más compañía que un cuarteto de sillas y los platos y sartenes con los alimentos, en un tiempo rutinario, el propio de la ingestión del desayuno, de la comida y aun de la cena. Eso corresponde a funciones automáticas, indispensables como sostén del edificio móvil donde se instalan los órganos de la vida, la maquinaria para caminar, para respirar, para erguir al individuo.

Béliz Reña se instala a corta distancia del ventanal y mientras fuma va recortando los trazos de la ciudad. Empieza en el orden acostumbrado de izquierda a derecha, por el pedazo de cerro cubierto por innumerables edificaciones, desde un conocido salón de baile hasta la serie de residencias sembradas en esa zona durante las dos últimas décadas. El paneo continúa y recorta entonces un área más antigua, como es evidente incluso en la oscuridad manchada por la amarillenta luz de arbotantes,

por la mezcla de tamaños, colores y falta de definición arquitectónica, sólo un poco más allá de ladrillos amontonados y cemento colado para armar casas y edificios. Aunque ahí lo que descubre Béliz Reña son segmentos de fachadas y, sobre todo, azoteas, lo que es decir las goteras de cada ciudad.

Es una visión estática, intensa cuando se imagina la gente viva en el interior de esos edificios y casas y en el exterior: las calles por las que desfilan las personas a intermitencias del tránsito peatonal y de vehículos. Espectáculo de gran pantalla —habría que agradecer la visión del arquitecto que hace más de veinte años construyó departamentos con un gran ventanal dispuesto a recibir el inmenso sol del Oriente por la mañana y luz el resto del día—. Lienzo permanente de una porción de la ciudad, no toda, lo bastante nutrida, empero, para apropiársela y empezar a discurrir historias posibles de la gente, espejo para ir desarmando la propia. Identificar, desde las alturas de un cuarto piso, las calles por las que se ha caminado o circulado, otras que existen y han existido sin necesidad de que alguien en específico, ni siquiera la autoridad municipal durante una hipotética inauguración, pase por ellas un día o una hora.

Pocos cambios se dan en esa pantalla inmóvil, sumadas la danza de las hojas y las figuras de quienes salen del mercado o las mujeres que tienden la ropa en las azoteas. Hay días que no llega a trastocarse el matiz del aire, hay días con un tono distinto. Es demasiado rápido en las mañanas, porque debe despertar a la rutina, medio acomodar la casa, la ropa desperdigada en la sala, los trastos en el fregadero, los huevos por freír, el primer café del día, poner la radio, la rasurada, la elección de la ropa para la jornada laboral, decidir si va a ahorcarse con la corbata o prescindirá de ella, qué calzado protegerá sus pies.

Oh, cuántas decisiones. Mientras sigue mirando ese Oriente, de manera ineluctable se sabe del Sur.

TRIBAL AJUSTE DE CUENTAS

Soy un exterminador medroso. Tengo más de carnívoro el hábito o la costumbre de acudir a los asados familiares los fines de semana; aun en ellos no llego a ser sanguinario, porque prefiero acabar con la dotación de chorizo, longaniza o chistorra, antes que con la de bisteces o costillas que predominan en la mesa colectiva. Los demás protestan por eso, porque la base del asado son las carnes; los embutidos son elegidos para aportar un sabor adicional, incrementar la presencia del cerdo en un menú mayormente de carne de res. Protestan, yo les digo que para la próxima compren más embutidos, que haya dos porciones, una para la familia en general, otra para mí en específico. A la siguiente, sucede lo mismo, compran lo de siempre y vuelta a los reclamos porque me acabo lo que no debo, lo que es para compartir entre todos; soy un egoísta, no sé convivir.

Por eso debo explicar que mi lado sanguinario se ubica en una función extraoficial que la vida me ha encomendado. Mato ratones y ratas. A pesar de que soy medroso y de que esos animales me causan asco y pavor. Bien a bien, cuando pasan veloces por mis pies yo tengo ganas de dar un salto de señorita para encaramarme sobre un banco o silla y levantarme las enaguas, aunque no uso... En verdad no he entendido por qué animales tan pequeños como los ratones provocan este miedo. La historia dice que eso les pasa sobre todo a los elefantes, tan grandotes.

¿Temor a que se les introduzcan por las orejas o por el ano y causen severos estragos en sus voluminosos interiores?

Me dan miedo. El normal. Pero la vida me los ha puesto de frente o, con más precisión, a mis pies.

Y alguien tiene que hacer el trabajo sucio de la humanidad.

Soy, pues, el exterminador, de la manera más rudimentaria. Una clase de amateur especializado, jamás un profesional de esos que se zambuten dentro de trajes especiales como si de viajeros espaciales se tratase, como tampoco uno de esos cuasi científicos técnicos que saben dónde colocar las trampas, o que depositan envases con una sustancia alquímica de la cual emanarán los vapores letales para alguna molesta colonia de roedores y otros bichos asaz molestos.

Si me va bien, tendré a la mano una escoba. O una varilla, un tubo, un palo simple. No el máuser que mi abuelo acostumbraba utilizar para deshacerse de las ratas profanadoras de su espacio vital en la vieja casa pueblerina. En mi circunstancia, ya armado con la escoba, me pongo a dar de golpes, en medio de una controlada histeria interna que dejo salir rabiosamente con movimientos rápidos y nerviosos, molestos, más bien la evidencia de que los ratones, como a cualquiera, me provocan ese miedo honesto que obliga a saltar, de nervios.

También he luchado contra ratas, que son otra cosa. Más poderosas, más malditas. No se ven inocentes como los ratoncillos de ojos dulzones que casi detienen el palazo letal. Las ratas encarnan un peligro mayor, son odiosas, sean de campo a las que vamos acortando sus territorios en las zonas suburbanas, animales que no están tan maleados, o sean las espantosas y agresivas, duchas para causar daños por doquier y que no le tienen miedo a nada cuando brotan de las alcantarillas citadinas.

Gracias a una dosis de buena ventura, mis choques con ratas han sido infrecuentes. Con ellas funciona mejor, más que el ejercicio de la violencia legítima, el uso de sustancias químicas, de aquellas que incluso pueden resultar útiles a uno si encara un irrefrenable deseo de suicidarse. Aunque debe ser cosa fea esa de morir como rata. Lo vi en mi adolescencia cuando una manada intentó invadir nuestra casa dúplex. Desde mi cuarto las veía pasearse nerviosas y raudas por encima de la barda que dividía nuestra casa de la del vecino. Alguna me sostuvo la mirada, desafiante. No los ojos dulzones de los ratones cuando piden clemencia, sí unos ojos duros que te retan.

Regamos unas hojuelas mortíferas entre el hueco de las dos bardas. Después fue posible encontrar uno que otro cadáver de rata chupado, y como ya no se hicieron presentes, inferimos que se habían extinguido o, hartas de esa dieta que las mataba, habían optado por cambiar de código postal.

Han sido más los ratones con quienes he tenido que lidiar. En una casa donde había más mujeres y ante la ausencia cotidiana del padre por motivos laborales, cuando crecí me tocó reemplazar a mi madre en la labor de acabar con los roedores que de cuando en cuando se manifestaban como espectros minúsculos pero molestos, parásitos que dañaban el patrimonio doméstico en la forma de comida, ropa, libros y muebles, todos roídos y apestados por sus orines.

Ahí descubrí la capacidad para sacar el miedo con un grito como de karateca con los calzoncillos dos tallas menores a la idónea, y me adiestré en el violento uso de una escoba con la que terminaba despanzurrando al ratón en turno.

Otros ratones se manifestaron cuando empecé a vivir en casas propias. Hasta me hice de cierto prestigio, o no entiendo

por qué cuando aparecía un bicho, no dudaban en llamarme, a la hora que fuese. Sonaba el teléfono de la casa y era alguna de mis hermanas que pedía auxilio, o una vecina que me pedía un apoyo, persuadida de que no iba a negarme. En lugar de preguntar para qué servían sus maridos, fuera el de mi hermana o el de la vecina, iba por mi escoba y en unos minutos más lograba contener, destruyéndolo, al invasor, normalmente esmirriado, minúsculo, pero con la suficiente agilidad y sus vistosos bigotes para poner nervioso a cualquiera. A mí ya no tanto, cada vez. Acepto haber sentido asco cuando acudí al llamado de una de mis hermanas, una mañana en que le amaneció una rata ahogada en el excusado de su baño. Llena su casa de hijos varones, ninguno se atrevió a sacar al animal, ya cadáver, de la taza. Yo lo extraje, una rata de buen tamaño. Alguien tiene que hacer el trabajo sucio de la humanidad.

Y procedí a la inmólación del animal ya muerto.

Me explico: a partir de no sé cuándo, pero de seguro ya estando fuera de la casa materna, me surgió una preocupación: ¿qué tal si la rata o ratón no había *realmente* muerto? ¿Qué pasaba si sólo estaba fingiendo su fallecimiento, aunque el último golpe con el palo de escoba le hubiera expuesto los pequeños y asquerosos intestinos?

No había que darles el beneficio de la duda ni la oportunidad de que regresaran, incluso en los sueños de uno. Más en mi caso, pues detesto soñar, porque no tengo sueños sino, siempre, pesadillas. Aparte, me pareció un acto piadoso darle paz al alma del, en el fondo, pobre roedor aniquilado. Algo había en mí de algún primitivo e inescrutable origen tribal, que me hacía empeñar en darle un sentido de espiritualidad a lo que para otros no era sino un simple ajuste de cuentas contra una fauna nociva.

Por eso, desde hace un tiempo que no acierto a precisar —aunque es un tiempo que me conecta con los tiempos más inmemoriales de la humanidad— cada vez que me llaman o me toca acabar con un ratón o rata, cumplida la misión, procedo a inmolarlo, a cremarlo.

El procedimiento es sencillo y contiene una serie de simbolismos que sólo yo sé. Yo y otra persona a quien ofrecí los pormenores acerca del significado de un rito tan personal.

Con un recogedor o pala, se coloca el cadáver en la cercanía de una alcantarilla o coladera. Alcantarilla si estás en la vía pública, pero como estos sucesos se registran más en los ámbitos domésticos, lo común es localizar la coladera en el patio de la casa.

A continuación, se rocía abundante alcohol sobre el cuerpo del ratón o rata muerta. Si no hay alcohol, se aconseja usar thíner o de plano gasolina, cuidando todos los movimientos porque no es cosa sencilla manejar sustancias de suyo tan explosivas.

Humedecido por entero el cadáver, se aplica fuego con un cerillo. Se recomienda el uso de cerillos de madera, pero si no queda de otra, se usan los otros de papel encerado. No es apropiado un encendedor, porque con él hay que aplicar la llama muy cerca y el alcohol o thíner, que han estado evaporándose en cuanto fueron arrojados sobre el animal, pueden provocar desagradables sorpresas, más si se está vestido con prendas sintéticas que se prestan a incendiarse a la menor provocación.

Encendido el cadáver, convertido en una tea mortuoria, hay que esperar pacientemente y con unción a que se extinga el fuego. No se vale retirarse antes, porque ¿qué pasa si el animal sólo estaba fingiendo su muerte?

Si es necesario o se tienen dudas, hay que rociar, con la debida precaución, un poco más de combustible, hasta que los restos parezcan más carbón que un ser antes animado; es poco

agradable ver cómo se quema y cómo apesta la pelambre pegada a la piel, como lo es también percibir los colmillos cuando va quemándose la cara, lo mismo que verificar que la parte más correosa del ratón o rata es la cola que nunca se incinera por completo.

No hay que caer en el error de considerar este procedimiento como una mera cuestión de asepsia hogareña, con el objetivo de marcar el territorio diciéndole a ratas y ratones que no pueden entrar a tu casa, que se vayan a alguna bodega a acabar con las reservas nacionales de granos o a fastidiar las inciertas bibliotecas de los vecinos de tu cuadra.

No es sólo eso. Se trata de liberar el alma de los ratones y de las ratas capturadas. Del ratón o de la rata que haya caído luego de un certero palazo que le abrió la panza, sin descontar la contundencia de un zapato bien afilado y bien atinado para cumplir con la misma meta del exterminio. Esta labor abarca, en sentido análogo, la tarea de cremar a los bichos atrapados con ratoneras de madera o de metal, o con esas láminas plásticas impregnadas de un pegamento al que sus víctimas se adhieren viscosa e inevitablemente.

Mientras espero la conclusión del rito, con veneración observo cómo la flama va enroscando el cuerpo nefando del roedor. Es mejor que esto se haga de noche, de día no se ve tan espectacular, la flama se oculta en el exceso de luz. Acéptese que los ratones y ratas prefieren atacar de noche, lo que se presta para cumplir con las condiciones expuestas.

Sólo una persona, además de mí, sabe de esto. Rosario Limón. Éramos jóvenes. Yo había empezado a ir a su casa donde se cumplió mi sino: me iba a llevar de excelente manera con su familia, a veces no tanto con ella, con Rosario Limón.

No me atrevería a asegurar que esto sea muy exacto, pero diré que, si le he caído mal a algún pariente o casi pariente político, lo han sabido disimular. Suelo llevarme bien, en términos de un respeto seco, con los suegros. Cuñadas y cuñados han sido más que afables. Y con algunas suegras —no con todas— ha habido una relación cordial, sobre todo si no resultan abrumadoras en sus atenciones y si evitan tocarme, privilegio que, en rigor, sólo corresponde a mi pareja.

La madre de Rosario Limón me trataba bien, aunque casi no estaba en su casa, lo que aprovechábamos Rosario y yo para conocernos sin interferencias, aunque, en eso del mutuo conocimiento, ya habíamos logrado avances acudiendo a otros espacios neutros.

Fue en su casa, por ejemplo, donde comí el ceviche de soya más exquisito del que tengo memoria, a tal grado que si en mi recuerdo gustativo me pusieran a elegir entre ese ceviche y otro de pescado-pescado, ganaría el elaborado a base de soya. Quizás porque no atestigüé el proceso, harto laborioso, fastidioso y odorífero, con el que se transforma semejante alimento para ganados, que eso es la soya, en un fantástico ceviche que, sin ser de pescado, sabe a pescado.

Con Rosario Limón hube de conocer un circuito bastante amplio de hoteles de paso, casi todos con nombres de ríos, que nos brindaron la capacitación más completa para distinguir entre un establecimiento con cierto peligro, verbigracia, que fuese frecuentado por judiciales ruidosos, o con una exagerada presencia de prostitutas en el ejercicio de su *modus vivendi*, y aquellos donde había condiciones más propicias para que los amantes pudieran holgarse un rato con sus cuerpos. Dependía también del dinero con que contáramos. Cuando la quincena era lejana, no quedaba otra más que hoteles con proliferación de judiciales.

Más de una vez nos instalamos en su recámara de hija de familia, tomando provecho de que la madre, el padre y los hermanos de Rosario Limón estaban dedicados a labores propias de su sexo. Ella registraba con exactitud los hábitos y movimientos de su familia entera. Cualquier sorpresa habría sido, además de desagradable, un suceso inopinado.

Llegábamos. Si sobre la mesa de la cocina había ceviche, yo comía ceviche. Luego íbamos a su recámara, donde disfrutábamos de una ventaja inexistente en los hoteles con nombres de ríos: podíamos poner música, la música que quisiéramos. Y amarnos mientras la escuchábamos.

Nuestra selección era, usualmente, música de jazz, filtrada a un volumen moderado para que, en lugar de interferir, nos ayudara a concentrarnos. La música se me entremetía por los poros, bueno, por el oído, para acariciar con mayor delicadeza a Rosario Limón. Nos íbamos, literalmente, juntos, con el único aliciente de música, pieles e hinchazones combinadas.

Aunque un cambio de su agenda nos arriesgara a la presencia intempestiva de la madre de Rosario Limón, esto no era motivo para que apuráramos nuestros ayuntamientos. Esa sensación nos habría arrebatado la calma labrada golpe a golpe, con la música arrullando nuestros movimientos acelerados o ralentizados según la pieza seleccionada. Rosario Limón era quien elegía la música, yo me dejaba hacer. Yo la había elegido a ella, a Rosario Limón. Es un decir. No lo de la música. Lo otro.

Nuestros encuentros eran más bien silenciosos, a diferencia de las ruidosas relaciones que nos habían conturbado en hoteles con presencias policiacas —tan escandalosas que no sabías si la pareja en cuestión se encontraba en el cuarto vecino o a tres cuartos de distancia, daba lo mismo—. Preferíamos atender a la música, dejar que nos condujera, que nos llevara no de

la mano, sino con el cuerpo entero volando —los cuerpos, porque éramos, dos estábamos ahí— hacia el otro mundo que tan efímeramente y con absoluta fugacidad se consigue unos cuantos segundos, minutos, un rato.

Luego nos daba tiempo de vestirnos calmosamente. Bajábamos a la cocina y, si aún quedaba, yo volvía a comer ceviche, aprovechando que el resto de la familia seguía ausente. Ceviche de soya.

Una de esas noches, en la cocina algo se movió y no éramos nosotros. Rosario Limón puso la idónea cara de horror al distinguir una sombra parda que se escurría por los rincones de la cocina.

Un ratón.

De nuevo, mi destino, con el agregado de que yo no podía desmerecer ante los ojos de Rosario Limón y salir huyendo de su casa, dejarle el paquete a su señor padre o a sus hermanos, menos a su madre y a ella.

El exterminador medroso tomó una escoba y procedió a la cacería de la fiera. Hay que ser duchos y, en parte, calladamente histéricos, para acabar con la plaga, que busca ansiosamente esconderse en los rincones, que corre a mil por hora con el cuerpo pegado a las paredes; que si se encanija, en una de esas es capaz de saltar para atacar con dañosa desesperación, aunque esto es más propio de las ratas, con las que hay que andarse con mayor cuidado que con los ratones a la hora de endilgarles el palazo de ley.

Cosa que logré. Un ratón menos en este planeta. Despanzurado.

Rosario Limón puso ojos de extrañeza cuando le pedí alcohol y cerillos. De madera, por favor, solicité comedidamente. Hube de informarle acerca de mi intuición: había que cremar

al ratón, era la única manera de asegurarnos de que en verdad había muerto, a la vez que liberábamos su alma, en el caso de que los ratones y, a su vez, los propios humanos, tuviesen o tuviésemos alma o espíritu o cosa similar.

Rosario Limón me entregó el alcohol y por suerte sí tenía cerillos de madera, que me proporcionó con timidez. Me vio rociar generosamente el cadáver, previamente acercado a la coladera en el patio de su casa. Me vio aventar el cerillo de madera. Miró las llamas y cómo el bicho se iba haciendo charamusca.

Atendimos con respeto todas las fases del proceso de inmolación, la cremación. Al final, tiré ese carbón por la coladera abierta.

Rosario Limón y yo nos miramos un momento hacia los ojos. Siempre vamos a estar juntos, dijo mi voz dentro de mí. Eso dije, sin decirlo, a Rosario Limón.

No puedo recordar el color de sus ojos.

NUNCA LA MÚSICA

Sube, déjame perder esta autora de lo alucinante, tu piel que se extiende con tanto apretar de mis manos. Mis dedos se enroscan en tu cabello. Juega así. Permite esta entrada, el viejo acertijo de la posesión, en la que se disuelven certezas y se desconoce quién está contra quién. Sé todas las mujeres que habrá y las que ha habido. *Nunca la música ha cabalgado corceles más esbeltos.*

Vieras, es tan corto el tiempo que no da lugar a más extraños que estos repentinos y efímeros encuentros alrededor de tus piernas, concentrado en las partes más oscuras del resto de tu cuerpo, las que son como un relámpago que mancha las visiones, fugaces como tu aliento cuando toma el mío.

Haz posible este roce, provoca un agrio picor entre las piernas. Cuántas veces, en apresurado preparativo, me habría levantado hasta llegar a tu cama, durante la noche, con sólo el débil reflejo de la calle que entra por las ventanas, aunque sabiendo que no había que ver, sino llegarse hasta ti, adivinar tu cuerpo al tacto, hacer que te mantuvieras en un entresueño, con esa duda sobre si estabas o no despierta, jugarte con el recorrido de mi boca por tus esquinas y la piel, tu fuego, pretender el robo de tu calor.

¿Descubres cuánto tiempo terminamos por desperdiciar?
¿Por qué, para qué hemos de guardar tantos sacrificios, si hubiera bastado con tan sólo apurar este intercambio de roces?

Vamos a desaparecer del planeta, mejor es hacerlo de este modo, cuántos terminarán por morir en instantes como éste, en que se encuentra la única oportunidad de ofuscarse entre tus ángulos suaves, tu fuente, el agua que retoza en mí.

No eres tú solamente, sino aquellos que se aventuran por semejantes recorridos. Por eso tan simple, róbame cualquier vestigio de conciencia. Haz uso de oscuras artes mágicas para borrar otro antecedente que no sea tu cuerpo, el entrechocar de esta tu piel con la nuestra.

Sube a la altura máxima, ensártate, provoca esa incompreensión tan añeja y tan nueva que sabemos o percibimos como atisbo de algo que nos está sucediendo, algo que nos prepara hacia el olvido.

Sé todas, desde la colegiala de la que uno cree estar enamorado al acabar la escuela, hasta aquella del último instante. Roba, sí, este remedo de respiración, esta prueba falsa de que algo sigue sirviendo en los pulmones. Conviértete en la causa del acelerado bombeo de la sangre. Haz que la turgencia de mis partes se vuelva un peligro. Haz el predominio de la ausencia de colores. Voltea estos ojos. Que acabe. Acaba tú. Haz lo que se te dé la gana, no importa. Se ama lo que no se comprende. *Tus labios son hermosos, tu clítoris es hermoso, hueles a mujer. Cuando abres las piernas, el mundo comienza.*

LA CÓLERA DE AQUILES FRENTE A LA FARMACIA

¿Que qué tenía Aquiles contra los troyanos? Pues que los sentía demasiado gruesos, atractivos sólo para aquel que, además de llamarse Príamo, sufriera esa bendición bautizada como priapismo.

Que porque era muy mirmidón, Aquiles prefería los marca Gol, pero con eso de que Agamenón lo tenía muy limitado, no le alcanzaba el botín de guerra —aunque calzaba chico— y se veía obligado a utilizar los de tirita que reparte la Secretaría de Salud. Son los que portaba cuando iba a holgarse con la guedeja de Patroclo por atrás del templo de Apolonio, esquina el *téibol* de las vestales suicidas, a quienes no les gustaba usar ni los troyanos ni los Gol ni los de Salubridad.

NUNCA MÁS DE CUATRO

Los días aquí tardan demasiado y las noches son más largas que las piernas de ella. Sólo conservo una fe: ningún objeto debe rozar otro más de cuatro veces sucesivas.

Es fácil entenderlo. Por ejemplo, no se debe colocar la taza del café de nuevo sobre el plato, si antes no se la hace tocar otro objeto, otra superficie. Así con todo, nunca más de cuatro contactos seguidos.

Empero, quebranté esa regla. Lo hice, cegado por el centro del universo que se reflejaba en su ombligo, merced a las blusas de la última moda. Fue primero su vientre, luego el resto, la cara incluida, al grado que resté importancia al torpe maquillaje, exagerado —siempre lo supe— con el propósito de avejentarla.

Tuvimos cinco encuentros, obviamente, furtivos, clandestinos... y sucesivos. Uno más de los cuatro autorizados por la regla oculta del universo.

Al enterarse, ofendidos, horrorizados, sus padres pusieron el énfasis en los cortísimos trece años de su hija. A la autoridad también le importó demasiado la edad de la falsa niña. Nadie creyó en su hechizo, más bien inventaron una inocencia que ella había dejado atrás hace mucho tiempo.

No expliqué mi fe cabalística, la base de mi error —los cinco encuentros—, porque, además de castigarme, se habrían

burlado soezmente de mí. Ya con el odio y sus ganas de matarme y ajusticiarme era suficiente.

Por eso, aquí los días tardan mucho en acabarse y las noches son más largas que sus piernas y su talle, mientras yo mantengo una única convicción: nada debe tocar más de cuatro veces a nada. Ésa es la verdad y no el fetichismo de sus trece años.

EL CONEJO AZUL

José viaja en tranvía. Podría hacerlo en camión, pero prefiere al primero. Recorre el par de cuadras que separan la escuela y la nueva estación. La calle está empedrada y da a una avenida de asfalto con camellón empastado y árboles maduros y añosos.

José sabe en qué sitio colocarse para sentir la caricia del sol. Descubre la inmensa bola de fuego allá muy alto; hoy las nubes se fueron a descansar y permiten que la gala del día sea un cielo extendido con un tremendo color azul. Por algo es un color con identidad propia. No es gris, no es pardo, no es café ni amarillo y sólo por las tardes se mancha en el extremo donde rojizamente se va ocultando el sol.

Es azul cielo y se mueve al ritmo marcado por los pasos de José, lo va siguiendo esa cubierta protectora del universo. Porque el cielo sigue a los niños, es compañía cuando han acabado las clases y se retoma por enésima ocasión el camino hacia la casa, al encuentro con la madre, la mesa puesta, vislumbrar una tarde para inventar el mundo en lo que anochece.

La vida se resume en los pasos cavilosos de José rumbo a la estación del tranvía. Cuando empezó a ir a la escuela, la estación del tranvía estaba cruzando la avenida y parecía toda una terminal de ferrocarril, con sus vías interiores en línea ovoidal, un jardín en el medio, paredes con el eco de la fricción de las llantas de metal. Afuera las señoras vendían tacos y dulces, ¡de

a veinte centavos!, pagaderos con esas monedas de cobre con los relieves de una pirámide y un sol en una cara y, en la otra, las históricas águila, serpiente y nopal.

Es ahora una estación solitaria, abandonada a sus viejos recuerdos. Alguien decidió reducir el recorrido y el tranvía no cruza más por la avenida, recortó su camino y llega desde hace tiempo a una curva donde se detiene para la transición de fin de ruta e inicio de un nuevo viaje.

A José le tocó esa transformación, sencilla aunque definitiva, porque el viejo paradero se ha quedado como muestra de un pasado muy reciente, el de los primeros años de escuela de José. Para él la imagen, la realidad del tranvía es tan cotidiana que no se imagina que pueda llegar un día en que la gente no sepa qué es o fue eso, un tranvía.

Un tranvía es un tren eléctrico del tamaño de un autobús, de convicciones firmes pues sigue siempre una misma vía, sólo cambia de ruta en alguna intersección y en lugar de ir hacia Tlalpan, enfila hacia Xochimilco o Taxqueña. En esta última se ubica la grandísima terminal del Metro, ese gusanote color naranja, kilométrico y también de ideas fijas, porque se detiene en cada una de las estaciones que no hace mucho fueron inauguradas. Eso es progreso. A José le gusta más el tranvía, que es civilización.

El ruidoso tranvía, con un chaca que chaca urbano y amarillo, con el operador que dicta la velocidad empujando una palanca o pisando el freno, luego de cobrar a los pasajeros la cuota de centavos que les da derecho pleno a ser transportados. Es barato, pero nunca faltan muchachos que se suben al borde posterior del vehículo y viajan de *moscas*. Algunos maldosos llegan al atrevimiento de jalar el cable que conecta con la línea aérea de energía; de manera fatal el tranvía suspende su viaje. El operador,

enfurecido, desciende y corre hacia atrás para ajustar cuentas a los mozalbetes, que ya van muy lejos, patas para qué las quiero, es imposible darles alcance.

José va acercándose a la nueva estación del viejo tranvía. Con su mochila al hombro, pensativo en su deambular fijo, seguido por el cielo y, en este día, por la luna. ¿Luna de día? Tiene una remota idea que explicaría ese fenómeno de aparente sorpresa, pero no es su fuerte, referir que en ciertas temporadas del año la colocación del sol respecto a la luna hace posible la aparición de ésta en pleno día. Lo concibe como un hecho mágico, una de las tantas cosas que no necesitan ser explicadas, sino aceptar simplemente que existen y sirven para bien, en este caso para saludar, como siempre, a ese viejo amigo conejo dibujado en la panza de la luna.

Mientras espera la llegada del tranvía, José aprovecha para mirar hacia la tienda azul protectora de la Tierra y hacia ese conejo en luna vespertina. Se siente dueño de un destino propio, con autonomía de vuelo, porque antes de año y medio concluirá la primaria.

Su padre lo llevaba a la escuela por la mañana y regresaba por él a la tarde. Eso cambió, porque si bien el padre continúa llevándolo a la escuela por la mañana, el retorno a la casa es responsabilidad del hijo. José decidió que era una tarea personal e individual. Va solo. Un niño anda en la calle. Se instala en una rabiosa necesidad de independencia, de mostrar que se las puede frente al mundo, así la prueba sea nada más regresar a la casa después de clases. El cielo y el conejo están allá arriba, velos.

Se forma en la fila. Llega el tranvía. Chirrido de ruedas de fierro al frenar. Suben, uno tras otro, ordenaditos, los pasajeros del mediodía.

Alcanza asiento. Se viaja más cómodo, en especial si es junto a la ventana. José conoce la regla de ceder el sitio a señoras embarazadas, señoras con niños pequeños o nada más señoras, y ancianos. Generalmente cumple con esa consigna, aunque hay tardes en que preferiría no hacerlo, sea por cansancio después de una agitada jornada escolar o por ver el paisaje de la ciudad, un ejercicio libre y sin obligaciones, movido por el deseo de recorrer con la mirada a la gente en las calles, las casas, las tiendas y las tlapalerías y las iglesias, lo mismo de todos los días, la repetición de idénticas imágenes, con distintas personas. Estar junto a la ventana es más divertido, sobre todo si se levanta el cristal y se asoma un poco, con prudencia, la cabeza o la punta de la nariz, sintiendo el golpe del aire cambiante por la velocidad del tranvía.

Allá arriba, el cielo y la luz por doquier que entra más rápido que el aire mismo. La gente por las calles y los edificios que comparten el viaje; se los supone inmóviles, pero José piensa que es él quien no se mueve y la calle es la que acelera, el tranvía está fijo al suelo y el exterior es lo que se está moviendo a velocidad pasmosa.

Pone la mano derecha en el borde inferior de la ventana abierta. Sucede lo que nadie esperaba, menos él, sorprendido mientras forjaba sus sueños de colores cambiantes. El chaca te chaca del tranvía lo provocó y ocurre un cambio en el cosmos de José: la ventana decidió cerrarse sin avisar a nadie.

Zap o paf o crac, se oye. Los dedos de la mano derecha de José quedan prensados de mala manera por el metal. Hay testigos, sobre todo mujeres, señoras que fueron por sus hijos a la escuela. Ponen cara de susto, de horror, cara de *pobre niño* y el niño no acierta, en breves segundos, a reflexionar ni a dolerse siquiera por lo ocurrido. Es muy rápido, aunque le quede la idea

de que fueron horas y días con los dedos atrapados por el filo metálico de la ventana.

Ahí están, si hubiese sido la cabeza tal vez habría sido guillotinado, pero fueron los dedos, qué suerte que no volaron en trozos hacia el suelo, hacia las vías del tren en su modalidad de tranvía.

Mayor la pena que el dolor, reacciona levantando él mismo la ventana, antes que cualquiera de las señoras u otro samaritano le ayude a liberar la mano. Está rojo como atardecer, de vergüenza por haber atraído la atención de una tercera parte de los pasajeros.

Pobre niño, dice una señora. José enrojece más que la gota de sangre que le salió de uno de los dedos. Se espanta porque le quedaron al revés, con la marca de la ventana como diente-cillos de una fiera que lo hirió. La mano sana los endereza uno por uno.

Rojo de la cara, rojo por la sangre en una cortada, se levanta y camina por el pasillo, tratando de hacerse invisible, y pide la parada, sin fijarse que está a más de cuatro cuadradas antes de su casa.

Baja solo, dolido de una mano y asiendo la mochila con la otra. El tranvía se aleja. José recupera su color, el bronceado de una cara hecha al contacto permanente con el sol y con la luna. Se va caminando por entre las piedras y los durmientes de la vía, rozando el pasto salvaje que crece en medio del eterno viaje de los tranvías.

NUNCA LA LUZ

Helo aquí, a mi lado, pretendiendo avasallarme en este intercambio, sigue la vieja ley que hoy se modifica, porque estoy aquí, amorosa, colaborando en hacer este nudo, a sabiendas, como tantas veces, de que alguien vendrá a desatarlo.

Él es todos los hombres que han sido y puede enredarse en esta cabellera, en estos rizos oscuros. Meterse por los recodos, confundirse contra la piel, ahogarse en tanta humedad. Yo estoy aquí y, al mismo tiempo, sueño como lejana ausencia. Esto no es pensamiento, sino discurrir los tactos por un río imposible. Tener su aliento atrapado, las pieles untadas, brazos entrelazados. Esto no se explica, ¿acaso el filo del diamante busca una razón a su existencia? Esta actividad febril, el ritmo cambiante o acompasado se pierde como animal entre cañaverales. Él entra, se deja absorber por mi cuerpo. No hay tal avasallamiento más que esta violencia del contacto.

Los dedos sirven para más que dar caricias. De repente, jugueteos, van más allá de lo que suele permitirse y entran por resquicios inexplorados, en ambos casos. Animal raro éste de dos cabezas que se hacen una y tantas extremidades que, por chocar demasiado, no servirían para caminar otro terreno que no fuese este lecho. Lluve encima de él, alrededor de él. Entre tantas marejadas, ir y venir de inundaciones, órganos o músculos turgentes, a punto de explotar por efecto de la sangre, fluidos

bombeados por ocultos órganos, instrumentos vivos aunque discretos, que funcionan sin que nadie sepa en qué parte del cuerpo están alojados.

Sigue este ritmo a golpe de diapasón humano. Caballos de vapor, mil. Pobre corcel, hay que reventarlo a fuerza de galope. Con él vaciar el espacio que nos separa de llanuras abisales. Caballito, di que podrás explotar, que en los próximos segundos se detendrá tu músculo cardíaco y que te ahogaré con tanta agua que salga de mi cuerpo. Corcelito, no detengas la velocidad y la fuerza que imprimes con tu fuelle, mientras mis muslos se aprietan a tus riñones, apresan tu respiración de tan ajustados como están. Caballito salvaje, continúa con ese galopar.

Fui todas las mujeres. Atravesé el momento en que no hay diferencias entre nadie. Se es una mujer. Llegué a extraviar miradas y remedos de ideas. Caballito, los ojos se tornan estrábicos por dentro. Blanco. Ése es el color, su ausencia. Cuando todo te está cercando en la parte superior de la ola, a la que llegaste con tanto trabajo, tanto esfuerzo rítmico. Dame eso al galope, caballo, conduce semejantes deseos que hacen reventar las venas, que entumen, reaprietan los muslos, causan esa placentera sensación de estar como mujer que hace poco parió y está dando la vida a quien la beba de sus pechos.

Corre, que soy el jinete avezado y has perdido la oportunidad y quedas en mero siervo, tú, que creías que iba a suceder lo contrario. No en este momento en que te veo solitario allá abajo, tus belfos mordisqueados por mí y por ti los míos, por ambos los de ambos, caballito. No detengas este empuje que me traspasa, como aguja introducida a mi vientre por canales eternamente desconocidos. Sigue la serie de relojes internos cuyo tic tac terminará por adormecernos. Juego así a abrazarte, con

estas manos, piernas, envolverte con la cabellera y quemarte la respiración. La piel es útil para dejar mensajes cifrados, no me importa sumar una cicatriz más a las antiguas que recorren tu cuerpo. Por algo tu espalda debe servirte de coraza ante el paso de mis hirientes uñas. Un poco de sangre por allá, otro mordisco en tu hombro. Sólo porque no sabes detenerte y porque con una maravillosa mano te apoderaste, adentro que estabas de mí, de otro órgano, perceptible sólo al tacto, que se halla hinchado por un juego más de la sangre. Manipúlalo, contigo dentro de mí. Pasa ese placer por las ramificaciones nerviosas que atraviesan este cuerpo, escoge una sola punta. Crea mi resuello. Róbame un poco el aire. Aduéñate. Detén el tiempo, no te detengas tú, tus manos y tu boca. Pinta esta mirada con colores dispersos. Haz que vuelen más estrellas. Entra. Sigue ahí. Recibe esta presión interna y circular. Inúndate, ahoga tu respiración en esta ola gigante, inmensa, de vientres que chocan, pechos que se abren camino a cada roce, a cada regreso. *Nunca la luz ha cabalgado corceles tan esbeltos.*

CERCA PERO NO TAN LEJOS

Todo depende de un movimiento. Ligerero como la brisa producida por un parpadeo o pesado como el trascabo que de una sola palada hace el hueco donde cabe un estadio. El movimiento decisivo es de magnitudes variables, a veces sin volumen, pero siempre está enfilado a transformar vidas enteras, de un país completo, de un quasar de existencia fugaz para las alturas del monte Palomar, de un niño con autismo o para la comunidad de bacterias de sociedad organizada que habitan en cada grano del diente de león que acabas de soplar.

Un movimiento marca la diferencia entre la muerte, el desaparecer, cuando se va bajando por la cuesta de una de tantas carreteras; tal vez la diferencia sea el volantazo que da en el último momento un conductor hábil o la maniobra omitida por un chofer distraído. Los cirujanos tienen clientela por su fama de profesionales en los movimientos precisos —una incisión que rebase el milímetro de distancia entre el bisturí y un nervio desfiguraría caras o provocaría parálisis por el roce metálico a la escondida médula espinal. Otro es el movimiento, pero movimiento al fin, que hace al anfitrión derramar un poco de licor fuera del vaso, de modo tal que concede al invitado la oportunidad de mitigar la dosis de alcohol en la sangre y así procurar el viaje sanos y salvos hacia el hogar —¿en qué etapa del periplo por el coctel se encuentra la división entre la embriaguez y la semisobriedad?

Algo se mueve en tu interior a diario cuando logras desconectarte de la vigilia y te enfilas al sueño, a estar dormido y descansar, recuperarte de los estragos causados acumuladamente por las sustancias volátiles, líquidas y sólidas que se introducen por los orificios abiertos en el cuerpo. Al menos se trata de un fluir de sustancias químicas, la conexión de un par de neuronas con crecientes defectos conforme pasan los años.

La presión del dedo sobre el botón de avance o el de retroceso en el control remoto de la televisión implica la voluntad de modificar el panorama de la pequeña pantalla y saltar de un canal a otro en la madrugada, para ver nada más que fantasmas del pasado. ¿No se están moviendo músculos y huesos cuando el homicida empuja el gatillo de un arma?

En el acto amatorio, mucho está en juego por la forma en que se mueven sus participantes. Uno es hijo o hija de un hombre dependiendo del empuje con que éste haya eyaculado dentro de la futura madre; la aportación de ésta significará algún ajuste a los ojos y corpulencia del hijo o hija, si da algún salto o sube agitadamente una escalera, pues el vaivén influirá en la fuerza de los mínimos espermatozoides en su camino y su lucha rumbo al óvulo, para penetrarlo y hacer realidad, de nuevo, el antiguo milagro de la concepción, con hombre y mujer de por medio.

Mientras tanto, cambia una y otra vez los canales de la televisión, en la oscuridad apenas manchada por los neutrones en bombardeo de la retina desde su plataforma de expulsión, el cinescopio armado al alto vacío.

Pasa las noches en ese juego de transformar la realidad mediante la ligera presión sobre los botones indicados, hacia atrás o hacia adelante y nada más por las ganas de ver a los fantasmas detrás del vidrio. Así hasta que uno de tantos cambios agota las reservas de la vigilia y, cansado, termina por arrastrarse hacia

la cama, donde duerme su mujer desde varias horas antes. En los momentos previos a ese agotamiento total, descubre a sus hijas en el vuelo tranquilo durante el descanso real al que los niños tienen derecho.

Cuando por fin se acuesta e instala su cabeza sobre la almohada, el efecto mágico del cansancio desaparece y comienza el sufrimiento de una vigilia en renovación, que lo obliga a dar vuelta tras vuelta encima del océano que es esa cama. No tiene la oportunidad de cambiar la sintonía del canal, ni siquiera de fumarse un cigarro en la oscuridad, por el temor de provocar un incendio con alguna brasa confundida en los colores chillantes de la colcha. O teme incomodar a su mujer, que duerme, sólo duerme...

En algún momento y sin que se dé cuenta, ha empezado a dormir. Ocurre así todas las noches. Lo difícil es despertar unas pocas horas después, nunca las suficientes, cuando la luz entra al llegar el día, la mañana.

Podría enumerar la serie de preocupaciones que le alteran hasta impedirle el sueño grato, el sueño a secas. Sería más amable la preparación de mecanismos para hacerlo dormir tranquilo. Ponerlo a dar una caminata antes de acostarse, de modo que con un fresco agotamiento se sumergiera en las profundidades del colchón y se desconectara con prontitud y estuviera roncando, descansando.

También podría eliminar malos, pésimos hábitos como el de fumar. No llegaría con los nervios tensos ni su corazón tendría que esforzarse tanto en el bombear la sangre. Estaría un poco más calmado —si se quiere, un mucho más calmado— y se acostaría con la dosis de cansancio normal y nada más. Fuma demasiado. Lo ha hecho desde que pasó por la facultad, a pesar de que había rebasado el riesgo de adquirir el vicio durante la

secundaria o la preparatoria. Lleva más tiempo como maldito fumador que en el ejercicio de su sexualidad. Por eso su ronquido no es limpio, más bien parece un resuello; no se ha dado cuenta de que se coloca en posición de boca abajo, de pecho a tierra o pecho al colchón, y como está dormido tampoco se da cuenta de que inventa un rincón en el cual atrapa el aire que tanta falta le hace. Y eso que apenas va a cumplir los treinta años. Está vivo.

¿Quién levantó en la arena los muros y los vidrios de estos hoteles? ¿Fueron los famosos obreros de Tebas o una mano del lado del prodigio? Las ideas arquitectónicas provienen de los restiradores de arquitectos en Oregon o Chicago, de los programas de sus computadoras, siempre desde allá. Quienes levantaron estos edificios —captados por la ventanilla del avión hacen una pequeña franja de colores entre el azul brumoso del océano y el verde grisáceo de los cerros— fueron nativos de la región o quizá ni siquiera ellos, sino un ejército de albañiles venidos de otras partes.

Los hoteles constituyen una zona reservada. Sería más fácil acercarse a la playa viniendo del mar que a través de los varios lobbies y su cauda de botones malhumorados. Tal vez no sería tan fácil, pero resultaría más efectivo en tanto no aparecieran los guardias de seguridad de los hoteles para expulsar a los intrusos.

Tiene autorización para hacer uso de todas las instalaciones del hotel. Una cinta azul de plástico abrochada en su muñeca derecha le presta la identidad de huésped, lo iguala con los demás turistas, incluidos esa gran mayoría de extranjeros que han invadido todos los rincones. No sirvió su estrategia de apartar sus vacaciones para la temporada baja, pues olvidó que más al Norte del planeta continúa siendo invierno y que esas hordas

con gran poder adquisitivo, si así lo querían, como era evidente, terminaban imponiendo su hegemonía al grado de que en tres días de estancia, sólo había escuchado hablar en español a uno que otro empleado del hotel, contra decenas de huéspedes anglo o francófonos.

La joven pronunciaba interjecciones en inglés. Si estaba recitando de manera intermitente fragmentos del discurso en Gettysburg, el efecto era el mismo para los oídos profanos: la muchacha emitía interjecciones en un idioma exótico, poco parecido a lo que suele escucharse en el cine o en las películas subtuladas de la televisión. Esto faltaba en los parlamentos de la gringa: las letritas en la parte inferior de la pantalla, donde además se veía al estúpido muchacho de hombros amplios que la sostenía en el idiota juego de hacer acrobacias para retrasados mentales a la mitad de la alberca.

Dirigía la mirada hacia la pareja. Esa tarde había asumido el plan cínico de seguir enjaretando a su esposa la labor de vigilancia de su par de hijas, que intentaban no ahogarse en el chapoteadero. El pretexto era su cansancio, después de meses de aturdimiento en tanta actividad burocrática. Se estaba recuperando, pues ¿para qué eran entonces las vacaciones, sino para olvidarse de la oficina, de sus sinsabores y de la permanente presión de la rutina sedentaria?

Le habían surgido complejos de extrañeza frente al gringo porque éste no nada más hablaba inglés, sino porque también se apoderaba del ambiente. Al gringo no le hacía mella saberse en otro país, porque los hoteles están hechos y funcionan a la medida de sus hábitos y necesidades. Un gringo se sentiría más raro en la Florida copada por los cubanos. Aquí se halla en su elemento, comunicándose incluso con los lancheros que hablan inglés con idéntica dicción a la de su español costero.

Se hastía por tanta estulticia. Ese gringo no aquilata el tesoro que lleva encima de sus hombros. Una joven en el comienzo de la plenitud. Debe tener entre dieciséis o dieciocho años. Es hermosa porque *es*, porque así fue generada en el receptáculo de sus padres, configurada así desde la parte genética, genital. El tiempo que lleva en el hotel al lado del mar y debajo del sol le ha coloreado el cuerpo, en especial sus arrobadoras mejillas. Parece de verdad.

El muchacho se ve fornido, de una manera que hace pensar en una espalda ensanchada a base del ácido olor de los sudores en el gimnasio. Impensable que tal fuerza la haya obtenido levantando pacas o devastando leña; su corpulencia es artificial, brotada de aparatejos que, si mal usados, pueden desgarrar los músculos.

La intención del gringo no es seducir a la muchacha. Algo falta a su roce. Todo es demasiado sano. Y tan idiota. Jugar a lo güey —piensa— al elevarla una vez y otra sobre sus hombros y dejar que ella salte o intente saltar, para que acabe adentrada en la alberca, profiriendo ambos incomprensibles interjecciones.

Si tuviera a la mano semejante compañera, en la plenitud de la carne, aun estando dentro de la alberca se le mantendría pegado, como sello postal. Por debajo del agua la estaría palpando, abriría un camino hacia su intimidad por entre los pliegues del traje de baño y jugaría con ella, con su cuerpo. No pasarían más tiempo en la alberca, la conduciría al escondite del cuarto del hotel para no salir durante muy largos ratos. Ah, empezaba a creer que la juventud sólo es conseguible o renovable mediante el inveterado recurso de acostarse con mujer joven.

El gringo se aburre del juego e invita a la muchacha a reintegrarse al sector de la alberca ocupado por la amplia mayoría anglosajona. Se van con esas caras de inocencia tonta. El deseo

que podría desfogar en tan joven cuerpo, tan bien formado, tan bello, nuevo además, inocente tal vez —se prejuicia: ¿es posible que una gringa siga siendo virgen a esa edad?—. Todo por chuparle la juventud.

Se fastidia, hostigado por las condiciones del desencuentro.

No es el único que está viendo a la adolescente. En el quinto piso del hotel se traban los reflejos de unos binoculares. Detrás de ellos, la silueta de un hombre. Un desarraigado, alguien que va a volar del mundo antes de lo originalmente programado. Espera, no sabe por cuánto tiempo más.

Si él no es el único que ve hacia la alberca, tal vez se trate de otro muy distinto y tan igual, aunque con una ligera mala suerte, pues se encuentra decidido a dejar una mala, pésima huella de su tránsito mundano. Deprimido aun en la mitad de los jolgorios, de las íntimas orgías de lo que le queda como cuerpo y como corazón. Cada día se le va escurriendo su capacidad de mantenerse vivo. Baila pesado, inevitablemente ido, así se halle trabajando en esa actitud de apariencia festiva. Dejó atrás las posibilidades fallidas de sentirse enamorado —si es que cabe la mención a esa circunstancia, ahora triste y rebasada—. Sólo piensa en cómo darle gusto al cuerpo para aniquilar todos los organismos posibles, vía infestarlos de microbios o, con mayor exactitud, de virus, temible temor del fin del milenio, el miedo creciente porque es real y tangible en sus análisis de glucosa, de glóbulos, de la incertidumbre desvanecida cuando un facultativo le dio la mala noticia. Usted ya está muerto, usted ya se murió, chupó faros, *kaput*, *over*, *run out*, porque en el laboratorio alguien dijo preciso la versión castiza de la frase célebre *eureka*: otro más infectado, otro condicional del vectorismo que mordeará la tierra desde fuera, y al conocer la noticia supo que era

como ser enterrado vivo y que su propio cuerpo era el ataúd, con rumbo a la desaparición, a la extinción, desvanecerse como ya le había ocurrido.

Al saber de eso y sentirlo escurridizo como un ratón en la alacena, quiso hacer aquello tan mal visto por los miembros del conglomerado humano y esto porque no se les ocurría —ni a él mismo— una forma más despiadada de venganza, de frustración a contracorriente, para seguir vivo, ser inmortal a través de una extensa hilera de muertes y perjuicios aun a los que todavía no hubiesen nacido, pero cuando lo hicieran ya iban a estar tan tocados como las agujas hipodérmicas desechables en un sexto turno de atravesar las venas de varia gente.

El camino hacia los últimos alientos fue clareando con una luz: hacerlo con una patente intención de patriotismo, de estar haciéndolo en homenaje a la inasible nación. Nadie de los seleccionados sería coterráneo suyo, el requisito indispensable iba a ser que se fijaran en su memoria táctil y auditiva sombras extranjeras, exóticas, verdaderamente de fuera —con la lengua de fuera—, se sonrió, acaso en la vez última.

Perdió el piso. Debía despedirse de manera anticipada a lo que hubiesen proyectado las estadísticas respecto a personas de su edad. Efecto de la mezcla de mucosidades, los rozados trozos de piel, los órganos llenándose de sangre para simular el nacimiento de un ser y esta vez no hubo ser, sólo la ausencia adelantada.

¿O fue que alguien le dio un mal pinchazo? ¿Se rompió el hule durante un pinchazo? De cualquier forma, se está yendo de todo lugar. Mientras tanto, a ver a quién puede incluir en la leva.

Tiene por seguras dos cosas: el pasado y la inminencia de su muerte.

Vendió todos sus haberes e inventó personalidades falsas a fin de solicitar créditos para un fantasma: él. Y se fue el mar. El viejo mar, donde las teorías dicen que se inventó la vida.

Cuando tiene sueño, empieza a dormirse mirando con ese rumbo, desde las atalayas que son los cuartos en los pisos elevados de los hoteles. Se ha convertido en turista de tiempo completo, preparando una próxima travesía de ser errante. Tiene sueño y no atina a diferenciar si es por cansancio vulgar o por los efectos de un mal proceso de colonización de sus restos corpóreos. Se dedica a su oculta acción de buena esperanza, preparar a morir a la gente. Siempre son extranjeros. Puede tratarse de hombres o de mujeres, no discrimina más que por la edad, pues cuando son menores de veinte años no intenta nada, los esquivo. Tienen que ser mayores y dejarse seducir o creer que lo están seduciendo. Se deja poseer o los posee. Todo en aras de que se inmortalice en la causa de las muertes de otros, a fin de cuentas desconocidos cuando se despierta y los ve a su lado, en la cama de su cuarto o en la de ellos, sin acordarse siquiera del nombre de Carol, Wilson, Joyce o Saskatchewan que le hayan musitado a lo largo de la noche, durante la maravilla de hacer el amor en español, se entienda o no cuando él diga groserías, humille verbalmente a la pareja de ocasión. O sea un sujeto que no sólo salió de la oficina sino del clóset y que no tuvo reparos para un encuentro veloz en un baño de hotel.

Por eso utiliza hules trucados, que se rompen con los repetidos roces y estropean la necesidad de asepsia de la pareja, a veces tan santiguada que, si se pudiera, daría besos con los labios protegidos por un tapabocas hospitalario. Él impide o mengua cualquier propósito de que esa noche ocurra una simple relación sin riesgo, de seguro sexo, sexo seguro. Hace que la compañera o compañero se avasalle a esa manera cruda de

relación, sin redes que protejan, más que el mero azar de que no les toque su turno mortífero, pero él está buscando que de ese contacto de vida el resultado sea la perdición, no moral, sino de forzosa desaparición, a futuro. La única luz posible será cuando él no pueda tenerse en pie y se le vea tan francamente enfermo que no atraiga siquiera a una maestra de pueblo de Arizona o de Kansas. Dentro de meses, días, semanas, lo único seguro y cierto serán el pasado y la inevitabilidad de que morirá de manera anticipada.

CUIJE

En los cuartos de grandes hoteles con profundos cimientos, a la orilla del océano Pacífico, las parejas se sorprenden y se asustan al descubrir en la pared un animal pegado al rugoso yeso o semioculto entre las cortinas.

A quien tenga una medrosa imaginación, le parecerán peligrosos lagartos, mínimos godzillitas. Son meras lagartijas. Reptiles al fin, provocan raudas llamadas a la administración del hotel, a la que se pide ayuda por semejante intromisión, la de *un salvaje animal* que se ha entrometido en la dicha del escondite playero.

No atiende el caso el gerente, sino que suele hacerlo un ayudante o, con frecuencia, una de las mujeres del aseo, de las que cambian las sábanas y ruegan que nadie, ningún huésped se vaya llevándose una toalla del hotel en la maleta, porque dice la leyenda que se las cobran a ellas, las mujeres de uniforme blanco, azul o rosa en tonos pastel.

Sea quien sea el que suba a inspeccionar el cuarto, voltea hacia la parte donde los huéspedes apuntan; observa y define de qué animalejo se trata. Con la displicente actitud de los que combinan su tropical indolencia con cierta crónica sinusitis producto de la permanente exposición al aire acondicionado, el empleado o empleada termina diciendo:

Es un cuije.

Y por decir eso da a entender que no existe el problema, que en la pared blanca no hay nada, nada más que un cuije y que nadie debe preocuparse.

Ni siquiera el cuije está preocupado. Tiene tiempo de sobra, consciente de que sobrevive porque ningún huésped, por desalmado que sea, dañaría a un animal que de repente aparece pegado a la pared en un cuarto de hotel de playa. Siempre es preferible llamar a la recepción.

El cuije, animal sabio, simplemente prepara su estrategia. Dormita en su peculiar escondite de cortinas o de pared en que disfraza el relieve grisáceo de su reptilínea piel.

Cuando una pareja entra al cuarto y empieza a ejercitarse en las artes del amor, el cuije despierta.

No lo ven —el cuije está oculto—, mas él observa. Cata actitudes, revisa vigores. Percibe intensidades, palpa preparativos, registra experiencias y el rubor que sube y se desvanece, hinchazones palpitantes y al último perdidas.

Espera a que la pareja agote sus ansias. Sólo entonces el cuije, ya entrado en calor, decide salir de la habitación, busca algún resquicio para su estampida individual y a su calor interno va sumando el de la temperatura ambiente, hasta llegar, con cierto frenesí y a toda velocidad, al nido donde lo aguarda con amorosa expectación la cuija. Y en ese momento es cuando gozan los dos, cuije y cuija.

LA TRISTEZA DEL HOMBRE INVISIBLE

Mármol. Pisos y paredes de mármol, mármoles gélidos en un suburbio de por sí congelador, sede de casas de nuevos ricos, de aquellos que con mover un dedo pretenden dar una orden a la servidumbre doméstica. Hay frío por estar la zona alejada de la ciudad, a campo abierto, diríase; aquí es imposible vivir si no se tienen dos coches, más coches, y un número cuantioso de celulares, entre otros artefactos de acercamiento a la urbe.

De mármol es la chimenea, en una región donde los arquitectos han abandonado el buen sentido y, emulando modas foráneas, prescriben el uso de piedras blanquizas, álgidas, en vez de usar los materiales del lugar, maderas, por ejemplo. En el hogar arde la madera y el olor de la resina de los pinos se mezcla con el de la carne achicharrada. *Algo* pudo haber sido arrojado al fuego. Llegadas por pedido telefónico, quizás sean restos de hamburguesas los que estén cocinándose a las brasas.

Ya no veo al hombre invisible. Más adecuadamente: ya no siento al hombre invisible. El hombre melancólico.

Una voz había salido del aire, volando junto con un aliento feroz y un clamor de auxilio, de ayuda en serio, para acabar con sus sufrimientos. Mi consultorio parecía normal, pero no: se percibía su rara presencia entre la puerta y el metro de cercanía al sillón y los aparatos.

—No se asuste —dijo la voz.

El susto se justificaba. La voz salía de la nada, apoyada por un hedor malsano. En mi consultorio ocurrió mi primer encuentro con el hombre invisible.

Nadie me interrogó sobre cómo demonios alguien pudo haberse hecho invisible, voluntaria o involuntariamente.

Sabemos que en Tabasco se identificó un radical cambio en la piel de sus habitantes, modificación llevada al extremo genético, que de seguro tenía que ver con la permanente lluvia ácida producto de la explotación petrolera en pleno mar, en plena selva.

Sabemos que en la ciudad la carga de plomo en el aire, en el agua, en los alimentos, ha acrisolado los débiles organismos de niños y adultos; nuestra sangre está infestada lo mismo de zinc que de plomo, da igual.

Créase que por un desfiguro cualquiera, una variación de cromosomas, el exceso de agentes cancerígenos o por cualquier desconocida razón, ha llegado a existir un hombre invisible, de carne que si se achicharra lo hace o lo haría de idéntica forma que los restos de una hamburguesa.

Soy dentista, soy odontóloga, soy estomatóloga. Y escuché, hace varios meses, una voz acre emanada del aire en un espacio de mi consultorio.

Ese hombre había perdido la consistencia visual. No era más tangible ni mesurable que el imaginario social, pero al tocarlo se hacía patente que sí existía, que era concreto y que hablaba y sufría.

Tenía pelo y sudaba perlas de agua salada cuando debía arrastrar su ánimo encima de la cubierta del sillón. Se bañaba, sin evitar impresiones de pestilencia a su alrededor.

Su pulso se vencía por la tensión de los nervios y tendones al escuchar la fresa sangrienta, acuosa. Sucede a todos. Al cirujano dentista no porque es su chamba, para eso se preparó y por eso no sabe de misericordias. De otra manera no podría atender a ninguno de su lista de pacientes, gente de podrida boca, digestión alborotada.

Confesó ser mayor de treinta años pero menor de cuarenta. No especificó nunca la razón de su invisibilidad ni dijo mucho de su anterior vida, cuando compartía con el resto de la Creación las cualidades físicas de los cuerpos opacos. Habló en cambio de su modus vivendi en cuanto a hombre invisible.

Había desaparecido un día del mundo manifiesto. Desapareció, se esfumó y hubo de andar desnudo; habría sido hartó incómodo circular en la forma de un pantalón, una camisa, una chamarra, un par de zapatos y un par de calcetines deambulando por la calle sin que se distinguiera dentro de ellos un cuerpo humano. El hombre invisible debía de sufrir inclementes fríos, sin contar lo insalubre del pisar un pavimento polvoso o húmedo de chicles y salivazos que hollaban la planta del pie hecha callo, pie de llanta de avión. No le quedaban opciones.

Acostumbraba dormir en mueblerías o en la sección de camas de algunas tiendas departamentales. Identificó la estulticia y el pavor de veladores sorprendidos ante el encuentro de camas revueltas que despedían calor humano. Para evitar sospechas, cambiaba con regularidad de sede nocturna y tenía que esperar a la madrugada para que no hubiera problemas.

De día, a pesar del frío —lo mismo en temporada de invierno que de verano— se lanzaba a las calles. Se convirtió en peatón, aunque a veces se arriesgaba y subía a coches con un conductor solitario. Por esa costumbre, en varias ocasiones hizo

sonar la alarma del coche abordado, pues abría impensadamente la puerta apenas el dueño se alejaba unos metros del vehículo. Si se mantenía como peatón, debía ir con los ojos bien abiertos, para no chocar con nadie de la muchedumbre que luego se apeltona en las esquinas o a la mitad de las aceras.

La nutrición no era dificultosa. Lo más sencillo era introducirse al calor de una cocina de restaurante y picar de los platillos que los cocineros y sus pinches preparaban. La invisibilidad se presta a la discreción.

El hombre invisible es —o era— *voyeur*. Penetraba los círculos de intimidad familiar, espiaba parejas, les echaba porras mentales. Su preferencia era observar a mujeres guapas, en la soledad del gabinete. Tenía por buen gusto el concentrarse en los hogares de los burgueses y descubrir la belleza profunda de las adolescentes, a quienes apreciaba en todos sus contornos mientras se despojaban de la ropa. No puede decirse si incurrió en perversiones o en abusos, aunque estaba consciente del escándalo y debacle moral posibles si hubiese intentado ultrajar a una atónita mujer, incapaz de comprender la sensación de violencia sobre su cuerpo, aunque sin ver nada.

Hubo una parte política. El hombre invisible dio información confidencial a partidos de oposición, para que parlamentarios de estas agrupaciones denunciaran en la tribuna legislativa —y con rotundas pruebas— a funcionarios del régimen, e hicieran caer al gobierno, a pesar de lo agarrado que estaba. El hombre invisible colocó notas anónimas en los escritorios de varios dirigentes partidistas, en las cuales había información derivada de estancias clandestinas e indiscretas en ámbitos del poder; con esas pistas, con datos precisos, tajantes, con tales secretos fueron comprobados irregularidades, abusos, fraudes, desfalcos; se hicieron denuncias, se realizaron purgas, se violentó al

país, vino la crisis política y un cambio del que no se recuerda otro semejante en la historia de la nación. Lo que prueba la ganancia de convicciones de justicia política cuando se alcanza el máximo del anonimato, esto es, la invisibilidad real y auténtica, infalsificable.

Como consecuencia de denuncias filtradas a la invisible por el hombre en cuestión, se envió también a la cárcel a varios prohombres de la industria y el comercio que habían incurrido en prácticas harto ilegales, igual en tráfico de influencias que de evasión impositiva. El afán de justicia del hombre invisible era tanto, que no dudó en elevar pistas a la prensa sobre dos o tres crímenes de los que, circunstancialmente, fue testigo. Eso lo sé yo, una humilde odontóloga, antaño aislada de las grandes decisiones.

El mal aliento del hombre invisible me ha hecho millonaria, genuina millonaria. Es una metáfora, no lo del dinero, sino eso de que un mal aliento me convirtió en una de las mujeres más ricas del país.

El hombre invisible era robusto y por ello se aclimató y superó las fiebres y los catarros, los esbozos de bronconeumonía que hubiesen aniquilado a cualquier otro ser humano obligado a andar desnudo por la calle.

Era fuerte, pero tenía una dentadura pavorosa. En su vida de opacidades, había perdido varias piezas, pero no todas. Después de tres noches sin dormir, de estar volviéndose loco por el dolor, sin que le hiciesen efecto drogas y antibióticos sustraídos a la oscura en farmacias, el hombre se atrevió a buscar ayuda profesional. Me correspondió entrar a su vida. Escuché la trémula voz de ultratumba que decía:

—No se asuste, doctora.

Mis manos fueron mágicas para darle tratamiento. Trabajé fiándome por entero en el tacto apoyada en mi intuición luego de una práctica profesional de más de una década. Ni siquiera funcionó el uso de rayos equis, pues las placas aparecían veladas, sin registrar nada. Sólo usaba una anilina que medio opacaba la cavidad bucal del hombre invisible. Demasiado tenuemente.

El tratamiento fue manual. Preparé los aditamentos para sacar una copia de su boca en yeso dental. Estaba chimuelo, no lo suficiente para haber evitado los tremendos dolores de la caries, de la pudrición. Al hombre invisible le dolían las muelas, la cabeza, el cerebro le reventaba a causa del dolor.

Fui curándolo. Con mucha imaginación.

Señor hombre invisible, le dije, esto cuesta demasiado. Receté antibióticos, pedí calma, pues como toda la gente sabe, si una muela está infectada es imposible extraerla de inmediato. Hay que aminorar la infección, de otra manera la anestesia no tendría efecto.

En los días que duraba el tratamiento, lo mandaba a descansar, pero también a procurar el modo de pagar por mis servicios, cubrir mi estupor inevitable de estar curando una boca que no se veía, aunque los instrumentos estuviesen chocando con algo en el aire.

Su rencor social contra los ricos y poderosos lo había llevado a conocer de manera detallada los hábitos de gente de ese sector cuando llega a descansar. Conoció costumbres, supo si un millonario deja su cartera a la vista, encima del buró. El invisible procedió a vaciar fortunas, lavar dinero de modo menos gravable aun que los rutinarios en una casa de bolsa o similares. Acrecentó su fortuna saqueando bancos, cajeros automáticos, comercios.

Me pagó y me pagó bien. Seguimos un tratamiento de meses, hasta poder comprar yo esta casa marmórea, varios automóviles; hasta atesorar cuentas de ahorro, contratos de inversión, donde se certifica que soy muy, muy rica, millonaria en serio. Al hombre, a mi paciente, cada diente le costó un castillo.

Un día vio adelantado su descanso en la senilidad prematura de no contar con un solo diente, ninguna pieza le podía fastidiar más, por el resto de su existencia. Era libre de dolores, libre de dentadura, libre del mal aliento por la pudrición de una pieza en la boca.

Desapareció. Ha desaparecido. Nadie, ni yo, lo puede ver, tampoco sentir. Carne achicharrada.

No fue tanto el miedo a que él quisiera eliminarme por ser la única que conocía su secreto. Me dolió más un comentario atroz: que todas las dentistas nos peinamos igual, como si nos hubiésemos quedado atrasadas, con modas de salón de belleza de los años sesenta.

A una dama no se le dice eso, jamás. Menos cuando la dama es millonaria, sabe usar hipodérmicas para anestesiarse y tiene bien ubicados los espacios en el aire, en la oscuridad, en lo que no se ve pero se siente.

Jamás pudo reprocharme un error en el tratamiento a ciegos, no pudo acusarme de dolores gratuitos; yo sí tuve razones para castigarlo.

Nunca hables mal del peinado de una dama. Nunca.

Y SIN EMBARGO...

Y sin embargo, todo este tiempo de titubeos y de dudas, más lo peor, las certezas; toda esa permanente distancia, la resignación a jamás conocer qué era lo que ella realmente sentía.

Todo eso valió por una sola mañana, en la que se me adelantó y entró primero a la regadera. Porque contra mi costumbre —la cama me expelle nada más sale el sol— yo aún permanecía acostado, viendo el tiempo, recuperándome. Ella entró de nuevo a la recámara, se enfiló hacia el clóset en busca de su ropa. Estaba desnuda y caminó sin carcajuses de pudor. Vi su perfil. La carnosa opulencia de los senos. La suave curva del vientre. La calidez en el corte de los muslos. La dibujé para que no acabara de borraréme tal vez jamás.

Si desde el primer encuentro, en una tarde con luz, la había tenido en su desnudez e igual ocurrió en otras ocasiones, ¿qué diferencia hubo aquella mañana de la que hablo? No sé. Sólo que todo, tantas cosas, se justificaron por esa imagen de una mujer que, aún con gotas de agua en el cuerpo, entró a la recámara para vestirse.

Y sin embargo...

A TRAVÉS DE SUS OJOS

Quién tomó la foto. Tal vez lo recuerdes, una referencia que ignoro o ignoraré, no sé si me atreva un día a preguntarte. No imaginaba, ese fotógrafo, su doble favor: a la humanidad en pleno y a mí, porque el abstracto conjunto de miles de millones de seres humanos ha podido salvarse por imágenes así. Calcúlese que en ese instante —la fotografía fue eso, en principio: un instante— tendrías entre nueve o diez años de edad, no más. Empero —sé cuánto te molesta que use esta palabra; a mí me gusta, es una provocación, tan elegante—, en las coloreadas líneas y contornos, en esos matices, está toda tu fuerza. Me surgen dudas acerca de si has vuelto realmente a verte y sentido lo que en mí provocas, por esa fotografía. Tú de colegiala. Aun dicha tu posible edad —resulta innecesario precisarla— no eras niña sino una presencia de mujer, la mujer que después fuiste o que has sido.

Detrás de ti se encontraba el mundo entero, en la forma de un mapa del que emanaba un azul celeste, marco idóneo para tu expresión, con ese lápiz tensamente empuñado con el que de seguro llenaste las planas del libro de texto, muy avanzadas las páginas, a modo de indicio del fin del ciclo anual. Tú, centrada en el espacio de la imagen, mirando retadora hacia el frente, hacia los ojos del —para mí— anónimo fotógrafo.

Es el mundo a tu espalda el que hace brotar la luz para que sobresalgas en las dimensiones de la fotografía, en camino hacia un éter inagotable. El mundo es más que un mapa. Se recortan las fronteras con la imagen, donde el centro del universo entero es, más que la niña, tu mirada.

Los relieves se marcan con el azul oscuro del uniforme, cruzado con rayas rojas, una cuadrícula típicamente escolar, adornada con un cuello blanco y una pequeña corbata colorada. Brillan tu pálida cara y tu cabellera, tan luenga como deben tenerla todas las niñas del mundo, es su derecho, diría el señor Chesterton, van su pluma o mi pluma por ese privilegio de todas las niñas de tener el cabello larguísimo, aunque, como se sabe, sus madres se especialicen en la tortura del peinado, en el jalar la cabellera para que la frente quede limpia, que se vea... No toman en cuenta el dolor. Años después la mujer se atreve a cortarse el pelo: la madre ha dejado de peinárselo.

No son los rasgos de la infancia, que en este caso adelantan lo que será una mujer atractiva, si bien en sus pocos años la belleza incluye un halo de inocencia, después transformado, con eso de que la gente crece, cambia. No cambia, siempre son, somos lo mismo.

El asunto toral: lo que importa de esta niña, además de la dura belleza, es la seguridad en su mirada. Nada la arredra, nada la espantaba desde entonces.

Vuelvo a verte: la tensión con que la mano diestra toma el lápiz, detenido sobre una página del libro; el apoyo de la mano izquierda para que el libro esté fijo. Un leve rubor en las mejillas, una abundancia extrema de cabello que deja en mal el esfuerzo materno a la hora del jale y peinado, porque no quedó del todo simétrico. El moño, por supuesto, rojo, que adorna la parte superior de la cabeza. Detrás el océano y los continentes; del lado izquierdo de la niña, un ramo de flores amarillas.

Las cejas densas y delineadas, una boca con trazo perfecto. Más los ojos: oscuros a un grado máximo, que derechamente están viendo no al humilde fotógrafo, sino a la historia entera del mundo. Asusta tanta seguridad, tan excesiva actitud de reto frente a lo que va a venir, en el momento en que llegue a venir. Nada detiene a esta niña, a su mirada, que demuele, paradójicamente, desde una serenidad fulminante.

Te vuelvo a mirar. Una y otra vez. Cuando descubrí la foto, no creí que fueras tú. Fuiste, en todo caso, otra niña, otra persona en ese pasado que no es remoto, pero que es pasado agregado a tu presente. Ahora no llevas el cabello largo, aunque te he podido ver, sin que tú lo supieras, cuando todavía no te lo cortabas. Descubrí y te he hablado de tu truco: ocultas esa mirada con tus lentes de marca, que como son de pasta modifican tu cara, por lo que te he pedido vuelvas a usar lentes de arillo metálico. Y no, has decidido no cambiarlos.

No obstante esa determinación, ante la cual todo lo que digo no pasa de sugerencia peregrina, cuando logro que pasemos varias horas juntos, nunca demasiadas, siempre un cuentagotas que se acaba cuando no debiera, te descuidas, se deslizan los lentes un poco y por fin, atrapo efímeramente esa mirada, la de la niña, que ahora no me espanta tanto, quizás porque te conozco más o porque te sueño más.

Ojos que serán siempre oscuros, por eso de ellos sale tanta luz. El mundo se sigue cubriendo con esa luz. A través de tu mirada, de tus ojos, que miro una y otra vez, en ti, en esa foto, esa niña.

DÍAS DE LA SEMANA

¿Eres tú una de las estudiantes de Trabajo Social que, a finales-mediados de..., hizo su servicio social o prácticas profesionales en el centro para adultos en la delegación...? Si así fue, me gustaría que entráramos en contacto.

Espero tu respuesta.

Sus letras se veían huérfanas, desvalidas, absurdas. Las redes sociales sirven para eso, como si hubieran sido diseñadas para desbordarse con mensajes disparatados. Aun así, titubeaba ante el necesario oprimir del cursor encima del recuadro de *enviar*.

Había rehecho su escrito, que se veía menguado o crecía según el grado de autoexigencia que quisiera alcanzar, dependiendo de la hora o del día, aunque esta oscilación era un pretexto con el que ocultaba su inseguridad.

Cuando revisó de nuevo y vio “prácticas profesionales”, se apostó a sí mismo que hacía tres décadas y pico era improbable que alguien utilizara esa frase; lo del servicio social ya existía, pero el poner las dos condiciones como posibles —que esa imaginaria universitaria se hubiese hecho presente en el centro para adultos donde Juan Jacobo trabajaba— era una sobrada evidencia de la inexactitud o debilidad del recuerdo de Juan Jacobo. De su anémica memoria.

No era tal. Jamás había olvidado a Alejandra Franco. A esa Alejandra que de vez en cuando se le volvía un esbozo, nítido en los primeros años de ausencia, un tanto luído conforme pasaban los meses, las décadas ya.

Dibújala. Cuando la buscó en la red, entre algunas varias incompletas homónimas, su atención recayó en esa cara que, tomando en cuenta el tantísimo tiempo llovido sobre el mundo, se parecía a la Alejandra Franco original. Las cejas todavía pobladas, no obstante imaginables tratamientos de depilación o de refinamiento de sus líneas. La profundidad de esos ojos sobremanera oscuros. Cierta tono claro de la piel, a pesar de que las fotografías engañan por lo variable de su calidad, por lo *pixeleadas* que puedan estar, como cualquiera sabe.

Faltaría escucharla. Su dicho a modo de interjección “¡Ay, compadre!”, con el que se singularizó dentro del compacto grupo de jóvenes que tomó por asalto el centro para adultos, en las semanas previas a que Juan Jacobo, un veterano en ese servicio público, tuviera que irse por cuestiones de emigración familiar.

Alejandra Franco seguía delgada, no en su fresquísima condición de veinteañera cuando la conoció y trató Juan Jacobo; embarnecida ahora en contraste, de seguro por haber tenido un par de hijos con los que aparecía, plenos mocetones, en una de las fotos de su página en la red. Sólo dos hijos, aparentemente, y un nieto que, como rezaba un comentario de la propia Alejandra, era la razón de su vida.

¿Cómo podía Juan Jacobo estar seguro de que aquella era *su Alejandra*, si ni siquiera se atrevía a enviarle el breve mensaje con el que despejaría por fin el interrogante?

Los datos de ella se prestaban a la ambigüedad. No aclaraba si había estudiado Trabajo Social, que era la carrera por la que había llegado al centro para adultos. Por una referencia a

otros estudios, Juan Jacobo había obtenido una fecha y deducido que sí correspondía a la edad correcta de *su Alejandra* —a él mismo empezaba a cargarle esta expresión en posesivo; mejor sería pensarla como *la posible Alejandra*.

Y el otro dato fulminante: ella también había emigrado de la Gran Ciudad, quién sabe cuántos años después que Juan Jacobo, y vivía en otra ciudad de provincia. Se repetía la historia típica del capitalino que se adapta a un nuevo hábitat, donde se casa, tiene descendencia, se arraiga, pues, para esperar la muerte. ¿De quién? Juan Jacobo alimentaba raras ideas cuando veía la condición supuesta de *la posible Alejandra* como casada, en el rubro sobre su estado civil, pero en las fotos no se apreciaba con claridad quién sería el marido. Más bien, la figura del consorte era un espacio vacío.

No eran ideas raras, sino, derechamente, estúpidas. Aun si se diera la confirmación, ¿qué nexos podría haber entre esa matrona todavía muy linda y Juan Jacobo? Si sólo fueron algunos días los que convivieron, en que se escucharon, se vieron a los ojos, sin ir más allá porque, aparte, él ya estaba yéndose de ese lugar, dejaba la Gran Ciudad...

Durante años, entremetido en el fragor de muchas batallas, Juan Jacobo no había dejado de pensar en Alejandra Franco, acuciado por una sospecha a modo de esperanza o viceversa: ¿y si con ella se hubiera salvado? ¿Si con ella hubiera sido factible una vida de tranquilidad, una relación estable, amorosa, prolongada, sentida a flor de piel, no trastocada por el tiempo ni por las veleidades humanas? ¿Y si realmente Alejandra Franco era *la verdadera* mujer?

Imaginarla en un día entre semana, con el olor del café en el aire, él no está y los niños se fueron a la escuela, ella piensa en los planes

que habían hecho, en sus sueños, se pregunta si es una tonta. Al mediodía, ha regresado del supermercado. Piensa en los días y en cuál será, entre muchas, su historia. Amaba a un hombre. En la noche, se sientan a la mesa, en la cocina, se dan cuenta de que han estado soñando. He estado contigo y me necesitas para que te cuide. Nos ayudaremos lo mejor que podamos, porque yo soy tu mujer y tú eres mi hombre.

Todo lo que quiero es un lugar callado donde vivir.

Quizás a trescientos kilómetros de distancia una señora revisa su página en internet y descubre un mensaje enviado por alguien que hace alusión a un pasado ya distante. Ve el mensaje y lo vincula con la respectiva página en la red social, donde no acierta a identificar a una persona que le pregunta si ella es ella. Quizás regresa a unas pocas semanas de... y se ve en una instalación pública donde adelantaba su servicio social, le surge el fantasma de un muchacho cuyos ojos tenían cierto atractivo, de alguien con el que platicó varias tardes, al que miró en el fondo del iris, un muchacho que se fue muy rápido de ahí, se cambió de ciudad, antes de que ella lo terminara haciendo igual. Quizás, por encima de la grave ecuación que combina distancia y tiempo, esa mujer responda: “Sí, yo soy”, y con un clic en el ratón dé vuelta al universo.

Juan Jacobo da el clic.

HISTORIA DE LA ARAÑA

En casas nuevas y en casas viejas; en casas pequeñas y grandes, en todas hay bichos. Insectos, ratones, ratas, alimañas, fauna fantástica cuya inexistencia preferirían los humanos. El humano busca preservar o ampliar sus espacios y así lo hace, arrinconando a los demás animales, haya o no lugar para todos.

Existen animales autorizados y animales no autorizados. En el campo los que cuentan con la autorización son caballos, vacas, gallinas, patos, puercos, conejos, gatos y, por supuesto, perros. Los que no pertenezcan a alguna de estas especies corren el riesgo permanente de expulsión, incluso por medios violentos.

Se acepta a los animales por una cuestión utilitaria —el caballo sirve como transporte; la vaca, la gallina y el puerco como comida— o por otra razón casi afectiva, como ocurre con los perros, que hacen de compañía y de guardianes, al compartir con el ser humano la idea de la propiedad privada.

En la ciudad las condiciones son más drásticas, porque apenas hay espacio legal para avechitas enjauladas, para gatos —que terminan por irse— y para perros. Los perros son lo mejor del mundo.

No sabemos o no aceptamos convivir sino con gente y aun eso, o sobre todo eso, se nos dificulta. Lo demás son alimañas, son bichos, pequeños monstruos que o se van a lo más lejano

de la selva, o se los exhibe en algún zoológico, reclusos con especies semisalvajes o salvajes por completo.

Hay algo de razón en esta actitud. Casi nadie podría vivir con una víbora en la casa, si bien no falta quien guste de tener su propia víbora como compañera en el viaje hogareño.

Las ratas y los ratones tienen una pésima fama extensiva a otros roedores aristocráticos, como los *hámsters* o las ratas blancas que, con el disfraz de mascotas, se venden en veterinarias.

Están los insectos, con los que la convivencia resulta casi forzosa. ¿Por qué sigue habiendo mosquitos y moscas, si se inventan tantos métodos para hacerlos desaparecer y de todas formas continúan siendo una presencia en nuestras vidas? ¿Y las cucarachas? ¿Y los azotadores, los caracoles y los babosos que circulan por jardines húmedos?

La lista sería interminable y de ella hay que extraer a una especie a la que respeto en mi casa nueva, igual que he hecho en anteriores casas desde hace varios años.

Las arañas. Más específicamente las arañas domésticas, si así se las puede llamar. No tarántulas ni viudas negras, ni arañas capulinas en cuyo camino es mejor no cruzarse.

Hay otras. Las que hace varias generaciones viven en donde ahora se ubica esta casa. Ahí han estado sus papás, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos, tataratatarabuelos y algunos parientes más en el último par de años.

Desde la perspectiva de las arañas, el intruso soy yo; ellas ya estaban aquí. Reconozco que tal argumento pocas veces ha valido a lo largo de la historia de los pueblos y tampoco valdría en mi doméstico caso si no fuera por una razón: yo respeto a las arañas.

Mi respeto proviene de una verdad de a kilo, de a dos kilos: las arañas se comen a las moscas. Es una realidad cruel, pero práctica.

Ustedes habrán visto las redes que fabrican las arañas, obras plenas de belleza y de inmejorable arquitectura; lástima que estén hechas con un material frágil, esos hilillos transparentes que, a un soplo de regular fuerza, tiemblan y desaparecen.

Quebradizas y endebles, las redes les son útiles para atrapar moscas, mosquitos, escarabajos y otros. Lo que importa son las moscas, que las arañas se comen. Las moscas son molestas porque se las encuentra en todos lados, porque transmiten enfermedades y porque nos ven con sus cientos de ojos. Saben muy feo —lo sé porque alguna mañana, mientras desayunaba en un restaurante, a la hora de beber el jugo de naranja mi lengua topó con los pelos de una mosca y no sólo eso, con los pelos estaba una auténtica mosca. ¡Guácatelas!

Vivo en una región fría, la ciudad más elevada del altiplano: Gelidonia. Por esa circunstancia, no hay tantas moscas como en los lugares cálidos. Pero he descubierto que acá las moscas, relativamente escasas, se ven más grandes, más gordas. Imagino que, de acuerdo con las leyes y posibilidades de la evolución, para acoplarse al clima frío del valle se ponen abrigos o chamaras de pluma de ganso en aras de no enfermar de pulmonía.

Las moscas son aquí tan inmundas y molestas como en cualquier otro sitio del universo. Por eso respeto a las arañas, porque se dedican a papar moscas en sus redes.

Los primeros días en una casa son días de descubrimiento permanente, de buscar el modo para habituarse a un nuevo estado de cosas. La adaptación toma semanas o exige más tiempo. Lo normal es que uno se acostumbre a la casa, sus modos y formas, y al rumbo en el que se ha empezado a vivir.

Hay circunstancias fastidiosas como el hecho de que las calles vecinas estén llenas de baches o peor, de topes. Se viven riesgos relativos, prontamente cotidianos, como el que cada noche un par de perros decide divertirse ladrándole al coche. Desciendo del auto, les digo que sólo soy yo, y se muestran tolerantes y comprensivos. A la noche siguiente repetirán el simulacro de ataque. Cuando están ausentes extraño los ladridos y las festivas corretizas con que de modo vigoroso se despojan del frío de la noche.

Claro, son perros, lo mejor que existe en este mundo.

Las arañas domésticas tienen pleno derecho a vivir en la casa y ser silenciosa vecindad, compañía en los cuartos, en la sala, en la cocina. Ese respeto no está exento de accidentes en los que terminan mal las pobres arañas. Cuando se hace la limpieza con una cubeta llena de agua y desinfectante, entre los pelos del mechudo o las fibras del trapeador fallece una que otra araña. Su funeral es simbólico, el cuerpecillo se disuelve en el aire y en el agua.

Se debe respetar en lo posible sus redes, a menos que hayan sido colocadas con cierta imprudencia y al pasar se las lleve uno en un impulso, esos hilos invisibles que chocan contra la cara y que obligan al manotazo para quitarlos, con éxito o sin darse cuenta, en acto automático, sin ver el frágil filamento.

Supongo que las arañas ven gigantes y los insultan, porque temen un ataque que provoque su desaparición antes de tiempo, aun cuando desconozcamos la medida que ellas tienen del tiempo, si en alguna de sus patas llevan un microscópico reloj de pulsera. Temen quizás cada paso dado por el ocupante humano de la casa, la opresión de un zapato que las convierta en anónimas desapariciones de la historia doméstica. Temen tal vez la destrucción de sus redes y la imposibilidad de continuar atrapando moscas y escarabajos.

Tenaces, destruida su red, las arañas vuelven a hacerla una y otra vez, sin descanso, con paciencia, sabedoras de que, tarde o temprano, caerá la mosca, volverá a nacer la vida, habrá alimento, el humano se irá a trabajar y no regresará sino hasta la noche.

Ellas saldrán entonces de sus rincones sin desconfianza alguna, porque han vivido ahí desde años antes de que el arquitecto dibujara el plano del fraccionamiento, las medidas de la estancia y de las recámaras, la cocina.

Han estado ahí y seguirán así. Ni yo las aplasto ni ellas me pican, las arañitas.

LA SOLEDAD DEL DELANTERO

Cuando mira hacia el frente, Lucio imagina que en un segundo podría elaborar un recuento de lo ocurrido en los tiempos recientes. El recurso es muy barato. La historia tiene que encaminarse hacia otras partes.

Traga aire, sabedor de que muchos pares de ojos lo están observando y no por el sentido deportivo del hecho, si bien esto último tiene su pero que considerar, porque lo que se juega es una humillación adicional por parte de los administrativos a los del área de Operaciones de la empresa. Era demasiado.

Concedía poca importancia a eso, aun a sabiendas de que gran parte de sus compañeros tenían puesto en el partido no sólo la dosis de orgullo que al caso venía, sino también dinero, una parte de la compensación que la empresa entregaba en las fechas decembrinas, casi al cerrar el año, a la espera nada más de formalizar el balance y de marchitar unos cuantos días, los de las fiestas, para después retomar el verdadero ritmo del trabajo, ya con presupuesto nuevo.

El infierno era el otro, Miguel, a poquito más de once metros de distancia de Lucio. Miguel varias veces traidor, entre otras razones porque había abandonado a los de Operaciones y aceptado una espuria oferta para integrarse al administrativo, al Enemigo.

El paisanaje se unió en un sordo rencor contra aquel nuevo capataz, llanamente un espurio adversario de clase. Miguel

ocupaba un puestecillo que le daba el derecho a estacionar su coche en la parte interior de la planta, donde abundaban los último modelo; ya no tenía que ponerlo entre la perrada que arribaba a bordo de coches usados, anillados, reliquias de una o dos generaciones familiares previas. Tampoco se olvide la profusamente poblada sección de bicicletas.

Aparte de ese y más detalles como el acceso al comedor anejo al área de los ejecutivos —ya no tenía que deglutir sus alimentos en las encementadas bancas que hacían de mesas para la susodicha perrada—, además de esa transición arribista, Miguel se había convertido en el portero del equipo del área administrativa. Y ello desnudaba aun más su profunda traición.

Miguel era un buen portero. No imbatible, sí lo bastante consistente y por momentos espectacular para ser reconocido por tirios y troyanos. Sabía cómo caer en los breves vuelos con que los guardametas se van deteniendo en el aire, atajaba goles que ya estaban siendo cantados por la multitud. Operaciones hubo de olvidarse de esa gloria deportiva cuando Miguel dio el chaquetazo. Por eso hacía tiempo que los operarios no veían la suya en el campo del honor a las patadas.

Lucio pensaba que ésta era la única empresa del mundo donde era posible que los administrativos derrotaran a los operativos en una cancha. Ejecutivos o remedos de, pasaban por encima de forzudos obreros.

Operaciones era un desastre en lo futbolístico. En cambio, como la empresa promovía una “política de excelencia” entre sus integrantes, los administrativos estaban necesariamente apuntados en un programa con acceso a un deportivo al que podían acudir con la frecuencia que les diera la gana o aunque no les diera. Del lado popular, la máxima prestación era el par de horas

sabatinas que podían dedicar al peloteo en la cancha al lado de Producción.

En el fútbol cabía un asunto de orgullo a un tiempo personal y colectivo, concretado en una idea: humillar al poderoso y pedante equipo de Administración, aquel que tenía no uno, sino dos uniformes distintos para jugar como local o como visitante. Administración compraba guantes profesionales a su portero. Cuando vio a Miguel, Lucio imaginó que no se quitaba esos guantes ni para orinar.

¿Quién se siente más solo: el portero a punto de ser victimizado por la virilidad del pênalti o el tirador con el mexicano miedo de cometer el máximo yerro, fallar, no hacer el gol? Ese mediodía, sólo los de Operaciones habían apostado al tirador, el resto de la gente concedía la ventaja al portero, el cual ya se había dado el lujo de parar ya un pênalti en ese juego, lo que le daba la suficiente confianza para ver, burlón Miguel, insultante, a Lucio, a once metros de distancia.

El pênalti, que podía *definir* el partido, rebasaba el aspecto de la traición a la conciencia de clase. Además estaba —y medio mundo lo sabía— el asunto de Jésica.

Ella andaba en algún lugar de las improvisadas tribunas. Esplendorosa, a pesar de que el rumor sobre su supuesto embarazo había corrido velozmente en las distintas áreas de la empresa, que era grande pero al mismo tiempo un espacio cerrado donde glosas de esa índole eran el alimento espiritual de cada día.

Si de apostar se trataba, aparte de lo relativo al cotejo futbolero, sobresalía lo de Jésica y las varias opciones. Si estaba o no *pastelito*, lo cual exigía una espera de dos a tres meses para confirmar la falsedad o veracidad de su supuesta preñez,

aunque siempre se podía cebar el resultado mediante algún rutinario y discreto aborto. Si lo de ese pastel se verificaba, surgía una segunda apuesta: que el padre fuera Lucio o Miguel, lo que obligaba a una espera mayor, para precisar orígenes del feto en cuanto pudiera reflejarlos el elemental ADN de la cara, si no es que abueleaba.

Los momios también favorecían a Miguel, quien no había sido muy cuidadoso para ocultar sus salidas con Jéscica, la más suculenta de las secretarias del área de Contabilidad.

Contrario al exhibicionismo de Miguel, Lucio había cifrado en Jéscica una posibilidad de redención o de ascenso social, sin arriesgarse a ser considerado un traidor por los compañeros. Porque una cosa era cambiarse de orilla en la lucha de clases y otra era bajarle una vieja tan buena al Enemigo, aunque fuese integrante, la mujer, del impreciso grupo que nunca atina a ubicarse históricamente en esa pugna, pero cuando lo hace, está con los de las oficinas, no con los de las líneas de producción. No importaba que al enamorar a Jéscica, la condenara Lucio a vivir en un multifamiliar y a hacer el mandado en un mercado de barrio; lo trascendente era alejarla del Enemigo.

Lucio había pedido un préstamo a la caja de ahorros con tal de llevarla a la playa un fin de semana. Había escuchado de ella que era feliz y que serían más felices cuando repitieran ese viaje a ese lugar o a otro, ya en plan lunamielero. Ante el resultado de esa inversión, Lucio pensaba que no le iba a doler el prolongado descuento que minaría su ingreso quincenal.

Acabado ese glorioso fin de semana, los hechos se precipitaron y llegaron al momento en que Jéscica abrió la boca: Me abrumas, necesito pensarlo, dame tiempo...

Lucio comprobó en automático lo que seguramente nadie había querido decirle, por maloras o por discretos: Jéssica lo estaba engañando. Con Miguel.

Sucedió en contrastantes alternancias entre el baño público al que Lucio la llevaba y los moteles a los que Miguel la acosumbraba invitar cuando tenía ganas de ella.

Por eso aparecieron las cochinas dudas —y las apuestas— sobre cuál de los dos sería el padre de la hipotética criatura cuya gestión, de manera eventual, habría de arruinar la todavía famosa figura de Jéssica.

Patearon en el área al centro delantero de Operaciones y hubo que sacarlo en camilla, poner a trabajar al médico de la compañía, sin fijarse en que durante casi dos tiempos había estado conectado al cubo de la cerveza. Inutilizado el centro delantero, el compañero entrenador de Operaciones tenía que decidir quién sería el sustituto del tirador oficial, quién debía hacerse cargo del infierno de una humillación más o la reivindicación del espíritu entre la verdadera y única clase trabajadora, esto es, Operaciones.

Lucio pidió ser el designado. El entrenador lo vio, titubeó, tú qué, preguntó, porque a Lucio no se le conocían más méritos que el pegarse como lapa a todo aquel jugador contrario que intentara desbordar la banda izquierda. Para eso Lucio era efectivo, aunque sus despejes no tuvieran dirección ni demasiada fuerza.

Cómo crees, dijo el compañero entrenador, con franca desconfianza ante las desconocidas dotes de Lucio como supertirador de pénaltis.

Yo lo tiro, aseguró Lucio, con tanta decisión que provocó un mayor titubeo en el entrenador; ante la duda, éste tendría que haberse abstenido, pero no podía. Lo va a tirar Godínez, intentó decir.

Un resuelto Lucio hizo a un lado al citado compañero y repitió, Yo lo tiro. Pero está Miguel, quiso decir el entrenador, y Lucio volvió a exigir, Yo lo tiro.

Un breve consenso hizo que de la boca del entrenador salieran las palabras, Lo tira Lucio, y luego, encarándosele, dijo: Si lo fallas te madreamos. No lo voy a fallar, respondió Lucio, con la fija mirada de sus ojos verdosos.

Aun cuando en el ambiente pesaba la traición de clase de Miguel, la actitud burlona de éste y el asunto de la otra traición, el cuerpo de Jéscica escurrido por entre las manos de Miguel, sin protección, en fecunde con su semillita probable a la mitad del cuerpo de ella, la versión —reguero de pólvora— del supuesto embarazo de ella, a pesar de las apuestas entabladas por los bandos en una situación en la que no podía haber neutralidad alguna, y del innegable renacer de la lucha de clases en versión Administrativos-Operaciones, otra fue la convicción que movió a Lucio, un su secreto, su verdadera arma secreta: jamás en su vida había fallado un penalti.

El que tenía un serio problema —así pusiera cara de no saberlo— era el portero, en este caso Miguel, que apenas tuvo tiempo para darse cuenta de que Lucio, que con las manos era diestro, con los pies era zurdo y que por eso se colocó en el lado aparentemente equívoco.

Lucio tomó impulso, sereno y con seguridad. El balón partió y alcanzó más velocidad que la luz. De nuevo se cumplió su íntima ley. Los guantes de Miguel se ensuciaron sin provecho, inútiles, desolados, vencidos. Y algo se movió en el vértice interior del cuerpo de Jéscica, aunque no se supo si fuera en festejo o do-liéndose por el resultado.

SUEÑO NUEVE

Es sobre un muerto que no soy yo. Murió cerca de un fin de año, hace tanto tiempo que yo mismo era joven. Un 8 de diciembre de 1980. Escasamente él había entrado en lo que dicese la madurez, por la edad. Cuarenta años.

Mi imagen recorría una de las plazas del centro de Gelidonia, que yo frecuentaba porque iba a ver a un amigo que trabajaba en un banco. Por las mañanas él estudiaba para contador, por las tardes se hacía de un sueldo en el banco. De noche, en su horario especial, era casi dueño de ese lugar pues, retirados los demás empleados, se quedaba en soledad completa, de la que yo lo distraía porque éramos amigos y porque yo, con base en esa amistad, usufructuaba la fotocopidora de la sucursal bancaria para reproducir libros difíciles de conseguir en el mercado local. Él se peleaba con una descomunal y diabólica máquina con un inmenso carrete, donde maniobraba con unas odiosas hojas para registrar un imposible *debe* y *haber* que no comprendí entonces ni ahora; mientras, yo sacaba humo a la fotocopidora.

No acierto a precisar la razón por la cual me veo afuera del banco cuando capté la noticia del muerto histórico y singular. Hacía frío. Cabe la posibilidad de que mi amigo aún tuviera la supervisión de algún capataz financiero, pues en caso contrario yo tendría que haber estado dentro de la sucursal, empezando

a molestarlo con el exasperante ya vámonos de aquel que ya no quiere esperar.

Me veo en una banca de la plaza Fray Andrés de Castro, centro de Gelidonia. El lugar ha cambiado; honestamente, no me atrevería describir sus detalles en aquella noche de 1980 y sólo diría que ya era la misma plaza rodeada por un conjunto de oficinas burocráticas y áreas comerciales anejas a los Portales, aunque mediadas varias transformaciones de menor o mayor calado, por aquello de que los alcaldes luego no saben qué hacer con el dinero público y lo utilizan en lo que se conoce como “infraestructura urbana”, casi nunca con acierto.

En los escaparates de mueblerías cercanas había televisores en los que aparecía recurrentemente la imagen de Lennon. Se estaba a una gran distancia temporal de lo que después han sido esas prácticas atosigantes de las televisoras con sus enloquecidas coberturas informativas, pero ya se practicaban esas modalidades de aturdimiento colectivo.

Dicen otros que el asesinato de Lennon marcó un antes y un después. ¿En qué, en esa debilidad, el trepanamiento que es la nostalgia? ¿No han abundado después otros centenares de “antes y después” igual de inasibles que la muerte del hijo predilecto de Liverpool?

A mí me gustaban y me gustan los Beatles, parte importante de mi educación sentimental, pero prefería a Paul McCartney como músico con su banda *Wings*, me identificaba en todo caso con George Harrison, Ringo Starr me parecía simpático sobre todo por su hilarante película *El cavernícola...* y Lennon resultaba el más alejado de mis probables intereses vitales, incluidos los musicales, aunque estuviese de acuerdo con lo que dice en su “Sueño N° 9”, aquello de “Caminaba por la calle, a través de los cálidos árboles susurrantes, y pensé que podía escuchar a

alguien que me llamara por mi nombre mientras empezaba a llover”.

Miento: rehíce la letra del “Sueño N° 9” tres décadas después del asesinato de Lennon. No asiento el nombre del asesino, porque se trataba de un baboso que lo único que pretendía era pasar a la posteridad como fuera y no concibió otra idea más genial que la de disparar a la entrada del edificio Dakota en Nueva York. No se vale, sé el nombre de ese imbécil pero como si no existiera, por tanto, no existe... tampoco Lennon, pero sí existe, Lennon.

O era el frío de Gelidonia el que me hacía saltar y dado que “dos espíritus bailan tan extraño”, para calentarme en esa noche decembrina me movía al ritmo de *Ah! böwakawa poussé, poussé...* Entonces me impacientaba porque mi amigo no salía, se tardaba más de lo acostumbrado cuando las cuentas no le cuadraban. Quizás esa noche yo ya había terminado de sacar mis copias y lo que quería era que nos largáramos.

En más de una ocasión le había tenido que preguntar cuál era el problema, él me respondía que no salían las cuentas, que había una diferencia en los resultados de los cheques cobrados o depositados. Yo insistía preguntándole que de qué tamaño era la diferencia y me recitaba una cantidad de unos cuantos centavos, ni siquiera pesos. Yo le ofrecía: Si quieres yo lo pago, cuánto es. Me aclaraba que no era posible pagar nada, sino que, de manera prístina, las cuentas tenían que cuadrar porque tenían que cuadrar. Y seguía debilitando sus ojos en esas inmensas sábanas de papel hasta que hallaba el guarismo tramposo. Después recogía sus cosas, apagaba las luces y miles de interruptores, ponía la alarma y salíamos a la noche, él con su cansancio y yo con mis fotocopias y cierto hartazgo que, ventajas de la juventud, se disipaba en cuanto el frío nos cubría la nuca,

porque había que correr o caminar de manera agitada. Algo de placer tenía al sentir el frío, como brisa marina en la tierra interna, en el altiplano.

De una forma obstinada mezclo ese céntrico panorama desde afuera de la sucursal bancaria con la noción de la muerte de mi muerto. No voy a caer en el extremo de la estulticia de afirmar que con su muerte se quebró el sueño, por si nunca hubo sueño y menos para el inveterado insomne que soy.

Conocía la vieja anécdota lennoniana, aquella de que cuando los cuatro del cuarteto eran ya hiper-celebridades forradas de dinero, el melenudo (¿?) regresó un día con la tía que lo había cuidado en la orfandad y que John, ese John, le llevó una plaquita montada sobre un pequeño bastidor de madera, y la plaquita rezaba algo así como “Nunca llegarás a nada con esa guitarra” (cito con memoria superficial), en alusión a los frenéticos tiempos que el sobrino-hijo de los arrabales de una supuesta clase media liverpoolina había dedicado a arrancar maullidos a una guitarra que se volvería célebre.

En suma: igual y mando a hacer una plaquita como la de Lennon para su tía. Si me hubiesen visto en diciembre de 1980... Ahora me apresto al intento de dormir, a sabiendas de que me mantendré en un estado catatónico dentro del cual, sin embargo, me sigo moviendo.

Más que Lennon, a quien la gente ha seguido y seguirá recordando. A lo mejor. De mí no se acordarán, ni en Gelidonia, Nueva York ni Liverpool. Lo cual no deja de ser una ventaja.

Ah! böwakawa poussé, poussé...

VIRGEN Y JUGLAR

Ella vuela, lo sé, me lo ha dicho entre las primeras confidencias. Lo hace de una manera que yo preferiría evitar. Me traba. Puesto a pensar en ello, los dedos se me paralizan. Debe volar, quizás para eso está aquí y allá, yo quisiera que fuera, que lo hiciera, que ocurriera por sí misma. ¿De qué otra manera va a lograr que se desvanezcan tantos fantasmas del pasado?

Para estar al lado de alguien, hay que estar bien firme y, a la vez, con levedad. Entiendo que ella cabe aquí, en este hueco que se me ha abierto desde hace... tantas horas, o años. Ella llenaría demasiado estas oquedades. Ojos grandes tiene para mirar, y mira, no mira. Hacia atrás, difícilmente. Tampoco hacia el futuro. Le desinteresa viajar a Canaán; sólo observa el día a día, no alcanza a hacer planes más allá de un par de días. Quizás porque perdió la agenda o porque nunca ha querido tenerla.

Y yo que me inventé esa agenda desde hace tantos años. No suelo leerla, pero ahí está, todo el tiempo la recuerdo. Mi expectativa suele ser la de los años y décadas, tanto hacia atrás como hacia adelante. Casi no veo los días, aunque paso de manera muy veloz por ellos. Por eso estoy consciente de que tendría que evitarla, decirle que es lo mejor de la vida, pero, ay, no de esta vida agendada.

No le voy a explicar tantos detalles. Quizás me limite a marcar algunas, irreparables, diferencias, y sobre ellas me

mantendré machacando, una y otra vez. Tú no quieres ir a Canaán, pretendí decirle y debo repetírselo, a lo que ella, retadora, me responderá —ya lo hizo, lo estuvo haciendo— que al contrario, que no se retira, que al contrario, allí está, que ella quiere estar.

Cómo decirle entonces que la agenda está disuelta, porque se ha quebrado, pero que como de todos modos ya no requería leerla, sigue pendiente ese deseo o meta permanente de estar un día en una casa, donde por las mañanas se desayune con tranquilidad, en la espera de que el olor del café se disperse por toda la cocina y que entre directo hacia uno, y que los dos que este-mos ahí nos miremos con una cansina placidez, bebiendo ese café, para comentar los hechos del día, los planes para mañana, los registros de pasados más o menos remotos.

Con sus ojos grandes, ¿va a querer entender este viejo deseo? Cuando ella seguramente lo que busca hacer es seguir explotando día a día, el día a día, las veinticuatro horas continuas en que no existe más programa ni plan que el de sólo estar ahí, sólo vivir.

Tendría, yo, tendría que ser prudente y confesarle que hace tiempo que cerré mis derrotas, que una más no la aguanto, menos si es de esta dimensión. Tendría que decirle que ante otra inminente derrota, con ella en el papel de verdugo, no me quedará más que disolverme en... no, ni siquiera en el olvido. Nada más desaparecer, con vergüenza, obligado, como siempre, como tantas veces, a poner cara de imbécil y decirle a la sociedad, ustedes disculpen, ustedes perdonen, aunque sé que no se suele perdonar. Más fácil es renovar el acto del sacrificio, una crucifixión vil.

Tendría. Y explicarle por qué no hay tiempo ni oportunidad para que juntos descubramos músicas renovadas o

novísimas. Que no se dieron las circunstancias para que pudiésemos recorrernos centímetro a centímetro la piel. Que no se vale, no puedo, aceptar la mirada de sus ojos grandes, su retardadora vista, su sonrisa, su armonía.

Nos está negado llegar a Canaán.

Índice

7	Prólogo, <i>David de la Torre Cruz</i>
	<i>Control de daños y otras historias</i>
19	Adónde va la luna...
27	Blanco, carmín
31	El último ◀»
33	Nopala (la definición de la felicidad)
45	Longfelluana
49	Los taches de dolores ▶»
53	El número treintaitrés
59	Ciberbebé ▶»
61	Historia entre dedos
71	Ciudades en calor
75	Volcánica
77	La alternativa
85	Amistad
87	Su karma
95	Ileana

97	Su padre	
107	Tener garras en las manos	«»
111	Clonaxón	«»
117	Control de daños	
125	De dos	
127	Se parece al Sabi	
135	Adánica	«»
137	Vecinas	
145	Una mujer que entra	
149	Perro de dos patas	
155	Nora Vietman dormida	
159	Gelidonia Oriente	
161	Tribal ajuste de cuentas	
171	Nunca la música	
173	La cólera de Aquiles frente a la farmacia	«»
175	Nunca más de cuatro	«»
177	El conejo azul	
183	Nunca la luz	
187	Cerca pero no tan lejos	
197	Cuije	
199	La tristeza del hombre invisible	
207	Y sin embargo...	
209	A través de sus ojos	«»
213	Días de la semana	
217	Historia de la araña	

- 223 La soledad del delantero
- 229 Sueño nueve
- 233 Virgen y juglar

control de daños

y otras historias

Antología narrativa

de José Luis Herrera Arciniega, se terminó de imprimir en noviembre de 2013, en los talleres gráficos de Diseño e Impresión, S.A. de C.V., con oficina en Otumba núm. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, Toluca, Estado de México, C.P. 50040. El tiraje consta de 2 mil ejemplares.

Para su formación se usó la familia tipográfica *Gandhi Serif* y *Sans*, de Gabriela Varela, David Kimura, Cristóbal Henestrosa y Raúl Plancarte.

Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Juan Carlos Cué. Formación: Esmaragdaliz Villegas Pichardo. Portada: Juan Carlos

Cué. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez, Marco Antonio Manjarrez Medina y el autor.

Supervisión en imprenta:

Esmaragdaliz Villegas Pichardo.

Editor responsable: Félix Suárez.

